REVISTA CHILENA

FUNDADOR:
ENRIQUE MATTA VIAL

TOMO XVI

SANTIAGO DE CHILE
1923

PAULINO ALFONSO

¿No es demasiado tarde para hablar de él? Los muertos duran poco en la memoria de los vivos; en los periódicos un día, en el recuerdo de la multitud, unas horas.

No, no es demasiado tarde; la prensa está todavía llena de su nombre porque este hombre es una excepción, es un privilegiado a quien no es posible olvidar, porque el rastro que deja es hondo y los afectos que suscitó sinceros y nobilísimos. Y si se puede hablar sobre él ante la muchedumbre, que facilmente olvida y que no pudo conocerlo en todo lo que era, con mayor fe y con confianza mas alta hay que hablar sobre él entre nosotros, entre los que lo amamos, donde fué comprendido y se guarda su memoria con agradecida admiración.

Se continúa escribiendo y se escribirá aún mucho sobre Paulino Alfonso. Su personalidad tan fuerte y tan original seduce a los que alguna vez se acercaron a ella, a los que aún de lejos la contemplaron. Pero estas figuras de relieves muy individuales, que no se parecen a nadie, son engañosas. Se nos imaginan fáciles y son esquivas. Todos creemos poderlas retratar en cuatro rasgos y luego nos resultan complejas, variadas, enormes de proporciones, obscuras en muchos de sus aspectos.

Hombres como Paulino Alfonso se asemejan a las montañas que vistas de lejos invitan a la ascensión fácil y rápida, pero luego se advierte que tienen la cima en las nubes y que habrá de anochecer antes de que la alcancemos. Cada uno las ve desde su punto de vista y ve sólo un costado, una falda del monte, mientras los otros aspectos que guardan maravillas le están ocultos.

Yo lo he seguido durante casi toda su vida como la generación a que pertenezco seguía a la suya. Lo he seguido porque me interesaba al principio, porque lo admiraba después, por-

que lo amé como un amigo excepcional mas tarde, cuando disciplinas que a ambos nos atraían nos fueron uniendo en un afecto sincero. ¿Pero sé yo acaso mas de su ser íntimo, de su espíritu multiforme, de su naturaleza delicada? Para entenderlo bien sería menester parecérsele, haber vivido en la región suprema de los ideales en que él vivía por dentro, cualesquiera que fuesen sus actividades externas, sería menester no haberse estropeado el sentido en la lucha cuerpo a cuerpo que los de mi profesión libramos sobre el duro suelo de los sucesos diarios.

Mi mas viejo recuerdo de Paulino Alfonso está unido al de sus padres. Era yo un chiquillo vagabundo que iba por la Alameda a su colegio y así como conocía las estatuas y los árboles, así sabía de memoria cuales eran los paseantes habituales de aquel sitio y podía repetir los nombres de los mas notorios.

Cada día encontraba el bello grupo: un caballero de porte elegante que vestía con atildamiento, llevaba en invierno un gabán con ancho cuello de pieles y cubría la cabeza blanca de rasgos muy finos con el sombrero de copa que todavía no abandonaban los magistrados, los hombres constituídos en autoridad; daba el brazo a una dama tocada con una de esas capotas con bridas anudadas bajo la barba, que son el marco en que los de mi tiempo vemos todavía en sueños el rostro de la madre; y a uno y otro lado marchaban dos jóvenes que se les parecían y que se llamaban Paulino y José Alfonso.

Ni el mas indiferente de los espectadores hubiera podido pasar junto a este grupo sin advertir la animación de la charla, el interés con que los cuatro se hablaban y escuchaban, la nobleza austera del padre, la infinita dulzura de la madre, la vivacidad de los hijos y el amor que a los cuatro parecía envolver como en una aureola.

En ese hogar halló el alma de Paulino Alfonso todos los elementos que necesitaba, cuanto podía apetecer en su serena y pura juventud. Era una casa patriarcal que exhalaba un perfume antiguo por las virtudes austeras que en ella se practicaban, pero era a un tiempo hogar de cultura moderna, de amor al progreso, de fe en los ideales, de confianza en el futuro. El magistrado ilustre, el servidor de su patria que fué don José Alfonso enseñaba a sus hijos con el ejemplo y la palabra, la

gran lección del desinterés en el servicio de sus semejantes, la práctica del bien, el culto de lo bello, la veracidad y el patriotismo, pero un patriotismo que no conocía la fiebre del poder ni los enredos electorales, un patriotismo que era la aplicación de todas las facultades del alma y todas las energías del cuerpo al engrandecimiento de la colectividad a su mayor bienestar, a la difusión de la felicidad entre los que comparten con nosotros la tierra que limitan el mar y la montaña.

Don José Alfonso habló a sus hijos una lengua de que ya quedan pocos ecos. Ellos mismos han recordado sus enseñanzas y evocado su figura en un libro íntimo que contien páginas exquisitas. Y a su lado ponía la madre, junto con una inteligencia penetrante, fina, de consejera aguda, la infinita piedad de la mujer cristiana que no ha tenido otra existencia que la del hogar, que en todos los pasos de la vida ha sido ante todo y sobre todo madre.

Mi primer encuentro con Paulino Alfonso es tambien de mi niñez, como esta visión del grupo familiar. El estaba sentado en el sillón del examinador y yo en el banquillo del estudiante de humanidades que dá exámen. Ignoro si los niños de hoy pasan por esos días de terror que nosotros sufrimos. Los que entonces recibíamos educación en los colegios religiosos—eran los tiempos en que los demonios de las luchas teológicas andaban sueltos por el mundo y envenenaban la vida—sabíamos que había hombres bastante crueles para castigar en los niños el delito de las doctrinas profesadas por sus maestros. Y cada exámen era una ocasión de pavor, era una angustia cuyo solo recuerdo todavía me oprime y me indigna.

Ante de subir al cadalso, quiero decir antes de sentarme en la silla de la tortura del examen, un compañero murmuró a mi oído: «Te va a tocar Paulino Alfonso... ¡Buena la suerte!» Su justicia, su bondad, su imparcialidad, su horror a los sectarismos y crueldades, ya habían difundido en torno suyo la amable leyenda.

Y fué una buena suerte. En el curso del exámen yo expuse con la seguridad propia de los 15 años una doctrina. El examinador me hizo algunas objeciones con blanda serenidad. Yo insistí, pensando que trataba de cerciorarse de la profundidad de mis convicciones. Discutimos. Comenzaba a temer que pensara de muy diversa manera. Pero luego con un largo gesto de aquel brazo que decía tanto, cortó el debate, me invitó a recibir la votación y dijo con suma cortesía: «No estoy absolutamente de acuerdo con sus ideas, pero usted las ha sostenido en buena forma y yo las respeto». La inmensa sensación de alivio del niño de entonces subsiste en el hombre de hoy al contacto del recuerdo y al evocar la memoria del examinador.

Como a todos los jóvenes de mi tiempo este hombre me intrigaba, me atraía, me invitaba con una estraña seducción a seguir sus pasos y darme cuenta de su espíritu y tendencias. Bien sabía yo que la multitud, no pudiendo entenderlo, lo clasificaba como a tantos otros entre los *raros*. ¡Es un hombre raro! ¡Es muy raro! La frase la hemos oído muchas veces y seguimos oyéndola. Desconfiemos de ella. Para la multitud esa palabra *raro* designa de ordinario lo que es distinto y original, le que subleva a la mediocridad que quisiera reducirlo todo a su propio nivel. La mediocridad es igualitaria, terriblemente igualitaria, y cuanto amenaza alzarse sobre ella le parece un peligro.

En sociedades como la nuestra la originalidad ofende. Tener una personalidad propia, bien definida, acentuada, que se libera de los moldes ordinarios, es casi un delito. En la juventud eso a nadie se le perdona. Se suele tolerar en la vejez en gracia de los pocos años que al hombre original le quedan para perturbar la monotonía sagrada de este mundo.

Pero Paulino Alfonso tenía, además de la originalidad de los rasgos principales de su carácter, otra razón para no ser comprendido del gran público, especialmente en sus años juveniles. Un gran idealismo convertido en norma suprema de la vida pública y privada, una sinceridad implacable, una vera-

cidad a prueba de tentaciones, una absoluta pureza de intención y una perfecta elevación moral no son compresibles para todos.

La vida de Paulino Alfonso está llena de ese desconocimiento de sus cualidades por la mayoría de sus contemporáneos. ¿Eramos entonces más pasivos y materializados que hoy? Es posible. De todas suertes, es seguro que éramos menos cultos en el sentido de menos respetuosos de las modalidades de los demás y menos tolerantes. En su juventud, Paulino Alfonso recibió más de una vez el asalto de la burla y del excepticismo.

¿Qué le importaba? El vivió siempre con los piés sobre el suelo, pero tenía la mente en un plano superior, en un mundo sin limitaciones impuestas por la materia, sin frontera en el espacio ni en el tiempo, en comunión con todos los genios por la intensidad de sus lecturas y meditaciones, en comunión con la naturaleza que fué unos de los grandes amores de su vida.

Su rostro, su figura, sus ademanes, reflejaban su espíritu y carácter. Muy alto, siempre salía por encima de la muchedumbre y ésta no lo ahogaba. Llevaba sobre la cabeza, que los años fueron haciendo cada día más semejante a la de su padre, un ancho sombrero; sobre sus hombros colgaba de ordinario el gabán flotante, sin meter los brazos en las mangas; parecía que por un error había vestido el vulgar traje moderno y que echaba de menos una capa, un manto, un traje telar.

Y es que física y moralmente este hombre singular tenía algo del caballero del Santo Graal guardador en la torre inaccesible de la más sacrosanta reliquia del amor de Dios a los hombres, algo del sacerdote penetrado de un místico anhelo de abnegarse, mucho del vidente que desde el templo en la montaña parece ser el centinela de la ciudad, velando por ella noche y día.

Asi, como a un espíritu selecto que miraba más alto y que veía más lejos, lo he ido a buscar innumerables veces en las horas de duda y de lucha y desconcierto. Y muchas veces asi en esas horas ha llegado él hasta mí y de él he recibido el pen-

samiento sereno, libre, original, movido sólo por el amor, por la justicia y por la verdad.

Como nunca cruzó su alma ni una sombra de egoísmo, era por excelencia el animador, el que estimula, el que aplaude y empuja a los que están bajo el sol del mediodía, sedientos de un poco de simpatía, arando y sembrando la tierra dura de la opinión pública.

¡Cuántas veces he recibido de él al día siguiente de un discurso o de un artículo una de esas cartas de dos líneas en que un afecto delicado se escapaba de los caracteres pequeñitos, como filas de hormigas inmovilizadas sobre el papel!

Esta escritura de Paulino Alfonso, que a veces es preciso mirar bajo un lente, es como una definición de su temperamento de artista. Son caracteres perfectos, armoniosos, de un dibujo acabado, de una elegancia extrema, pero parecen estar a mucha distancia de nosotros. Son como su voz que sonaba amable, que tenía inflecciones para expresar todos los afectos y todos los matices de la pasión, pero que sonaba de lejos, como un eco de otro mundo.

Con ese mismo amor de lo pequeño y lo perfecto hacia miniaturas exquisitas, dibujos de una perfección desesperante. En su obra artística, como en la literaria, a veces en su oratoria, había una tendencia al preciosismo, fruto de su refinamiento, de su horror a la fealdad en cualquiera forma y de su convicción de las limitaciones del arte. Era sencillo y natural; jamás caía en afectaciones y los que pudieron tomar por tales algunas formas demasiado exquisitas de su producción artística, no lo conocían. Era esa la manifestación legítima de su espíritu y su temperamento.

Y sin embargo, en la vida ordinaria, este autor de miniaturas, este poeta delicado y soñador, solía encontrar acentos de una indignación terrible, sarcasmos duros, ironías punzantes. Jamás puso en sus expresiones una gota de veneno. Pero, cuando se indignaba, solía tener ecos de una especie de cólera santa. Tenía enemigos que lo irritaban; sus enemigos no eran hombres, eran abstracciones que solía hallar encarnadas en individuos. Se llamaban la falsía, la mentira, el grosero materia-

lismo y, ante todo y más que todo, la necedad insolente que pasa triunfante en el carro de nuestras democracias.

Entró en la vida política y gastó en ella energías admirables por un sentimiento de deber social. En el Congreso trabajó incesantemente, ilustró los debates, dió ideas, hizo obra de cultura, de patriotismo, de un espíritu cívico llevado hasta una especie de sacerdocio.

Ahora dicen que todos lo amaban y respetaban. Es cierto, llegaron a respetarlo, se impuso sobre la mezquindad de nuestra vida política. Pero no hizo ni pudo hacer allí lo que tenía el derecho de esperar él, que había llegado hasta la Cámara con un raro bagaje de cultura, de intenciones altas, de capacidad, de espíritu de servicio para el bien general.

Hizo bien en retirarse de la vida política. ¿Qué hacía en ella? No era ambicioso; no estaba dispuesto a renunciar a su conciencia por intereses de partido, no tenía negocios; no sabía adular ni a los gobiernos ni a la multitud.

¿Qué hacía en la vida política? Era culto, mesurado, independiente, respetuoso de todas las opiniones, lleno de fé en el progreso y en tantos ideales.

Se retiró a tiempo, cuando el Parlamento de este país comenzaba a derrumbarse por el camino en el cual hoy todos quisiéramos detenerlo. ¿Qué habría hecho Paulino Alfonso en ese Parlamento?

Un día clamó como un vigía desde lo alto denunciando erróneos rumbos internacionales y tuvo el valor de salir casi sólo a oponerse a los convencionalismos y al engaño colectivo que nos hacen repetir fórmulas falsas, que sabemos falsas, pero que no nos atrevemos a contradecir, porque son las que todos repiten.

Y dijo entonces que para hallar la solución de un conflicto que nos hacía daño perpetuándose, debíamos aplicarle el criterio de la justicia y del sentido común, que tan bien se hermanan, debíamos ceder algo para que los contendores también cedieran, debíamos dejar de declamar y ponernos a pensar.

Fué escarnecido, fué vilipendiado, se le infirieron heridas que llevó abiertas el resto de su vida. Se cometió con él la más grande de las injusticias.

Juntos habíamos hecho campañas de bien público. Juntos habíamos luchado contra hombres que llevaban los nombres mas ilustres de este pais, hombres que eran poco menos que padres de la Patria, para obtener modestas etapas del progreso tales como el alcantarillado de Santiago y el ferrocarril trasandino. Porque es preciso que se sepa que para esas obras, lo mismo que hoy para otras semejantes, nos estrellamos con las grandes cabezas de Chile y hubo que golpearlas reciamente para que se dejaran penetrar por la idea nueva, como hay que golpear recio ahora sobre otras, para empresas análogas.

Cuando Paulino Alfonso seguido de unos pocos pronunció la palabra arbitraje en nuestro litigio con el Perú, sabíamos todos que tenia la razón; lo sabían sus adversarios; pero todos temblábamos ante la idea de disgustar a la multitud, de que se aprovechara en contra nuestra aquel concepto. Era la idea salvadora; nos habría evitado sacrificios y conflictos y angustias si entonces la hubiéramos adoptado. Pero los otros gritaban mas alto, declamaban con mas verbosidad ¿Y quién se atrevía?

Fué preciso que el tiempo anduviera, que los espíritus recibieran lecciones duras, que compráramos a precio muy caro el derecho de decir lo que pensábamos, para que sintiéramos que su pensamiento era patriótico y era justo.

¡Qué fácil es ser patriota declamando y adulando las pasiones!

¡Qué difícil diciendo la verdad aunque sea dura y obligue a renuncias!

Pero llegó el día, que Paulino Alfonso alcanzó a ver, la derrota de los que gritan y no razonan. La idea sembrada por él se había esparcido por toda la tierra de Chile, había germinado y el pueblo, que la había hecho suya, impuso la solución que él había previsto y el Gobierno adoptaba por fin.

Pero estas luchas gastan y entristecen al que no ha puesto en ellas vanidad y no tiene el impulso de salir a proclamar que aquello él lo había dicho, él lo había señalado. Un hombre como Alfonso no tiene en esa hora sino el pensamiento melancólico del tiempo perdido, de la gran ceguera colectiva, de los males que la colectividad ha sufrido.

En sus años postreros se refugió en las letras, en las artes, en su hogar y en sus amistades. Era su mundo propio y natural, lo limpio, lo que no alcanzan a salpicar el lodo y la sangre de la calle por donde pasa la ambición en lucha con la muerte, donde las pasiones se revuelven en estruendosa batalla.

Y se refugió mas alto aun en un pensamiento religioso cuya extensión no me sería dado definir, pero que alcancé a adivinar muy hondo y muy puro. Lector constante de las Escrituras Sagradas, hallaba en el Evangelio supremos consuelos. Un misticismo filosófico, que nadie habría podido confundir con el sentimentalismo religioso que algunas gentes adoptan casi como una *pose*, invadía su alma a medida que avanzaba en ese estudio. Paulino Alfonso llegó a conocer y amar la persona de Jesucristo como pocos hombres lo han logrado. Hablando de Jesús se exaltaba en un rapto de admiración y amor. Explicando la doctrina que enseñó el Maestro a la Samaritana junto al pozo de Jacob y a la multitud, en la montaña, su alma se iluminaba con esperanzas infinitas. Y es que él sabía cómo y dónde se adora a Dios en espíritu y en verdad.

De lo de acá abajo se me ocurre que le quedaban pocas ilusiones. Miraba hacia arriba cada día con mayor fijeza y seguramente su oído afinado por la contemplación percibía armonías infinitas presentes siempre en la naturaleza.

No ha mucho tiempo, en una mañana primaveral, caminábamos por la caja del Mapocho, soñando todavía con hacer un Santiago bello, ideando la prolongación de un parque en el fondo de cuyas avenidas aparecerían los Andes como una visión majestuosa. Lo oía hablar de todo aquello; trazaba en el aire con grandes gestos las líneas bellas que veía en su imaginación. Le pedí que escribiera y se excusó. Quise censurar su apartamiento de la vida pública y le insinué que procurara volver al Congreso. Entonces alzó la mano, aquella mano elocuente que hablaba tanto como su boca, y me dijo desde el fondo de su voz lejana, como un clamor distante: «Nó, mi amigo; en los nidos de antaño no hay pájaros ogaño».

Y aquellas tristes palabras con que el Caballero de la Mancha contestó al morir la invitación de su escudero, me revelaron el estado de su espíritu. La sombra iba ya subiendo por la

falda de la montaña y una melancolía, que no era perceptible para todos, una melancolía que se ocultaba púdicamente, con el gran pudor de los sinceros y los meditativos, se extendía sobre su alma virtualmente desprendida de este mundo.

Pero el deber era mas fuerte. Hasta el último día el centinela de la ciudad ideal velaba, y el mismo diario que anunció su muerte publicó las líneas que había dictado horas antes sobre la transformación de Santiago.

Y una tarde brumosa, fría, húmeda, dejaron la envoltura que había quedado vacía al huir su espíritu, bajo la tierra helada.

¿Quién podrá dudar de la inmortalidad de ese espíritu que ahora mismo sentimos como presente entre nosotros? Alma excelsa y pura, en lucha con los medios de expresión insuficientes, que no alcanzó jamás todo lo que hubiera anhelado, que no pudo satisfacer su sed de justicia, de verdad y de amor, tiene que habitar otra morada donde, libre de esos contrastes, realice su aspiración.

Él lo sabía; él lo esperaba. Ciertamente lo ha alcanzado.

C. SILVA VILDÓSOLA.

Julio de 1923.

MITRE Y VICUÑA MACKENNA

Recuerdos íntimos, a la luz de cartas inéditas (1)

I

Fueron Mitre y Vicuña Mackenna grandes amigos, que cultivaron siempre sus relaciones afectuosamente, si bien lo mas a menudo por escrito.

A pesar de ser Mitre diez años mayor, aproximábales la semejanza de los gustos y la natural armonía entre sus grandes espíritus; y fué su amistad simbólica y como profética de aquella otra amistad ulterior, que todo hace suponer indefinida, y cada vez mas estrecha y fecunda, entre sus respectivos países.

II

Siendo ambos intensos lectores y literatos, especialmente historiadores, les era talvez mas satisfactorio comunicarse sobre los objetos de estas inclinaciones u ocupaciones, que sobre los mismos acontecimientos políticos o sociales de que, con tanta frecuencia, fueron propagandistas o personajes de primera línea.

En Noviembre de 1882, acusaba recibo Mitre a Vicuña Mackenna de un cajón de libros que éste le había enviado, reiterándole su agradecimiento por «el precioso obsequio».

Y le añade:

«Quedo a la espera de los artículos que usted me anuncia, fundados en los manuscritos de Apoquindo, de que no dudo

---

(1) Debo y agradezco la comunicación de los originales a doña Victoria Subercaseaux de Vicuña.

sacará gran provecho, haciendo adelantar la historia de su país, y acrecentando con ello, si es posible, su fama literaria, que no sólo llena ya el espacio, sino que llena el tiempo día por día, realizando el precepto del jornalero intelectual, de no dejar pasar un día sin señalarlo con una línea: usted lo señala con un artículo o un libro.»

«Le anticipo mis agradecimientos por los nuevos libros que me anuncia, los que leeré con el interés de siempre, y que irán a formar línea de batalla en mi biblioteca con los que forman su colección (1), que llena ya casi la octava parte de mi sección chilena, es decir, mas de dos tablas de los dos estantes que la contienen.»

La biblioteca de Mitre, en que de ordinario recibía, era vastísimo aposento, totalmente ocupado por armarios abiertos, llenos de libros, de suelo a cielo.

III

Con el objeto especial de estudiar los campos en que se dieron las batallas de la Independencia, y señaladamente, los de Chacabuco, Cancha Rayada y Maipo, vino don Bartolomé a Chile en los primeros meses de 1883, y hospedó durante su residencia en Santiago, en la amplia casa que habitaba don Benjamín, en la entonces Avenida Oriente, hoy «Vicuña Mackenna».

Después de visitar a caballo los campos de Chacabuco y Maipo, el segundo a lo menos, en compañía de Vicuña Mackenna y del hijo de este, a la sazón niño, el futuro escritor Tatín (familiarmente Tato), fué invitado a pasar unos días en «Lo Aguila», residencia campestre de doña Emilia Herrera de Toro, noble dama que, como se sabe, hizo un culto de su afecto, fidelidad y constancia por la amistad chileno-argentina.

Anunciando desde «Lo Aguila» para el día siguiente su viaje a Talca, en rumbo a Cancha Rayada, y refiriéndose a la dueña de casa de la Avenida Oriente, decía Mitre a su corresponsal el 29 de Abril:

---

(1) Esto es, la de los libros de que era autor su corresponsal.

«Mis afectuosos recuerdos a la reina Victoria, de cuyo gobierno constitucional me reconozco súbdito voluntario, no obstante la distancia y el régimen autocrático que naturalmente rige el imperio de las águilas.»

Se fué el general a Talca con recomendaciones de Vicuña Mackenna para un señor Opazo, que debió de ser don Francisco Opazo y Silva (cuñado de don Benjamín), quien atendió al ilustre viajero, y le acompañó en su peregrinación al campo de la sorpresa.

Continuó después Mitre su viaje hacia el sur, y en Chillán, Concepción y Talcahuano, respectivamente, fué recibido y agasajado por otros amigos del señor Vicuña, prevenidos por él mismo.

De vuelta en «Lo Aguila», decía el general a don Benjamín, el 9 de Mayo:

«La hospitalidad representada por sus amigos, me ha acompañado por todas partes, y su espíritu y su buena voluntad han estado conmigo en mis investigaciones y en mis recuerdos.»

«El viernes en la tarde estaré en Santiago, donde liquidaremos nuestros asuntos pendientes. y arreglaremos nuestro plan de operaciones en el mando de los papeles.»

Y previos sus afectuosos recuerdos a la señora y a la hija primogénita de su corresponsal, que a la sazón iluminaba la casa de éste y le servía de secretario, enviólos asimismo al futuro Tatín llamándole «nuestro gran ayudante en la memorable jornada de Maipo y otras que registrará la historia.»

Aceptó Mitre durante aquella su última residencia en Chile, servir como padrino de bautizo a la hija menor de Vicuña Mackenna, a quien se puso por nombre de pila el de Eugenia, elegido por el propio padrino, en recuerdo de antiguos y románticos amores chilenos de su corazón.

IV

Refiriéndose a su común y gratísima correspondencia, decía, ya desde Buenos Aires, Mitre a Vicuña, el 18 de Junio de 1883:

«No obstante, como el telégrafo poco deja que decir, trazan las cartas íntimas una materia que no se agota, que surge del

manantial de la amistad, y que interesa mas que las noticias: esa materia impalpable es la amistad misma, la cual se alimenta con la letra escrita.»

Y agregaba:

«Me dice usted que por allá todos me suponen candidato a la futura presidencia, y que, no habiendo violencias, yo seré el elegido del pueblo. Así lo creen también algunos aquí, pero esto no pasa de una creencia platónica; aún cuando pienso que problablemente sucedería así, si en la política no intervinieran otros elementos que prescinden de las voluntades como factores morales. Habiendo realizado yo, como gobernante, lo mas que puedo hacer en mi vida, no tengo ya un propósito determinado que estimule mi ambición, y sin renunciar a la tarea y a la lucha en la existencia, soy talvez el único que no aspira al supremo poder por el poder. Además, habiendo subido al mando por el voto libre y unánime de mis conciudanos, sólo en condiciones mas o menos análogas lo aceptaría, si de ello hubiere de resultar algún bien para mi país. Después de haber dado cohesión y vida constitucional a la nacionalidad de un pueblo, unificándola, y de entregar en su plenitud el mando, dejando al país en paz y libertad, ¿a qué mas puedo aspirar?»

Resplandecen, como se ve, en este párrafo, vertido a seno amigo, a modo de espontánea fotografía moral, la franqueza sin mezcla de falsa modestia, la elevación de miras, la bella dignidad, el desinterés y la energía que caracterizaron al patricio.

V

Era el general hombre de sentimientos íntimos, delicados y profundos, buen amigo y excelente hombre de hogar.

Cuando murió su esposa, dejándole ya sexagenario, y le dió por ello el pésame el señor Vicuña, observábale en retorno:

«La existencia es una faena, como usted dice; y son mucho mas venturosos los que se van antes de la puesta del sol. Sería la vida superior a las fuerzas humanas, si no se supiese que tiene término en brazos del eterno descanso.

«Ha sido siempre uno de mis votos secretos preceder a los míos en el orden natural de la vida; pero pienso que habrá tal-

vez en su fondo un sentimiento de egoísmo y de debilidad, y que es mas digno de las almas viriles, soportar el dolor como ley, que legarlo como herencia a los seres queridos.

«Envío a usted con una dedicatoria a su señora el libro a la memoria de mi inolvidable, que le ofrecí en mi anterior. Espero lo conserve como prenda del amor que se deben los esposos en la vida y en la muerte, y como recuerdo de nuestro afecto.»

VI

Aunque menor, como dije, don Benjamín a don Bartolomé, en diez años, precedióle veinte en llegar a los brazos del eterno descanso; cayó, como roble herido por el rayo, mucho antes de la puesta del sol.

Y en «La Nación» de Buenos Aires, un editorial sin firma, dijo, entre otras bellas y profundas cosas:

«La América ha perdido en Benjamín Vicuña Mackenna uno de sus hombres ilustres; la República Argentina, al mas noble y generoso de sus amigos de ultra-cordillera, y Chile, un gran corazón y una gran cabeza.»

PAULINO ALFONSO.

¡OH, CAPITAN, ¡MI CAPITAN!

A la muerte de Abraham Lincoln

(Imitación de Walt Whitman)

¡Oh, capitán, mi capitán!, el viaje
peligroso se ha hecho con coraje.
Está próximo el puerto; las campanas
entonan sus canciones soberanas;
se agita alegre el pueblo mientras sigue,
afanoso, la quilla que persigue
el deseado puerto... con flaqueza
y temor, como al peso de tristeza.

¡Corazón, ¡corazón!,
¡oh, sangre carmesí
del muerto capitán
que helado yace aquí!.

¡Oh, capitán, ¡mi capitán!, escucha
las campanas que cantan nuestra lucha.
Para tí, las trompetas altaneras,
para tí, el flamear de las banderas,
para tí, las guirnaldas y las flores,
para tí, los aplausos y loores.
Dirige a tí sù faz y su llamado
el imperioso pueblo emocionado.

Del padre y capitán
alcemos la cerviz:
funesto sueño anuncia
que helado yace aquí.

Ya no habla el Capitán: está sin pulso;
se extinguió ya su varonil impulso;
terminó la larguísima jornada,
y ancló la nave en la segura rada;
el bajel que sufriera las tormentas
vuelve a sus aguas plácidas y lentas,
de innúmeros escollos victorioso,
ganado el premio de su afán glorioso.

Alégrase la playa:
será desde hoy feliz,
más nuestro capitán
helado yace aquí.

PAULINO ALFONSO.

Santiago de Chile, a 25 de Diciembre de 1920.

RENAN

(Conclusión)

La representación de Jesús

Cuando Renán se encuentra en París, después de abandonar San Sulpicio, le agobia la más honda crisis que haya cunsumido un alma. Ni la exégesis, ni sus meditaciones filosóficas, bastan para consolarle contra el torcedor de su conciencia. En vano los recientes descubrimientos de Bopp le permiten aplicar las leyes de la filología comparada al estudio de las lenguas indo-europeas, porque mientras estudia la gramática semítica y lee a Strauss, la sombra de San Sulpicio acentúa sus inquietudes.

La curiosidad por el movimiento hegeliano define su posición intelectual y acaba por libertarle definitivamente de sus resabios católicos. El año cuarenta y cinco es uno de los más fecundos en su cambio de frente. Su antiguo director espiritual ha perdido definitivamente el alma sumisa del precozmente docto tonsurado. Ahora él sólo piensa en estudiar, en trabajar, en construir su obra futura: «He recogido tantos materiales, le escribe a su hermana, y he practicado tantas búsquedas interesantes, que no dudo en el triunfo.»

En ese momento París sólo mira hacia la sabia Germania, cuya ciencia y cuyo idealismo moral conquistan todas las preocupaciones intelectuales de Lutecia: Kant, Herder y Hegel son leídos y comentados por los estudiosos. La señora Staël había iniciado ese movimiento de curiosidad, que Víctor Cousin iba a hacer más intenso cuando, movido por todas las ambiciones del normalista que desea ganar notoriedad, pensó restaurar los estudios filosóficos en Francia yendo primero a Alemania a vi-

sitar a Hegel y a Schelling y preparando esa serie brillante de cursos que tanto contribuyeron a divulgar las ideas ultrarrineanas. Después de él, Edgard Quinet y Michelet realizaron otro tanto: mientras el primero traducía y comentaba un libro de Herder, que acogieron con entusiasmo Chateaubriand, Lamartine y el propio Cousin, el segundo iba a Heildelberg, visitaba a Creutzer.y frecuentaba a Goerres. Entretanto, Barchou, Grimblot y Bouillier traducían a Fichte; Husson y Bénard a Schelling, mientras este último comentaba a Hegel. La «Revista de Ambos Mundos» acogía con el más vivo interés toda esta obra divulgadora, capaz de responder a la curiosidad general. En ese momento el entusiasmo germanizante no tiene límites: responde a un sentimiento de la moda, que priva en todos los círculos intelectuales y mantiene, como un fuego sagrado, la curiosidad de dos escritores hoy injustamente olvidados: Saint René Taillandier y Blaze de Bury. El culto por todo lo alemán a nadie sorprende y no faltan quienes piensen como el entonces joven Taine: «Trato de consolarme del presente, leyendo a los alemanes»; y quienes como él recuerden que han leído a Hegel en provincias, cada día y durante un año. Renán dirá también que el espíritu de Alemania le produce la impresión del que se encuentra en un templo. «Creí entrar en un templo». Sin embargo, después de los acontecimientos de la guerra del setenta, cuando aún Taine mantiene la actitud digna de su anterior predilección, Renán olvida todo cuanto ha adorado antes y contribuye, como cualquier periodista del boulevar, a difamar lo que antes había enaltecido. Jorge Brandes ha llegado a decir que el silencio de Taine y el ofuscamiento de Renán se deben a un conocimiento y a un respeto profundo por la cultura alemana de parte de aquel, y a lijeras o parciales lecturas que, en el autor de «Caliban», no fundaron un depurado conocimiento formal (1). ¿Acaso resultaría justo condenar a

---

(1) No parece posible ya, a pesar de la rotunda afirmación de Brandes, negar la importancia y el ascendiente que la influencia alemana ejerció sobre Renán. ¿Acaso consiste en simples lecturas de Herder y de Hegel? Un documento elocuente y acaso definitivo es al respecto la publicación de la *Bibliografía*, hecha por Girard y Moncel, que permite seguir las lecturas del autor de la «Vida de Jesús» durante todo el desenvolvimiento de su vida de estudioso. En él la preocupación de las lecturas alemanas

Pascal, a Malebranche o a Sainte Beuve, como a Kant, a Goethe o a Nietzsche, a causa de las brutalidades cometidas por los ejércitos de Luis XIV, de Napoleón, de Moltke o por las violencias de Bismarck o de Poincaré? Renán contribuyó eficazmente a hacer más honda la desgraciada división entre los dos pueblos escribiendo «El agua de Juvencia», ese drama que, aunque tiene por escenario la Edad Media y por asunto un cautiverio del Papa en Avignon, no es mas que una caricatura disfrazada en la cual la brutalidad alemana aparece como razón animadora de la crítica más grotesca. Taine, más sólido en sus doctrinas y menos versátil en sus simpatías, jamás pudo contribuir a la obra mezquina de atizar el odio, olvidándose de la más alta idealidad moral que puede mover los sentimientos de un verdadero filósofo: la guerra no le impulsa a ser procaz y mezquino y apenas si le obliga a sacrificar el libro sobre Schiller, que se preparaba a escribir.

¿Cómo explicarse esta antinomia entre el Renán que, en 1845, se siente trasportado por la idealidad moral de ese pueblo cuando exclama: «¡Cuán dulces y qué fuertes son! Pienso que el Cristo nos puede venir de allá», y el que, un cuarto de siglo mas tarde, reconoce o proclama haberse equivocado lamentablemente, estigmatizando cuando antes exaltó? Un aprendiz de filósofo y un crítico con arraigos de erudito no debió equivocarse de esta manera. Y, acaso él sentía el peso de esa sinrazón cuando, en las palabras liminares de «El porvenir de la ciencia», se apresuraba a decir que no había alterado los pasajes en que presentaba a la cultura alemana como sinónimo de aspiración a lo ideal: «Eran verdaderos cuando los escribí. No soy yo quien ha cambiado. M. Treitzchke no nos había enseñado aún que esas no eran más que ensoñaciones pasadas de moda».

---

es constante: ya, en los años 48, 49 y 50 comenta la «Historia de la filología clásica de la antigüedad», de Graefenhan; el «Cosmos» humbaltiano; la obra de Strauss, traducida por Littre; la «Vida de Jesús», de Kuhn y un estudio de Ewerbeck. Durante los dos años siguientes, publica noticias y artículos en el «Journal des Savants» y en la «Revue des Deux Mondes», sobre libros de Brecher, Mone, Gugenheimer, Weil, Neigebaur, Fischer, Boetticher, Boehmer, Lübker, Lauer.

Cuando arriba a París el joven e intonso ex-seminarista, comienza a vivir en el ambiente del más puro germanismo, atento a todo cuanto se piensa en la patria de Goethe. Sus estudios filológicos aún no le permiten encontrar una orientación clara en su carrera intelectual. Sin embargo, la Lorelei straussiana ya le ha atraído con su canto, que no en vano la exégisis bíblica ha hecho presa formal de sus preocupaciones. Si aún ignora el idioma de Hegel, los oportunos comentarios y traductores acuden en su auxilio: la «Vida de Jesús» de Strauss, había sido estudiada por Quinet en 1838 y ya, un año más tarde, Littré publicaba su traducción.

¿Por qué razón no ha investigado ninguno de los biógrafos de Renân la influencia que ejerció en su formación intelectual la izquierda hegeliana? Ese primitivo «Ensayo», en el cual demostraba conocer a los teólogos alemanes, y que no pasó de ser más que una glosa a las ideas de la exégesis tudesca, puntualiza claramente una de las cuestiones más interesantes que la crítica ha solido rozar, sobre la tan descantada influencia germánica en escritores como Taine y Renán.

Formado bajo el ascendiente de la escuela hegeliana, Renán siguió la indicación directriz del filósofo tudesco; el cristianismo y Cristo representan una necesidad histórica, que reconocen las circunstancias del medio y del momento en que nacieron. Así, en ese cuadro inolvidable sobre los orígenes del cristianismo, aparece el espectáculo de la sociedad en los primeros siglos; su evolución de lo antiguo a lo moderno; sus errores, sus supersticiones, sus engaños.

En el fondo de la negación sobre la divinidad, se encuentran de acuerdo Baur, Strauss y Renán, porque concurren en análogas observaciones y críticas. Pero, cuando la crítica de Tubinga reduce a polvo el templo cristiano, el aprendiz de filósofo se aparta, con las manos sobre los ojos, horrorizado ante tanta ruina. Con los despojos de la crítica straussiana él escribe la más amable y elegante novela; toda la farragosa confusión de mitos populares y de leyendas vernáculas le sirven para destacar, en una suave perspectiva de ensueño, la historia admirable de Cristo, que su espírttu identifica con su personal manera de sentir. El ha sabido prescindir de toda la ciencia infusa de

la exégesis alemana, abandonando la puntualización inútil de las concurrencias folklóricas, a fin de proyectar en la dulce figura del Nazareno la perfección del más noble ideal moral.

Sobre las ruinas del mundo antiguo Renán siente el advenimiento de Cristo como una aurora de santidad. En medio de la decadencia del imperialismo romano, la nueva religión representa el reinado de la justicia y de la más pura bondad: ni la riqueza ni la fuerza prevalecerán sobre los dictados del bien; la antigua virtud cesárea, que todo lo rendía ante las grandes ideas cívicas, cederá su paso a las simples virtudes de los mansos de corazón, a la dignidad del bien, a la idealidad de los sentimientos. Es la historia de todos los anarquismos justicieros: los humildes poseídos de la cabal conciencia de la igualdad; los plebeyos reclamando a las indolentes aristocracias romanas cuando les pertenece.

Al derrumbarse el mundo antiguo, la figura de Cristo se destaca como una estrella sobre el horizonte del Oriente. Renán medita bajo los cielos maravillosos que vieron al Nazareno, mientras recorre, en su misión de estudio, las tierras de Siria; hé ahí las perspectivas del Líbano, las alturas de Ghazir, donde las noches son perfumadas, el campo fresco, la nieve pura entre las rocas de las empinadas montañas, la soledad rumurosa. Está sólo porque Enriqueta, la hermana de todas sus horas, el mejor amigo de su corazón, duerme ya bajo las palmeras de Amschit, muerta en hora premura. Entónces su crisis sentimental se torna profunda como las cimas del Líbano: medita, medita largamente, y a veces lee el Nuevo Testamento o su volumen de Josefo, compañeros en su peregrinación de estudio. Se olvida de las bibliotecas, de las revisiones exegéticas, de Strauss y de Bauer, y sólo piensa en representarse a Jesús con los sentimientos que a él le preocupan. ¿Acaso las apacibles tierras de Galilea, que ha recorrido, pudieron ver a otro Nazareno que a ese, triste y suave, que desborda de su corazón en la hora mas conturbada de su vida? La melancolía que infunde la desgracia, el amable recuerdo de la hermana bien amada, su soledad lejana, los años de su camino de perfección vividos en San Sulpicio, la imágen de su madre, toda su delicadeza moral, trascienden hasta su representación de Jesús,

feminizándola como acaso lo soñaba Enriqueta: «Tú me dijiste un día que tú amarías este libro, primero porque lo había escrito en tu compañía, y luego porque era como tu corazón».

En medio de la apacible tierra de Galilea, entre pescadores y labriegos de alma sensible y corazón tranquilo, pudo sentir propiciamente el psicólogo, atormentado por la eterna inquietud religiosa, el nacimiento de Jesús, simple hombre del pueblo, inculto y lleno de fé, a quien atormenta una ideal voluntad de perfección; que lleva, como una estrella encendida en medio del pecho, el don del génio creador; que sufre con cuantos purgan el dolor de su humildad, y se vuelve airado contra los espoliadores y los duros de corazón.

Claramente Renán se explica y comprende a Jesús en medio de las multitudes de pescadores, entre la simple gente del pueblo, supersticiosa, ignorante, ajena a toda inquietud cultural. Con el alma a flor de labios el Nazareno les sabe hablar directamente al corazón, en su lengua exenta de complicaciones, de radiosas alegorias y sentidos símbolos. El clima agradable, los lagos azules, la alimentación frugal, la convivencia con la naturaleza, las noches diáfanas, tornan propicia para todos los corazos aquella palabra encendida, que es llamamiento de amor a la bondad y a la justicia: «Jesús—dice Renán—vivía con sus discípulos casi siempre al aire libre». Ya se aleja con ellos, en débil barca, surcando las aguas; luego se encamina hacia el seno de las montañas, siguiendo las orillas del lago, donde el aire es más puro y el cielo más diáfano. Los discípulos van tras la huella de su sandalia y tras el rumor de sus palabras, recogiéndo en el aire, en el cielo transparente y en la alegría del camino, el eco milagroso de aquella palabra pura. ¿Acaso el país de Galilea no invita a esa fiesta del espíritu? Allí pudo cantar su Cantar de los Cantares el ardiente Salomón, entre la verdura de los abriles, cerca de la perspectiva de las montañas, bajo los cielos azules; y allí nació tambien Jesús, creciendo como una planta lenta al amor del clima propicio. Su infancia recogió el milagro de las tierras, que acaso conoció durante sus viajes a las fiestas de Jerusalen, cuando cada año hacían los judíos esa obligada peregrinación. Era una andanza alegre y venturosa: cantando los salmos consagrados a la ale-

gría del camino, las familias recorrian los campos verdegueantes por el influjo de la primavera, transponiendo las colinas y los valles, en busca de la santa ciudad de Israel.

Así el artista, que siempre vibró en la sensibilidad de Renán concebía la formación de Jesús como un reflejo de ese ambiente bienhechor. Olvidando todas las minucias de la exégesis, quiso explicar el ideal moral de un santo varón que, en cierta manera, sentía vivo en él. Los orígenes rústicos, la religiosidad instintiva del pueblo judío, la bondad sin complicaciones de los pescadores de Galilea, bastaron para crear en él una superioridad moral que, en realidad, estaba por sobre los dictados de la cultura. La simplicidad que inspira a Cristo es tan natural que nada resulta extraño en su persona: en él la naturaleza pudo concentrar el ideal de todas las perfecciones y como no abandona su tierra pródiga, ignora la civilización del mundo antiguo, el valor de Grecia y la autoridad de Roma. Su sentido estricto de la justicia y de la bondad le convierten en un héroe, en el médico moral de su pueblo; como no ha estudiado las ciencias profanas y sólo ha frecuentado la Sinagoga, que resume toda la ciencia religiosa del pueblo judío, conserva la ideal caudorosidad que le permite sentir mas bondadosamente las aspiraciones de las rústicas gentes de Galilea. En medio del imperialismo romano, de la corrupcion de las ciudades asiáticas, de la brutalidad dominadora de los pueblos, sus palabras bastan, como un fuego de justicia, para cambiar la faz del mundo antiguo. Su muerte se traduce en una concecuencia propicia para la difusión de sus enseñanzas, porque el martirio no hace sino acrecentar la aureola de su vida nobilísima. Primero sus discípulos y luego el pueblo, sencillo y supersticioso, difunden los testimonios de sus doctrinas, que la imajinación y la credulidad acrecientan como la más real de las leyendas. Cuando la muerte sella sus párpados, los apóstoles sienten a Jesús redivivo entre ellos, aquél era el hijo de Dios que, como Elías, subió al cielo en su carro de fuego; su sacrificio fué el mayor de todos, porque compartió con los hombres su modesta envoltura, para sufrir con ellos y morir entre ellos, víctima de sus divinas enseñanzas.

Para Renán, melancólicamente religioso, la existencia de Jesús no fué jamás motivo de duda, en lo cual nada pudo el ascendiente de la escuela de Tubinga. El no hubiera logrado explicarse un movimiento religioso tan importante como el cristianismo, sino cual emanación de un hombre extraordinario, a quien se divinizó después de su muerte. En las primeras dudas religiosas del estudiante sansulpiciano, presidieron razones históricas y filológicas que parecían encaminar, invariablemente, hacia una negación total, la aceptación del concepto místico straussiano; sin embargo, cuando escribe la vida de Jesús, acepta de hecho su existencia y apenas si suele prodigar algunas dudas sobre tal o cual hecho de su vida. Si ya Strauss y Bauer han estudiado, a la luz de la crítica, los textos evangélicos, aún no aparece la exégesis mas lógica y demoledora de Drews, Bultmann, Bacón, Loisy, Kalthoff, que va a descomponer en sus elementos iniciales la epopeya ingenua de los cuatro libros fundamentales del cristianismo, analizando uno a uno hechos como la curación del leproso y del paralítico, la cena, la tentación, el bautismo, la resurrección de Lázaro, la multiplicación de los panes, la curación del ciego de Bethsaída.

Acaso el romanticismo de un viaje doliente, que encuentra su epílogo en la cabaña maronita de Ghazir, acallan en Renán los dictados de la crítica y exaltan su sensibilidad: ¿Cómo destruir el templo que han eregido diecinueve siglos de fe ardiente? Bien haya por la leyenda que contribuye a idealizar la vida, aunque sus orígenes se confundan con la noche de la humanidad misma, si esa leyenda puede ser razón de salud moral. La necesidad del Cristo no es mas que la de un imperativo categórico moral. ¿Qué sus contemporáneos apenas si aluden, incidentalmente, a su persona, hasta el punto que el historiador Flavio Josefo no le menciona, aunque su texto aparezca alterado por plumas interesadas que interpelaron en su historia algo que hasta la crítica conservadora reconoce como apócrifo? ¿Qué el cuarto Evangelio carece de valor histórico y no pasa de ser más que una simple alegoría, sin ningún valor real? Sin embargo, no importa, llega a pensar Renán con Federico Nietzsche, ya que un fundador de religión puede ser insignificante: ¡una cerilla y nada mas! No podemos vivir sin

religión, sin ese anhelo ideal indispensable para calmar la sed de infinito de nuestras conciencias: «La religion encuentra sus razones de ser en las necesidades mas imperiosas de nuestra naturaleza, necesidad de amar, necesidad de sufrir, necesidad de creer». Renán le arrancado a Jesús su divinidad pero ponderando, al mismo tiempo, su grandeza extrahumana. Ha destruído al tempo de los dioses para colocar a Cristo en medio de la humanidad, en cuanto hombre superior, tipo inmortal, único, de belleza moral. La muerte del Dios hace mas grande y mas pura la figura del hombre. ¿Qué mas alta idea de divinidad que esa inmensa perfección moral? En medio del mundo antiguo, decadente, cesáreo, con tan escaso respeto por la personalidad humana, la figura del Nazareno trasciende hasta nosotros como una excepción milagrosa. Si la divinidad cabe en la superioridad moral, Cristo es divino porque fué libre en medio de los esclavos; porque nada poseyó para no ser envidiado ni temido; porque entre los duros y entre los turbios fué blando y transparente. En el naufragio de la caduca civilización del oriente, sobre la cual presidía en el bíblico terror del dios de Abraham, Jesús representa el advenimiento de una aurora de bondad, de una ley humilde, que luego el mezquino egoísmo del hombre va a explotar, exhibiendo a través de los siglos, al sencillo pescador con sus eternas heridas abiertas. Allí donde los ricos vivían de la explotación y del vicio; donde los pobres sólo gustaban el pan duro y hasta de los saltamontes del desierto; en el mas apartado confin del podrido imperio romano, llega este modesto hijo del carpintero a predicar el enaltecimiento de los pobres de corazón, el desprecio de la riqueza, la befa de los mercaderes desalmados, las tablas de la nueva ley que habrán de entregar los dominios del mundo a los justos y a los limpios de corazón. Pero, ¡oh ironía de las bajas ambiciones que enturbian todas las aguas!: ved como de ese credo de justicia y de bien los enemigos han podido hacer un escudo; ved como hace tanta falta el Cristo, no el de la mansedumbre y el perdón, sino el otro para que arroje, una vez mas a todos los mercaderes que infestan su templo!

La crítica filológica y la interpretación de psicólogo que Renan aplicó al estudio de los textos bíblicos no constituye, posi-

blemente, un estricto criterio científico porque supone la imposición de un espíritu prevenido en el cual concurren, según lo observa Guignebert, razones de doliente sentimentalismo. Renan conocía bien lo que se ha dado en llamar el quinto Evangelio: frecuentó la Tierra Santa; sintió, en su seno, la melancólica evocación del recuerdo, miéntras sobrellevaba la tragedia de la muerte de su hermana; leyó los textos, con cierta romántica prevención, imponiéndoles sugestiones personales que, por cierto, le movían a olvidar el frío análisis que pudo esperarse de un exégeta. ¿Cómo explicarse que, habiendo él fundado las mas severas reservas sobre el cuarto Evangelio, le haya utilizado como fuente documental en sus estudios?

Sin embargo, a pesar de su creciente excepticismo, en su obra de ancianidad que tituló «Historia del pueblo de Israel», hubo de volver a su preocupación filológica aplicada a los estudios religiosos: ¿en qué época y en qué circunstancias fueron compuestos el Libro de Job y el de Isaías? ¿Moisés redactó el Pentateuco? ¿Qué sabemos de Salomón y de David? ¿Compuso éste los Salmos y el Eclesiastes?

Sainte Beuve

En medio del ambiente romántico, romanticismo hegeliano de Cousin, Michelet, Quinet, el triple buen entendimiento de Sainte Beuve, Renan y Taine resulta una plácida comprensión, en la cual concurren el interés por el estudio y el respeto por la ciencia. El crítico de los *Lunes* puede sentirse a su gusto en compañía de esos dos jóvenes, tan bien enterados ante los progresos de la filosofía, que frecuentan la lectura de Hegel, conocen a Kant, admiran a Condillac, gustan de las ciencias naturales y se mantienen indemnes en medio del contagio romántico. Sainte Beuve no ignora la admiración que Vacherot le profesa a Taine como estudiante; desde sus comienzos cuenta pues con su simpatía y su benevolencia. También el joven normalista encuentra en el crítico el ascendiente de un verdadero maestro que, en cierta manera, no ha intentado con sus estudios sino trazar la historia natural de los espíritus, reali-

zando en lo literario lo que su positivismo va a esperimentar ante las leyes de la historia y de la inteligencia.

Renan, dieciocho años menor que el autor de «Port Royal», ha rezado ya su misa solemne en el altar de la ciencia escribiendo un libro que es como su profesión de fé juvenil. Cuando publica su «Averroes y el averroismo», se lo envía inmediatamente a Sainte Beuve, acariciando la idea de recibir el beneplácito del crítico en alguna de sus *Causeries*, que podrá ser como el espaldarazo de la consagración oficial. Empero teme Renan que la materia ardua, labor de seria erudicion en su libro, atemorice al maestro: entonces le escribe anticipándole cual es la importancia del averroismo que, «si por una parte resulta la mas nominal, la mas vacía, la mas insípida de las fiosofías, está vinculada por otra a cuanto hay de más vivo y profundo en la naturaleza humana». Pero, sea que Sainte Beuve estima aún prematuro juzgar la obra del joven erudito, que ya le anuncia su proyecto de una historia crítica sobre los orígenes del cristianismo, o que espera la publicación de otra obra suya cuyo carácter no participe de la especialización pura, el hecho es que le acusa recibo de su libro escusándose de no escribir en *El Constitucional*, pues el asunto del *Averroes* le parece demasiado arduo para sus lectores. Sin embargo, en mas de una ocasión, Sainte Beuve habíase ocupado de autores como Boissonade, Vaugelas, Baudry, cuyas obras campeaban en los dominios de la estricta erudicion y en los cuales la ciencia no se revestía con las gracias de una inteligencia tan viva. Además, un libro sobro sobre la filosofía medioeval y especialmente sobre el mas curioso y vivo de los aristotélicos árabes, pudo tentar al crítico para bordar el mas pintoresco y ameno de los comentarios. El Renan que frecuentaba a Condillac tenía sobradas razones, que excedían su curiosidad, para gustar de aquel herético cuyo pensamiento buscó el alma única en Sócrates y en Platón: «la individuación no procede del entendimiento, sino de la sensibilidad». He aquí la confluencia del averroismo anticipando la filosofía del siglo dieciocho, modalidad cara a este spinozista puro. Pero Sainte Beuve, en los momentos en que terminaba «Port-Royal», acaso sentíase demasiado lejos de cualquier influencia arabisante, aunque ella resultase de una

desviación aristotélica. Y el Renan de *Averroes* acariciaba la sabiduría del heterodoxo con una viva simpatía, erigiendo en su homenaje uno de los monumentos mas interesantes de la historia y de la crítica. El joven estudioso, que acababa de escribir «El porvenir de la ciencia», era digno del mas franco elogio, pero talvez el crítico se prevenía aguardando la completa madurez de tan excepcional cuanto precoz cultura. Dueño de su estilo y seguro de su ciencia, Renan llegaba a ocupar una situación digna de su claro talento junto a Gaston Paris, Fustel de Coulanges, Gaston Boissier, Darmesteter, e iba a influir hasta en quienes, como Menéndez y Pelayo, le miraron siempre con no contenida prevención: «encierra curiosos datos el libro de Renan, escribe don Marcelino, cuyo espíritu (no hay para qué decirlo) es bien poco recomendable».

Sainte Beuve no pierde ocasión, en sus publicaciones, para elogiar a su docto amigo: así, en un artículo sobre Madame Dacier, le prodiga una amable referencia, que halaga vivamente al autor de *Averroes:* «Me encuentro tanto más satisfecho, le escribe Renán, cuanto que no existe nadie para mí de quien desee más obtener la aprobación y cuyo juicio me importe mayormente». La conciencia de cuanto le debe a sus escritos ha dejado una huella tan honda que, según él mismo lo declara, nada podrá igualar la alegría de saberse reconocido por tal maestro.

Sainte Beuve, generoso y comprensivo, aunque algo rehacio ante todo lo nuevo—releamos su artículo sobre Flaubert y su carta a Baudelaire, cuando publica «Las flores del mal» —no pierde ocasión de prodigar sus elogios a Renán: ya le acuse recibo del «Libro de Job» o de los «Ensayos de moral y de crítica», o ya le conteste una simple carta familiar, le distingue con el particular afecto y admiración que se dispensa a un amigo y a un camarada: «Usted dignifica todos los asuntos que trata, le dice, y al mismo tiempo sabe aderezarlos con encantadora fineza». Cuando Renán aspira a la cátedra que ha dejado vacante la muerte de Quatremère, se dirige a Sainte Beuve a fin de solicitar su voto, cosa que el crítico le promete con viva satisfacción, pues le dará motivo para demostrarle su incondicional simpatía, aunque en realidad se considere como

un profesor ficticio, pues le ha sucedido con su clase lo que a Renán le va o ocurrir también pronto en su primera lección.

Entre tanto Sainte Beuve ha dado cima a su «Port Royal» y, antes de entregar a la publicidad el último volumen, le envía a Renán, en pruebas, la conclusión de la obra. Y el autor de *Averroes* corresponde a esa disticción del maestro, que le halaga profundamente, consagrándole un estudio en el cual no escatima toda suerte de justos elogios. Luego, a raiz del escándalo que obliga a Renán a abandonar su cátedra en el Colegio de Francia, Sainte Beuve le anuncia que está preparando los artículos sobre la totalidad de su obra. Y, aunque aquél está a punto de partir hacia Holanda, cuando recibe del crítico la solicitación de una entrevista, acude presuroso a verle el mismo día. ¡Cuán interesante debió ser aquella visita, en la que el elegante erudito iba a informar, sobre noticias de su vida y de sus libros, al severo confesor laico, al disector de almas que era Sainte Beuve! Acaso se enhebró, ante el solo testimonio de los libros, un intenso diálogo, en el cual las ideas se entrecruzaron como espadas y las concepcionss sobre el arte y la filosofía renováronse generosamente. atizadas por extraño fuego.

Apenas trascurre un mes de ese encuentro, cuando aparecen, en *El Constitucional*, los dos artículos memorables en los que el crítico saluda al ex-seminarista de San Sulpicio con palabras llenas de generosa comprensión, reconociendo al maestro de un nuevo género, que sabe dignificar, elevándolos y ennobleciéndoles, cuantos asuntos trata. *Con amore*, prodigando tal concepto afectuoso, Sainte Beuve refiere la historia de ese espíritu delicado, en quien la ciencia y la elegancia constituyen dones superiores de vocación y de cultura: «La epidermis de este espíritu, valdría decir, es demasiado fina para que no le repugnen ciertos contactos. A veces la impresión prima en él por sobre la idea misma. Es sensitivo como un artista». La aversión hacia lo vulgar, observa el crítico, le mueve a aceptar ciertos errores delicados, que juzga preferibles a ciertas verdades triviales.

El estudio de Sainte Beuve era interesante, sutil y elogioso aunque sumario e incompleto. Acaso porque el crítico no do-

minaba una materia tan amplia y de carácter esencialmente erudito, sus artículos adolecieron de ligereza, aunque para escribirlos había solicitado de Renán una entrevista, que pudo equivaler a una información prolija, reforzada por una carta en la cual el autor de la «Vida de Jesús» puntualizaba algunas de sus ideas y a la que Sainte Beuve contestó luego: «Lo que habría que hacer sobre usted sería un diálogo a la manera de Platón: ¿pero, quién lo intentaría?».

En lo sucesivo tal amistad se hace mas íntima, a medida que las circunstancias acercan a esos dos espíritus, en quienes los dones de la inteligencia y del estudio rayan en los límites de las creaciones superiores. Cada vez que Sainte Beuve se prepara a escribir sobre algún escritor como el erudito Baudry, recurre a su amigo para informarse mejor: «Baudry me anuncia, le escribe un día Renán, que usted desea una noticia sobre sus trabajos filológicos»; y, junto con esas líneas, le puntualiza el carácter de su obra, hablándole de sus estudios sobre las leyendas de Grimm, los de Kuhn, sus trabajos consagrados al derecho primitivo y sus conocimientos del sanscrito. En otra ocasión el crítico, mientras prepara un estudio dedicado a Lacordaire, solicita su opinión sobre la posibilidad de que María Magdalena haya ido a morir a Provenza.

Ya Sainte Beuve está lejos de la crisis romántica y, en plena hora de madurez, ejerce la dictadura del mas alto y mas escuchado de los magister. Cuando aparece la «Vida de Jesús», el crítico no disimula su complacencia y, antes de consagrarle un estudio, publica en *El Constitucional*, el mismo día de su aparición, una nota que para Renán constituye el mejor anticipo: «Es una de esas obras que no necesitan recomendarse pues andan solas su camino. De esta manera no quiero recomendarla; me contentaré solamente con anticipar que, después de haberla hojeado devorándola rapidamente, la impresión que nos queda es de aquellas que no pueden ser sino buenas y saludables para el corazón y el espíritu.» No aconsejaba su lectura Sainte Beuve a las almas simples ni a los que viven agrupados en torno al báculo pastoral, pero sí a los escépticos, a los indiferentes, a los hombres de estudio, a la frívola gente mundana, a cuantos deben frecuentar el respeto, el amor y la inteligencia

por las cosas religiosas: «La manera de Renán es también una adoración, pero destinada a los espíritus libres y filosóficos. Hay, Jesús lo ha dicho, mas de una mansión en el recinto de su Padre; hay mas de un camino que lleva a Jerusalén; hay mas de una estación en el camino del Calvario.»

Grande era el escándalo e intensa la controversia que desencadenó el libro. «Ce tonerre de refutations», según lo advertía Sainte Beuve, y, en medio de ellas, el suelto del crítico provocó la llama que atizó la hoguera. Dos meses y medio mas tarde, el estudio que aparecía en *El Constitucional* renovaba el ardor de la polémica en torno a Renán, aunque ese artículo, según poco después lo advertía en carta íntima, debido a sus relaciones con Napoleón III, no fué tan esplícito según todos podían esperarlo. Sainte Beuve, apoyado en el pretexto del escándalo promovido por la obra, divagaba hilvanando sutiles y amables pretextos, sin escatimarle al autor los mayores elogios: «Renán, es necesario reconocerlo, no satisface mas, con este libro extraordinario, a los escépticos e incrédulos que a los creyentes.» Sainte Beuve advertía que Renán, como Rousseau en el prefacio de «La nueva Eloísa, hubiera podido decir: he visto las creencias de mi tiempo y he publicado mi libro. En realidad reconocía él que, entre los creyentes e incréulos, existe una masa flotante considerable, indecisa, que no está ni con los unos ni con los otros y que, entregada tan sólo a las solicitaciones prácticas de la vida, a los sentimientos naturales y honestos, al buen sentido, nunca ha encarado seriamente la cuestión religiosa. A ese público se ha dirigido Renán, que ha respondido leyéndole, pues ha encontrado «un espíritu superior que llegaba hasta él y que le hablaba en lenguaje a su alcance, una lengua siempre noble por lo demás, elocuente, elegante», que le permitía no sólo enterarse sino que instruirse. De esta manera, anotaba Sainte Beuve, la historia de su éxito constituye un curioso capítulo literario digno de escribirse: «Esta «Vida de Jesús», guardando toda consideración, ha llegado a ser para la clase media de las inteligencias como *Le Petit Journal* entre el pueblo.» Sin embargo, acaso pudo temer Sainte Beuve que esa observación pudiera prestarse a interpretaciones erradas, pues finalizó su artículo advirtiendo que el autor del libro ha-

bía alcanzado su justa recompensa no sólo atrayendo la inmensa curiosidad del público sino también la atención y el interés de espíritus tan distinguidos como los del sabio Havet, Scherer, Berzot, Levallois, que estudiaron su obra en los grandes periódicos mientras se desencadenaba el diluvio de impugnaciones enconadas.

Hé ahí a Renán juzgado por el mejor crítico de su época. ¿Hasta donde Sainte Beuve gustaba de sus obras? Receloso y sumario, el autor de «Port Royal» acaso temió siempre encarar formalmente el estudio del cristianismo a traves de sus críticos. Talvez sus relaciones sociales, sus aspiraciones políticas, la influencia de sus amigos del gran mundo, sobretodo de los círculos arleanistas, cohartaron, en más de una ocasión, esa independencia que el crítico pudo y no se resolvió a mantener.

Renanismo

Julio Lemaitre, que había asistido a los cursos de Renán, fué uno de los primeros en llamar la atención sobre su regocijada ironia. ¿Cómo puede ser alegre un pensador que ha comenzado por traducir el Eclesiastés y ha vivido en íntima frecuentación con la vanidad del mundo y de las cosas terrenas, en el constante estudio de la historia universal? La antítesis puede prestarse a un equívoco formal, sobre todo tratándose de un temperamento esencialmente sacerdotal. Pero quien frecuente las obras de su ancianidad y particularmente ese testamento sonriente que se titula «Recuerdo de niñez y de mocedad» no podrá, en lo sucesivo, releer al Renán de los comienzos sin cierta desconfianza. Cuando acaba de abandonar San Sulpicio escribe: «En la aldea voy a misa; en la ciudad me rio de los que van». Son esos los años de su vida en los cuales la ilusión de la creencia no constituye una certidumbre, mientras sólo concibe la necesidad de la religión para el campesino inculto, en quien siempre podrá encontrar desnudo el filósofo al eterno *animal religiosum*: «una imágen de la Virjen en el gabinete del hombre de trabajo parece un absurdo indigno, mientras que en el hogar del labriego puede hacer de llorar ternura, porque

es el rayo de ideal que penetra bajo el techo de la cabaña». En cambio, ya en el umbral de la muerte, al prologar su espesa obra de mocedad sobre el porvenir de la ciencia, nuevamente el escéptico burlón humedece sus dedos en la pila de agua bendita de la fé juvenil, ensaya su *mea culpa* pensando, una vez más, que la ruina de las creencias traerá consigo una crísis en la moral humana: «A fuerza de quimeras se había logrado obtener del buen gorila un esfuerzo moral sorprendente».

Hay escritores en quienes la naturaleza violenta de sus temperamentos acentúa su masculinidad y son frecuentes tambien los que, como Oscar Wilde, justifican un eterno equívoco. Algo de esto ocurre con Renán: cuando, al referirnos a la redacción de la «Vida de Jesús», decíamos que su delicadeza moral trasciende hasta esa representación feminizándola, no procurábamos sino ver en su crítica cuanto él mismo afirmaba, la admiración que se justifica en sus flaquezas y sabe «convertir nuestra enfermedad en un encanto». ¿Admirar no supone para Renán buscarse un poco?: «admirar suele significar, de ordinario, encontrarme». Quien no ocultaba la predisposición femenina de sus gustos ¿acaso habria de reparar en la feminización de cuanto solicitaba sus dilecciones? Si Renán llegó a querer, en alguna nueva reencarnación, poder rogar y amar como mujer y tuvo la sinceridad de exclamar: «En mi manera de sentir, tengo tres cuartas partes de mujer», pudo tambien, insistimos, feminizar su personalísimo Jesús.

Con razón Taine, el mas ríjido y ortodojo de los pensadores, apesar de su íntima simpatía y de su tradicional amistad, juzgó a Renán con su severidad no excenta de justicia pensando que, si bien es cierto que hay mucho de Platón en él, en cambio su crítica es incapaz de fórmulas precisas, pues no vá de una verdad a otra: «él prueba, palpa, tiene impresiones»; carece de sistema porque la filosofía no es más que un eco de la repercusión que encuentran las cosas en él. Taine, impersonal, esencialmente objetivo como psicólogo, negación del romanticismo y de toda forma egoista, pudo sentir con incontenida aversión a quien llegaba a decir: «Nací romántico; me es necesaria al alma, algo que me coloque a la orilla del abismo».

¿Resultaría paradojal afirmar que fué Renán el más religioso de todos los escépticos? Acaso sus ideas reflejaron, en cierto modo, esa timidez melancólica de la raza bretona que, según lo observaba él mismo, indújule a creer que un sentimiento pierde la mitad de su valor cuando es expresado, pues el corazón no debe tener otro confidente que sí mismo. Y el historiador de Jesús supo permanecer, en cierta manera, fiel a esta consigna: escribió justificándose siempre ante su sensibilidad; personalizando su comprensión íntima de las cosas y de los acontecimientos morales de la historia. ¿Qué es el retrato de Nazareno sino un auto retrato, el espejo de sus sentimientos y de sus ideas? Su representación de Dios supone el concepto de un liviano antropomorfismo psicológico: el hombre, sólo el hombre, ha podido erigirse en divinidad, pensándolo, creándolo; es su hechura porque es capaz de comprenderlo.

Cuando Renán oficia con mayor unción en el altar de la ciencia, después que abandona San Sulpicio, el ascendiente de sus antiguos días de recogimiento en el seminario ahinca más hondo en su espíritu; romántico incorregible, vivirá en perpetua crisis escéptica. Su *Deus absconditus* mantiene constantemente rediviva en su corazón la bella esperanza platónica. Como el Firmín Plédagnel, de Anatole France, siente su espíritu penetrado por la suntuosidad mística, que le mueve a evocar cada mañana el encanto, aromado de incienso, de las pompas rituales y la idealidad en las exaltaciones de la fé. Jamas se libertará de la tiranía de su juventud y, cuando cree alejarse de sus antiguas devociones, se encuentra más cerca de ellas: ¿acaso no decía Condillac que los seres más inteligentes son los más fáciles de engañarse? En cada hora de su vida encontramos en él al tonsurado arrepentido de su libertad; después de escribir, en días de afiebrado convencimiento. «El porvenir de la ciencia», hubiera podido decir, como su discípulo, el autor de «El pozo de Santa Clara», que hay en el estudio de la ciencia un fondo amargo de orgullo y de audacia. Y, a medida que la voluptuosidad de las ideas, en el cotidiano ejercicio de todas las disociaciones, le lleva a dudar incorregiblemente del catolicismo y de los sistemas filosóficos, su constancia escéptica se convierte en un elegante desencanto, en una petroniana tris-

teza, ¿No se arrepiente. cuando envidia a los que han tomado el mundo como el sueño entretenido de una hora, de haber perdido cinco o seis años en el estudio del hebreo, de las lenguas semíticas, de Ewald, de Gessenius, de la crítica alemana y de cuantas búsquedas consumieron sus años juveniles? Es pseferible, llegar a pensar, someterse ciegamente al espíritu, bueno o malo, del universo, aunque sólo se haya de encontrar el vacío en el fondo de la copa de la civilización, en la cual todos los siglos han bebido.

Mientras realiza su viaje de estudio a Fenicia, sintiendo inmediata la tristeza de la Tierra Santa, y mientras escudriña en la huella que han dejado las civilizaciones milenarias, Renán olvida la prolija crítica de los exégetas alemanes y escribe, con el corazón anheloso, la vida de Jesús, la historia psicológica del espíritu más delicado, del alma más pura, con cuyas ideas identifica sus sentimientos morales. Y, como en esa hora de su vida privan dolientes razones sentimentales sobre su corazón, el corazón olvida el frío escalpelo de la crítica y sólo se contenta con glosar la edificante existencia de Cristo, al margen de los Evangelios. Con amor siente y comprende la obra de aquel varón nobilísimo, santo iluminado de una nueva humanidad; para evocarle, sus palabras recogen toda la efusión de su inteligente simpatía, bordando un elogio sentimental que olvida la severidad del examen. Ahí está todo Renán, el más perdurable y el más sincero; aún cuando ha despojado al Nazareno de su divinidad, le comprende humanamente, con rendida ternura. Su Cristo no es el Cristo que marca el fin del mundo antiguo, sino Jesús, el pastor finisecular de la civilización cansada. Su abnegación y su idealidad le mueven a pensar que el hombre. en sus mejores horas, es más religioso porque su voluntad virtuosa trasciende como una idealización de la vida; y Dios sólo es la categoría del ideal. «es decir, la forma según la cual concebimos el ideal». ¿No afirmaba también Renán que, en su raza, la religión fué siempre la forma con que se disimulaba la sed de idealidad?

Con clara intuición Paul Bourget pudo adivinar la influencia que este aristocrático escepticismo habría de tener sobre las generaciones futuras: «Será necesario encontrarse cincuenta

años más adelante para medir el grado de fecundación que tendrá esta influencia». Acertadamente sospechaba el autor de «El discípulo» lo que otros, como él, llegarían a deber al Renán de los últimos años: el deseo de comprenderlo todo, dudando finamente; la elegante manera de poder transformar, según lo advertía Rod, los objetos de angustia moral en objetos de deleite; el cínico pirronismo, que le inclinaba a encontrar en los libertinos la práctica de la verdadera filosofía de la vida; la irónica melancolía epicúrea, última expresión de la delicuescencia romántica, esa que tan patente podría descubrir Seilliére en el Renán de los últimos años.

He ahí el sentido psicológico de la influencia renaniana, de la cual proceden Anatole France, Jules Lemaître y Maurice Barrés. Influídos en parte como el maestro por el sensualismo (sensacionismo, dice Michaut), del siglo XVIII, les place el aristocrático refugio de un diletantismo elegante: indiferente ante las conquistas de la democracia (¿no le hace decir Renán al prior de los Cartujos, en «Calibán», que «toda civilización es la obra de los aristócratas»?) gozan de las ideas y de las cosas distinguidas que dejan trascender una pura idealidad. Escépticos, sólo confiados a las razones de la inteligencia, gustan de las ideas sin entregarse definitivamente a ninguna. La fantasía les coloca sobre las pasiones humanas y, en el juego de dudar de todo, acaban, como en la Cábala, por convertirse en el fantasma. Algo faltaría en la fiesta, decía Renán al hablar de Petronio, ese renaniano puro de la Roma imperial, si el mundo solo estuviese habitado por fanáticos iconoclastas y por tontos virtuosos. El que, en fuerza de sonreir siempre, llegó a no tolerar ninguna expresión dogmática de las humanas creencias, hubiera deseado llegar a saber que, el más afirmativo de todos los hombres, Pablo el santo, contrariando la inflexible fé de toda su vida, había muerto desesperado en la encrucijada de algún camino de España, exclamando: «Ergo erravi». ¿Desesperado?: no, se rectifica Renán, sino tranquilo, porque su escepticismo sólo concibe el estado de la perfecta inteligencia como el de un amable dudar, que nos coloca por sobre las calibanescas vulgaridades de la vida.

La crisis juvenil de los sentimientos, que decidieron su ruptura con la Iglesia, se convirtió, en sus años de vejez, en la enfermedad de la inteligencia: sonriente nihilismo, que era el necesario resultado de sus cambiantes estados de conciencia. ¿Se puede haber corrido inútilmente tras las múltiples apariencias de la verdad, jugando con todas las antinomías, queriendo ser un conciliador que se burla de todos los valores, sin llegar exhausto de desaliento a la hora última, ni más ni menos que el niño que ha perseguido enloquecidamente la voluta azul del humo que se escurre entre sus dedos?

En Renán la falta de convicciones profundas y la ausencia de pasión le llevaron a través de la vida como al personaje del apólogo, que estaba en el secreto de todos los misterios. El fácil ejercicio de la inteligencia le colocó, ante el juego de las ideas, como al espectador que presencia, en la pista del circo, las inútiles piruetas del funámbulo. Constantemente irrespetuoso, volteriano y resignado ante las normas fatales de la vida, hace pensar en el acólito que, en fuerza de sacudir cotidianamente el blanco hilo de los manteles en los altares y de limpiar los vasos sagrados, ha perdido el respeto por las graves cosas de la religión. ¿No recordaba, en sus recuerdos de infancia y de juventud, que, frecuentemente, con cierta desesperada regularidad, recibía cada año una lacónica epístola con estas palabras: ¿Y si existiese el infierno? Seguramente, pensaba entonces, la persona piadosa que me escribe se preocupa de la salvación de mi alma y no puedo menos que agradecérselo, aún cuando no creo haber merecido tal solicitud. «Un poco de Purgatorio sería tal vez justo: aceptaría la broma, ya que luego se me depararía el Paraíso, pues creo que algunas almas bondadosas habrían de ganar indulgencias para sacarmo.»

Talvez golpeaba en el talón de Aquiles el dogmático Brunetière cuando decía: «¡Haber comenzado por «El porvenir de la ciencia» para terminar con «La Abadesa de Jonarre»: que irrisión y que miseria!» En verdad, ese estudiante prematuramente grave de los veinte años, que parecía no haber tenido juventud, se convertía en un pícaro colejial, al declinar su vida, burlándose, con mucha gracia por cierto, de cuanto antes había reverenciado y pidiendo para los jóvenes un poco de libertina-

je, porque quien sabe si el único deber en la vida no consiste en divertirse.

Demasiado se advierte, tras su ironía, la posición del hombre superior, que enreda y desenreda la madeja de las ideas como pudiera hacerlo un felino juguetón: ¿se trata de probar que todo es igualmente verdadero?; eso pudiera ocurrir si no sucediese frecuentemente lo contrario, es decir, que todo es igualmente falso; ¿existe para él Dios?: a veces lo niega, asegurando que tal vez existirá algún día; ya exalta el genio de los hombres superiores, luego se pone de parte de los humildes. ¿Cuáles son sus ideas? ¿Dónde están sus certidumbres? ¿Duda de lo que afirmó primero? ¿Cree en lo que negó más tarde? Su nihilismo es siempre amable, dulce, frívolo; no encara los problemas eternos pues sabe escurrirse ante ellos como un humo envolvente y azul, que parece abrazar los objetos y, sin embargo, no ha hecho más que pasar en torno de ellos, sin penetrarlos. Su trato frecuente con los libros sagrados (¡ah palabra amarga del Eclesiaste, doliente consejo de Kempis: «omnia transit!») le ha inclinado a dudar de todo y a dudar también de la inútil vanidad de la inteligencia: por eso, cuando todos afirman, él sonríe, sonríe en su vejez, porque ha logrado arrancarle el secreto a la Esfinge.

Y, sin embargo, pide para su tumba el epitafio latino: «Veritatem dilexi».

ARMANDO DONOSO.

COMO LA PRIMAVERA (1)

Como un ala negra tendí mis cabellos
sobre tus rodillas.
Cerrando los ojos su olor aspiraste
diciéndome luego:
—¿Duermes sobre piedras cubiertas de musgos?
¿Con ramas de sauces te atas las trenzas?
¿Tu almohada es de trébol? ¿Las tienes tan negras
porque acaso en ellas exprimiste un zumo
retinto y espeso de moras silvestres?
¡Qué fresca y extraña fragancia te envuelve!
Hueles a arroyuelos, a tierra y a selvas.
¡Ninguno, ninguno!
¿Qué perfume usas? Y riendo te dije:
Te amo y soy joven, huelo a primavera.
Este olor que sientes es de carne firme
de mejillas claras y de sangre nueva.
¡Te quiero y soy joven, por eso es que tengo
las mismas fragancias de la primavera!

---

(1) Del nuevo libro «Raíz Salvaje» de la genial poetisa uruguaya Juana de Ibarbourou.

LA REVOLUCION DE 1891

(De los papeles inéditos de don Fanor Velasco) (1)

Apuntes que en Noviembre 15 de 1891 me da Leopoldo Urrutia en casa de P. L. Cuadra (2)

Agosto 1.º de 1891.

Ocasionalmente me refirió Raymundo Silva lo que sigue:

Antecedentes de la interpelación hecha por Domingo Godoy en la sesión del Senado (Viernes 31 de Julio)

Teniendo conocimiento Godoy de que el Gobierno había dado permiso a Agustín Edwards para salir fuera del país con el compromiso de no favorecer los designos de la revolución, se dirigió a la Moneda en la noche del Jueves. Godoy iba algo exaltado a causa del licor y en voz un tanto imperiosa preguntó al Presidente si era efectivo el hecho que circulaba en el públicó. Balmaceda le contestó secamente: «Es cierto». —¿Ya está fuera de Valparaíso? —Ya lo está. —No lo creía, replicó Godoy, y lo siento, porque desde este mismo instante dejo de pres-

---

(1) En el N.º LVI (Octubre de 1922) de la Revista Chilena, al publicarse los primeros papeles inéditos de don Fanor Velasco, sobre la revoción de 1891, el depositario de ellos, su hijo don Fanor Velasco y Velásquez se sirvió dar algunas noticias y explicaciones cuya lectura es recomendable para la mejor comprensión de los que ahora se publican.

(2) Lo que ahora se publica son apuntes escritos de puño y letra del señor don Leopoldo Urrutia, magistrado judicial durante la Dictadura y que guardó durante ella una digna prescindencia. Parece que el señor Urrutia hacía también sus anotaciones de los acontecimientos y así se explica que el 15 de Noviembre de 1891, según la nota marginal escrita por Velasco, pudiera entregar a éste las páginas de la conversación que había tenido con don Raymundo Silva el 1.º de Agosto.

tar al Gobierno todo mi concurso político. —Puede usted salir del Partido cuando quiera, fué la respuesta de Balmaceda. —Bien, Presidente, continuó Godoy, pero debo prevenirle que mañana mismo formularé interpelación en el Senado acerca de este suceso.

Asegura Silva que Balmaceda, cambiando ya de tono y en forma suave, procuró disuadir a Godoy de su propósito, que calificó de importuno y perjudicial para la causa del Gobierno. Agregó: «En épocas de lucha y al frente del enemigo, no deben los partidarios manifestar rotos los lazos de la política y de la amistad. El interés común aconseja a todos la unión mas estrecha.»

Godoy, engreído por el cambio de tono de Balmaceda, se despidió de la Moneda dirigiéndose a casa de don Claudio Vicuña. Consultado éste sobre la interpelación proyectada, emitió igual opinión a la de Balmaceda y con insistencia trató de convencer y disuadir a Godoy de su intento. Godoy, sin embargo, propuso con carácter de urgente la interpelación (de que da cuenta la sesión del Viernes), la cual, en concepto de Silva, había dado muerte política a Godoy, arruinándolo ante Balmaceda y ante Vicuña.

Candidatura de Sanfuentes

Silva (1) es muy amigo de Sanfuentes y, como se sabe, tiene gran decisión por éste.

Dice: Pocos días antes del viaje de Balmaceda al territorio de Tarapacá (1889), llamó a Sanfuentes para exigirle que le aceptara la candidatura a la presidencia de la República. Debo transcribir en forma dialogada la conversación de éstos para apreciarla:

—No puedo, Presidente, contestó Sanfuentes, aceptar un puesto que no me corresponde. Soy *nuevo* en la política y carezco de títulos para presentar mi nombre ante los círculos que imperan en el país.

—Usted es demasiado imprevisor; tiene usted preparación para el puesto y no dude que apenas se note que su candida-

(1) Raymundo Silva.

tura cuenta con el apoyo oficial que le ofrezco decididamente, tendrá las simpatías que se necesitan.

—¿Qué dirán los hombres y estadistas que reunen tantos méritos y servicios públicos? Altamirano, Prats, Covarrubias, etc. no podrían ver con buenos ojos mi candidatura. Reconozco que ellos y muchos otros tienen derecho para aspirar al gobierno del país. Mi candidatura comprometería la unión del Partido Liberal y perturbaría la marcha de su gobierno de usted en términos que es difícil prever. Por otra parte, Presidente, mi candidatura sería prematura y tendría que fracasar. No acepto, Presidente, la situación que me ofrece aunque me halague la expectativa de tal situación.

—Tiene usted, Enrique, poca experiencia política. Esos hombres se arrojarán a sus pies. Le buscarán a usted y le ofrecerán todos apoyo incondicionalmente.

Sanfuentes se resistió durante ocho días a aceptar las insinuaciones de Balmaceda; pero al fin, acosado y halagado constantemente por Balmaceda, cedió a las peticiones de éste; aceptó la candidatura oficial y aceptó tambien acompañar al Presidente en su viaje a Tarapacá, viaje que tuvo por principal motivo el exhibir y presentar a las provincias la candidatura a que se alude.

Tres meses después de estos sucesos, encontró Balmaceda tenaz resistencia en la marcha de su gobierno. Los partidos comenzaron su obra de unión para atacar la candidatura oficial y para entorpecer la marcha del gobierno. Balmaceda, comprendiendo estas dificultades, llamó a Sanfuentes, y, en una conferencia enteramente privada y hasta hoy desconocida de los hombres que rodean al gobierno, dijo a su candidato:

—Enrique, debo decirle que desde hoy queda retirada su candidatura oficial. No tendrá usted el apoyo ni de un Inspector de Distrito.

—Está bien, Presidente, pero debo advertirle que en esta fecha ya no me pertenezco a mí mismo; pertenezco a mis amigos con quienes continuaré adelante sin necesidad de las influencias oficiales.

Expone Silva que hubo entre Balmaceda y Sanfuentes algunas expresiones vidriosas; pero que a virtud de lo hablado en

esta conferencia, quedaron desligados los compromisos relativos a la candidatura de su amigo. Por esta razón, agrega, Sanfuentes y Balmaceda continuaron afirmando cada cual que la tal candidatura no contaba con el concurso del gobierno

Siguiendo con ardor la lucha de los partidos coligados contra el gobierno, vióse Balmaceda obligado a declarar al país que él no sostenía a ningún candidato. A pesar de que en el fondo esto era verdadero, la situación *ostensible* se presentaba con otro carácter.

Los partidos creían en la candidatura oficial de Sanfuentes. Fué entonces cuando Balmaceda llamó a éste para pedirle que retirase públicamente su candidatura. A presencia de José Miguel Valdés Carrera y de dos mas cuyos nombres no recuerdo, Balmaceda dijo a Sanfuentes:

—La situación del gobierno por la actitud de los partidos es escabrosa y desesperante; exijo del amigo y correligionario político el retiro de su candidatura de un modo público que aleje toda sospecha. Me refiero, Enrique, a su candidatura popular, pues, como usted lo sabe, la candidatura oficial está muerta desde hace tiempo.

Sanfuentes no hizo resistencia ni un momento para acceder a esta exigencia, diciendo que tomaba sobre sí la tarea de convencer a sus amigos acerca de que su renuncia era necesaria por motivos patrióticos.

Satisfecho Balmaceda, tuvo la nueva exigencia de que Sanfuentes debía sellar su compromiso aceptando el Ministerio del Interior.

Esta exigencia fué persistentemente resistida por Sanfuentes.

—Presidente, dijo, he accedido a lo que podía tomando en cuenta el interés nacional. No me he fijado en el descontento de mis amigos para tomar la resolución que he tomado; pero la aceptación de un puesto en el Gabinete necesita mayor reflexión y ser consultada con mis amigos políticos.

—Es indispensable su aceptación. No habría otro medio de llevar el convencimiento al ánimo del país y del Parlamento.

—Presidente, necesito consultar a mis amigos sobre este punto, imponiéndoles a la vez de mi ostracismo político.

Silva dice que Sanfuentes y los otros caballeros que estuvieron en la conferencia, le han referido que Balmaceda, desesperado, al parecer, de la actitud de Sanfuentes, dijo a éste:

—Amigo, es necesario aceptar ahora mismo, sin consulta de nadie.

—Presidente, no puedo!

Balmaceda, levantándose de su asiento, en actitud trágica, y tomando el camino de su pieza de dormir, expuso:

—¡No me queda entonces mas que la muerte!

—Si es así, Presidente, replicó Sanfuentes, acepto.

Inmediatamente Balmaceda redactó el telegrama-manifiesto que Sanfuentes dirigió a los intendentes de provincia como Ministro del Interior.

Ultima entrevista de Sanfuentes y Balmaceda

Balmaceda, por solicitudes verbales y por dos cartas, que se conservan, exigió una entrevista de Sanfuentes. El 4 de Julio, desde las 12 hasta las 4, tuvo lugar la conferencia entre ambos solamente.

Balmaceda pidió a Sanfuentes su concurso político a fin de prestigiar la causa del gobierno con la asistencia en el Senado de todos los amigos que habían cooperado directa o indirectamente al mantenimiento del orden público.

—No tengo inconveniente para prestar mi concurso sobre la base de que los partidos de oposición y de gobierno se fijen de camún acuerdo en un candidato a la Presidencia de la República. Yo podría trabajar en este sentido, fijándome, por ejemplo, en un hombre como Echaurren.

—¿Cree usted posible, Enrique, llegar a un acuerdo a este respecto?

—Sí, Presidente.

—¿Quién sería el encargado de poner en contacto a los hombres de los diversos círculos políticos? ¿Cree usted que los hombres del gobierno aceptarían una situación.... (1)

(1) Por desgracia, no ha sido posible hallar la página 4 de los apuntes dados a Velasco por el señor Urrutia y, por consiguiente, queda trunca esta interesante conversación.

Opinión de Sanfuentes respecto de Balmaceda

Cree Sanfuentes que Balmaceda ha llegado a la Dictadura únicamente por la vanidad de que la historia, al recordar su período presidencial, lo denomine *Dictador* en vez de Presidente.

Su inquietud por modificarlo todo, le hizo comprender las escabrosidades que tenía que encontrar en el camino de las reformas inconvenientes e impremeditadas, y por esto encontró hacedero y sencillo constituirse en dictador para inmortalizarse con el *pomposo* título de que se trata.

Agrega Sanfuentes, según Silva, que esta idea se la ha formado aquél, visto que Balmaceda ha podido en mas de una ocasión dar término a la dictadura mediante un arreglo con la revolución. (1)

---

(1) Todas las palabras en cursiva, están subrayadas en los originales.

PROBLEMAS DE LA EDUCACIÓN SEXUAL

I

Este tema pertenece mucho más a la Pedagogía que a la Medicina, aunque se hayan ocupado de él, con preferencia, médicos y sociólogos, y aunque se encuentren precisamente entre los maestros sus más acerbos opositores. Sin embargo, hay entre los médicos higienistas quienes están obligados a repartir sus estudios entre la pedagogía y la higiene; son los médicos escolares. El médico escolar debe, para llenar su cometido en conciencia, conocer psicología infantil y pedagogía. En ese concepto, el informe que me ha sido confiado por el Comité Organizador del 2.º Congreso Médico Nacional, encuadra perfectamente en una sección de higiene. En el curso de mi exposición daré preferencia a la parte relativa a la escuela primaria, creyendo, de esta manera, llenar los deseos del Comité Organizador, al honrarme con la designación de Relator Oficial.

Deberé, pues, alejar la atención de este Congreso de los asuntos médicos propiamente dichos, para llevarlos conmigo a la escuela primaria. Pero, el problema de la educación sexual es, ante todo, repito, una cuestión de pedagogía, y, en buena parte, es simplemente de didáctica. Tengo que excusarme, pues, si no respondo a la cuestión solamente como médico. El punto de vista exclusivo de la medicina, carece de interés, a mi entender, pues no pasa de un simple capítulo conocido de la higiene preventiva.

No obstante, en atención a la índole de este Congreso me detendré lo menos posible en la parte técnico-pedagógica, es-

bozando apenas una idea general de ella. He querido ahorrar así una parte de didáctica bastante engorrosa para los que no son del oficio y me concretaré a un rapidísimo esbozo del desarrollo de la materia.

II

El problema de la educación sexual es a la vez biológico y educativo. «No hay en toda la higiene una cuestión en donde la pedagogía y la medicina se hallen más íntimamente unidas», dice el ilustre profesor de la Soborna, Mr. G. Lanson. Pero no solamente la pedagogía y la medicina entran en juego en este difícil problema; la sociología, la ética, la psicología, la higiene, la biología, la psiquiatría, las ciencias naturales, se unen para complicarlo singularmente.

El axioma fundamental de la cuestión, dice el profesor Augusto Forel, es el siguiente: «En el hombre, como en todos los seres vivos, la finalidad inmanente a toda función sexual y por consiguiente de amor sexual, es la reproducción de la especie».

«La humanidad debe, para su propia felicidad reproducirse, de tal suerte de elevar progresivamente todas las facultades psíquicas y mentales del hombre, tanto desde el punto de vista de la salud y de la fuerza corporal, como de aquel del sentimiento, de la inteligencia, de la voluntad, de la imaginación creadora, del amor al trabajo, de la alegría de vivir y del sentimiento de solidaridad social». La acertada solución del problema es, pues, de una importancia fundamental para el bienestar y la felicidad humanas.

Extraordinariamente complejo, el problema no puede resolverse con la sencillez con que se resuelve el alcoholismo, por ejemplo, suprimiéndolo; habiendo sido éste creado por el hombre, su desaparición es indiferente a las condiciones de la vida normal. Por el contrario, los sentimientos y el instinto sexuales forman parte de la vida misma, tienen su fundamento y su razón de ser en la existencia humana, en ella toman sus raíces: existen porque ella existe. La vida social les ha dejado desviarse de su finalidad verdadera, expresada en el axioma de

Forel, y tomar las falsas vías que han desnaturalizado la razón de su existencia.

La búsqueda desenfrenada del placer y la deserción del cumplimiento de las responsabilidades y deberes inherentes a las funciones de generación, han torcido completamente su fin natural. «Es necesario volverlas a la recta vía—dice el eminente maestro,—tranquilizar y regularizar su marcha, encauzar estos instintos y sentimientos, canalizarlos, guiándolos convenientemente, mirando al porvenir y pensando en la felicidad de nuestra descendencia».

Y he ahí cómo entra en juego la educación.

Todos los instintos y sentimientos del hombre, empiezan a ser encauzados en las normas realizadas por la civilización, desde el momento en que él empieza a ponerse en contacto con la vida colectiva, es decir, desde que su psiquis despierta a la vida de relación.

A medida que el pequeño ser va desarrollándose, al contacto de las demas unidades sociales, familia primero, escuela y compañeros después, va adquiriendo instintivamente subconscientemente, una serie de hábitos trazados por las costumbres del ambiente en que se desarrolla, e impuestos a su naturaleza por la imitación.

La familia y la escuela contribuyen a la adquisición y orientación de estos hábitos exigidos por la vida colectiva. De esta suerte, los instintos y sentimientos del hombre van modificándose y expandiéndose bajo la influencia directriz de la educación y sometiéndose en buena parte a la fuerza del hábito adquirido: el acto reflejo se transforma y el acto voluntario tiende a convertirse en subconsciente.

De esta manera, todos los instintos derivados del natural egoísmo humano, que no es sino la libre expansión de la energía vital de cada ser, van siendo sometidos a la sujeción de ese imperativo impuesto a la naturaleza por la vida civilizada. Llega así el niño a la edad adulta, modificada su naturaleza primitiva bajo la acción contínua de la educación.

Uno solo, sin embargo, de todos los instintos primitivos del hombre normal, ha sido excluido del contralor educativo: el

instinto genésico, que ha escapado a la fuerza evolutiva de la civilización y conserva todavía, aún hoy, toda la indisciplina primitiva de la vida salvaje, refrenada apenas, y sólo en apariencia, por la fuerza de las leyes.

El instinto genésico se conserva en la época actual como en las épocas primitivas, completamente ineducado; absolutamente desconocido por la educación, sin mas contralor ni mas freno que la sanción legal o la sanción social, cuando sus consecuencias llegan a ser descubiertas; con menos responsabilidad que las otras pasiones primitivas, porque le es mas fácil ocultar sus manifestaciones o sus extravíos.

La humanidad no se ha preocupado todavía de civilizarlo, de someterlo al predominio de la sola fuerza capaz de encauzarlo y reducirlo: *la disciplina de la voluntad bajo el contralor de la intelijencia instruída, consciente y responsable.*

La acción pedagógica que pretende desarrollar esta acción en beneficio de la sociedad y de la especie, constituye lo que se ha dado en llamar la «educación sexual».

¿Por qué razón la pedagogía ha querido ignorar hasta el presente la existencia del instinto genésico y lo ha abandonado a la indisciplina propia de la vida primitiva?

Preconceptos venidos de lejanas edades, prejuicios morales y religiosos, temor irreflexivo de despertar la sensualidad del niño con la revelación de hechos considerados indecentes; la desviación misma del acto generador, separado de su función fisiológica para convertirse en fuente de placer; lacras sociales que han venido a injertarse sobre la función orgánica de mayor trascendencia; sinnúmero de factores sociales y morales, religiosos, históricos y económicos, han venido rebajando el alto valor moral de la función reproductora, convirtiéndola en acto deshonesto, inconfesable o secreto. La maternidad misma, aún bajo la cubierta de la unión legalmente constituída, ha sido sometida al deshonor de las cosas vergonzantes. Toda una psicología social sería necesaria para explicar el descrédito moral en que se mantiene a los fenómenos relativos a la perpetuación de la especie.

Preconceptos inaceptables por quienes miran alto y quieren la Verdad y el Bien como normas de la vida social, son, sin

embargo, bastantes poderosos todavía para oponer su negativa inflexible a la intromisión de la pedagogía en esta cuestión. Además, a mi juicio, el problema de su oportunidad contribuye a complicar el asunto.

Voluntariamente o no, por parte de quienes lo rodean, la educación del niño comienza desde la cuna. Terminada la primera infancia, la escuela continúa, corrige y completa la educación familiar. Mas, llegada la adolescencia, cesa en general la acción de la escuela, a lo menos para el enorme porcentaje de los niños que comienzan a esa edad el aprendizaje y la preparación a la lucha por la vida con la adquisición de una aptitud cualquiera para ocupar su puesto en la falange social. La enseñanza post-escolar es una conquista demasiado reciente para ser tomada en consideración.

En esa misma época de la vida, hacen su aparición los fenómenos premonitores de la aptitud generadora. Así, pues, en el momento en que aparecen sus primeras manifestaciones y consecuentemente empieza el despertar del instinto, la acción educadora de la familia y de la escuela se relajan, y quedan más o menos abandonadas a sí mismas las fuerzas que despiertan.

Por otra parte, la naturaleza de los fenómenos sexuales y su manera de verificarse, así como la intimidad de los sentimientos que a ellos responden y su natural reserva, han contribuído también a alejar de la didáctica todas las cuestiones relativas a estas funciones.

Ha sido necesario que un grave peligro amenazara la sociedad en sus bases mismas para que se lanzara el grito de alarma, llamando la atención de sociólogos, psicólogos, médicos y educadores sobre esta deficiencia, cuyas consecuencias amenazan la sociedad en su estabilidad moral y en su fuerza vital.

El conocimiento es la primera condición de la libertad; es el fundamento de la higiene como es de la moral. El joven debe estar preparado intectual y moralmente para recibir con libertad y conciencia la primera revelación de la vida adulta que lo

transforma por completo: el conocimiento intelectual y la preparación moral deben, pues, preceder a la revelación fisiológica.

Es necesario, por lo tanto, que cuando llegue ese momento fisiológico que inicia el cumplimiento completo de la vida adulta,—momento fundamental en la vida de cada ser humano, pues no sólo señala una nueva etapa en la vida física sino que deja también una profunda huella en el ser moral; es necesario que ese momento encuentre al ser humano preparado de tal suerte que él mismo sea quien pueda decirlo, guiado por el controlador de su inteligencia consciente y fortalecido por el poder disciplinario de su voluntad. «Tanto en el interés personal como en el de la colectividad y de la especie, el hombre debe estar advertido de todo lo que significan las relaciones sexuales, de sus riegos, sus peligros, sus consecuencias, sus responsabilidades y sus deberes», dice Sicard de Plauzolles en su hermoso tratado sobre «La función sexual».

El conocimiento de los fenómenos relativos a la reproducción de la especie, en lo que son objetivamente: enseñaza que es función de la intelijencia; y en lo que son o serán subjetivamente, cuando el individuo, sujeto a las leyes de la naturaleza, se convertirá en actor: enseñanza profunda que debe asentarse en una educación intensa de la fuerza moral y en el desarrollo de la voluntad y del carácter.

III

La cuestión es, sin duda, compleja, ardua, de aplicación práctica difícil, no tanto posiblemente en el fondo como en las apariencias que la rodean, obstaculizada por preconceptos absurdos en nuestra época, pero fuertemente dominante aún en el criterio de la mayoría. Opónesele también con una implacable negativa un concepto pedagógico en desacuerdo completo con las necesidades de la vida moderna, pedagogía arcaica fundada todavía en una hipocresía ridícula, en un fingimiento y una mojigatería que sólo engaña a los mismos que la emplean.

En efecto, es un postulado establecido por las costumbres sociales, e irrecusable prueba de moralidad, la ignorancia de toda joven bien educada, sobre los asuntos relacionados con la

generacion, trátese de moral, de fisiología, higiene y mucho menos de profilaxis.

Ignorancia a que nadie da crédito pero que debe fingirse bajo pena de caer en la indecencia. «Por qué os empeñáis en abrirles los ojos—nos observan—¡es tan hermosa la inocencia!» —y agregan, a renglón seguido,—«Para qué ese empeño, si hoy en día los tienen ya por demás abiertos».

Está, pues, en el convencimiento de todos, que los adolescentes de uno y otro sexo no ignoran los conocimientos que la familia y la escuela le negaron. Padres y maestros saben perfectamente que los niños están enterados, no sólo de las elementales nociones sobre la maternidad y la procreación, sino que algo saben también, de las relaciones sexuales.

Me he entretenido en observar los dibujos rudimentarios que se entretienen en trazar a hurtadillas los chiquillos de las escuelas o de la calle, así como en buscar los rastros psicológicos de su curiosidad no satisfecha; he llamado la atención de muchos padres y maestros sobre el particular y hemos estado todos de acuerdo en reconocer la tendencia del chiquillo a dibujar las partes vedadas de ambos sexos, a hurtadillas.

Me contaba días pasados una directora de escuela infantil que en cierta ocasión recibió queja de que los chiquillos de una clase perseguían a las niñitas. Averiguaciones. Hecho delictuoso comprobado: los muchachitos exhibían sus partes pudendas a las niñas cuando la maestra no los veía. Se trataba de una clase de tres a cinco años.

Este hecho haría pensar talvez en que Freud no carece de razón en su psicología sexual, si no diésemos en pensar que es el resultado del concepto pedagógico dominante aún en la educación actual bajo todas las latitudes: la hipocresía!

Me recuerda esto una frase de Mr. Pinard: «Quelques temps avant le début du cataclysme que nous subissons, le Conseil Superieur de l'Instruction Publique entra a s'occuper de modifications a apporter au programme du P. C. N., c'esi a dires des études comprenant les sciences Physiques, Chimiques et Naturelles qu'on ne peut aborder qu'aprés avoir obtenu le baccalaureat. Eh, bien! Dans le nouveau programme, dans la par-

tie des sciences naturalles, le chapitre concernant la Fonction de Reproductión dans l'Espece Humaine *n'existait pas!*».

La verdadera dificultad para llevarla a cabo está en que no nos atrevemos, nosotros los mayores, a abordar el tema de la reproducción por temor de herir la inocencia de los niños. Cometemos así un error de psicología, error que ha sido funesto para la educación y la higiene—y del que no tenemos excusa—si pretendemos ser educadores, pues deberíamos conocer la psicología infantil. Nosotros no nos atrevemos, porque atribuímos al cerebro del niño nuestra propia psicología; porque no podemos volver a ser niños y somos incapaces de olvidar lo que aprendimos, para volvernos como ellos.

Alrededor del simple y llano fenómeno natural que hacemos observar o que damos a conocer, nuestro espíritu o nuestra fantasía acumula el conocimiento, cuando no los recuerdos de las sensaciones que lo acompañan; habiendo sido actor, las concomitancias del acto acompañan a su imagen en el espíritu.

Traduce magistralmente este estado psicológico del educador, en los párrafos siguientes, el profesor Forel, de indiscutible autoridad en este asunto: «La costumbre disminuye siempre los efectos eróticos de determinadas percepciones de nuestros sentidos, e, inversamente, el erotismo o deseo sexual está siempre especialmente excitado por las percepciones e imágenes no habituales relativas al otro sexo».

«Desgraciadamente, el adulto comete casi siempre el mismo error pedagógico, pues inconscientemente atribuye al niño sus propios sentimientos de adulto y procede en consecuencia: grave error. Lo que es capaz de excitar los deseos de un adulto, deja completamente indiferente a un niño impúber».

«Es por lo tanto perfectamente posible hablar a los niños, de cierta manera, sobre estas cuestiones, y dárselas a conocer sin que se produzca en ellos la más mínima excitación. Lejos de eso, si habituamos al niño a considerar todo ello como algo completamente natural, inocente, excitará mucho menos su erotismo y su curiosidad en el futuro, porque para él habrá perdido el picante de lo desconocido».

En ciertos niños, educados en la más estrecha mojigatería y en la más absoluta ignorancia de estas cuestiones, el sistema nervioso suele alterarse a la aparición de los primeros signos de su pubertad; cuando no están advertidos, puede producirse un intenso estado nervioso a la primera aparición de las funciones.

No he tenido oportunidad de estudiar el hecho en los varones, pero he tratado de investigarlo en las niñas; en todos los casos en que ellas fueron sorprendidas por el fenómeno catamenial sin haber sido previamente advertidas, hubo siempre perturbaciones nerviosas a veces bastante graves para justificar mi intervención profesional.

Estos hechos son ya tan conocidos que, en la actualidad, más de una madre prevenida, a la primera aparición de los signos premojenitores, tiene la precaución de advertir a su niña de la próxima aparición de sus nuevas funciones.

«El misterio con que se rodea todo lo que se relaciona con las funciones sexuales—agrega el profesor Forel,—no solamente es un motivo de ansiedad para los niños, sino que, además, aguijonea su curiosidad, de suerte que, la mayoría de las veces concluyen por instruirse cerca de camaradas mayores, instrucción hecha siempre de una manera muy poco propicia a un sano desarrollo». He transcripto los anteriores párrafos porque no sólo hay en ellos sujeto para muchas reflexiones, sino que pueden orientarnos hacia la manera cómo debe concebirse la educación sexual.

IV

Hemos dicho que la educación sexual es la aplicación al instinto genésico de la disciplina de la voluntad bajo el contralor de la inteligencia instruída, consciente y responsable.

Comprende, pues, tres partes:

1.° Una parte relativa a la educación propiamente dicha, esto es, al desarrollo, sometimiento y dirección del instinto y sentimientos sexuales dentro de las normas establecidas por la moral social: en otros términos, el sometimiento del instinto a las reglas de moral individual y social bajo la acción de la voluntad reflexiva. (Educación del carácter y de la voluntad).

2.° Otra parte relativa a la instrucción, esto es, a los conocimientos científicos atingentes a los fenómenos de la reproducción de la especie: historia natural, anatomía y fisiología humanas, higiene y profilaxis. (Instrucción científica).

3.° Otra parte que comprende el conocimiento de la deontología social en la parte relativa a las cuestiones de la generación. (Instrucción moral).

En este problema hay, pues, dos factores de igual importancia: el factor educativo y el factor instructivo. Ellos se completan ejerciendo recíprocamente su acción el uno sobre el otro, conocimiento de los fenómenos naturales, sus relaciones y consecuencias físicas, sociales y morales, para iluminar la razón; fuerza moral para dominar el instinto bajo el dictado de la reflexión.

Leyendo los distintos autores, y no son pocos los que. desde Juan Jacobo Rousseau hasta nuestros días, se han ocupado de este sujeto, obsérvase de inmediato una desarmonía completa respecto al criterio con que debe encararse el asunto, a la importancia que debe darse a los factores mencionados y a las relaciones que entre ellos deben establecerse en la progresión general de la enseñanza. Obsérvase una señalada tendencia a separar uno de otro estos factores, a independizarlos dentro del complejo didáctico.

Entiendo que, por el contrario, debe establecerse desde al principio un equilibrio, una proporcionalidad, una ligazón y una progresión lógica en el desarrollo del plan educativo, tan estrechas que, en todo el curso de la enseñanza, no pueda desvincularse el factor moral del factor científico Antes por el contrario, debe observarse un desarrollo paralelo y progresivo en todo el curso escolar, de tal manera que se obligue al espíritu mismo del niño a alcanzar durante cada lección las normas morales que pueden deducirse de los conocimientos científicos.

A mi entender, desvincular el factor moral del factor científico, no sólo es inutilizar el contingente precioso que cada uno de ellos puede aportar al sujeto, sino, y sobre todo, es anular el invalorable recurso pedagógico de la asociación que graba profundamente las nociones adquiridas y que más tarde agre-

ga al recuerdo de un conocimiento adquirido el de otros que le fueron concomitantes y el de las circunstancias que lo acompañaron; fecundo recurso para grabar fuertemente en el corazón del niño las normas de moral que se presentarán a su memoria cada vez que evoque la noción con ella relacionada, si el maestro, digno de su cometido, supo impresionar profundamente los sentimientos infantiles.

¿Cuántas veces, en la vida, una causa mínima ha detenido el curso de nuestras acciones? El halo de moralidad y de deberes con que se rodeará las nociones científicas sobre la generación, serán otras tantas defensas invisibles e inconscientes, capaces muchas veces de detenerlo al borde del abismo. Toda la deontología sexual puede agruparse alrededor de la noción científica, a la manera como el protoplasma rodea al núcleo; cada una de estas lecciones científico-morales serán, en el futuro, otros tantos fagocitos contra la infección moral.

Insisto en esta asociación científico-moral, y tanto mas por cuanto los autores no suelen ocuparse de ella como tal. No he visto aconsejada esta asociación tal como la he expuesto, esta concomitancia a cada lección, entre las dos partes del asunto. Los autores se han limitado a indicar las nociones de deontología sexual como consecutivas a las nociones científicas apuntadas.

A mi conocimiento, no ha sido indicada esta amalgama, permítaseme la palabra, entre las ciencias naturales y la moral. Es ella, sin embargo, la que, en mi concepto, constituye la armazón misma de la reforma pedagógica que nos ocupa. A su vez ella debe descansar sobre el fuerte cimiento constituído por la fuerza del carácter y la educación de la voluntad inteligente.

No pertenecen estas últimas en exclusivo a la cuestión sexual; ello es evidente, dado que la escuela debe desarrollar en todos los niños las condiciones necesarias para prepararlos a la lucha por la vida. Pero no es menos evidente que, dentro de nuestro problema, son un factor de tal importancia que sin ellos no hay solución posible a la pedagogía sexual.

En efecto, toda nuestra pedagogía fracasa si el individuo, ineducado en su voluntad, es presa de las inclinaciones y los

deseos del instinto. Esta circunstancia es naturalmente común a todas las faltas de moral, de cualquier orden que ellas sean. No hay convencimientos, ni temores, ni leyes, ni sanciones capaces de ejercer acción coercitiva sobre el individuo incapaz de refrenar sus instintos, cualesquiera que ellos sean.

Aquellos que se relacionan con el instinto generador nos parecen mas graves e importantes que los demás, y deben serlo, puesto que se relacionan con el mas poderoso de todos, mas fuerte aún muchas veces que el de conservación de la vida; porque responde a la conservación de la especie.

No basta el conocimiento de las cosas, si la violencia de los impulsos inferiores no está coartada desde tiempo atrás por una universal y sistemática educación del carácter y una vigorosa gimnasia de la voluntad. «Preparar la voluntad para resistir al inpulso sexual cuando despierte, es mucho mas importante que preparar el espíritu a los conocimientos de las cosas sexuales. Aún los mas extensos conocimientos sobre la higiene y los peligros sexuales de nada sirven si el hombre, en el momento de la tentación, no está capacitado por el dominio de la voluntad para resistirla», dice Forster.

Es este contralor propio el que ha decidido la superioridad de las razas sajonas sobre las nuestras, en el asunto que nos ocupa. No es raro encontrar entre jóvenes de aquellas razas, quienes llegan a su mayor edad ignorando, de hecho, las relaciones sexuales. ¿En la impulsiva e ineducada raza nuestra, encontraríamos alguno por acaso?

Esta educación de la voluntad y del carácter para sujetar la propia naturaleza al imperio de la reflexión y la conciencia, es un valor moral de tal importancia en este problema, que constituye, repito, la base única sobre la que puede asentarse. Un joven, o un adulto, dueños de sí mismos, pueden fácilmente evitar todos los peligros, físicos y morales, de la vida sexual, aún ignorándolos, si por un mecanismo cualquiera han decidido abstenerse de ella llevando una vida de absoluta castidad. Hay ejemplos de ello: fuerza de voluntad. Otro joven o adulto, temeroso del contagio venéreo, consciente de los peligros de toda especie, advertido y receloso, cae fatalmente, a pesar de

todo, si llegada la ocasión, es incapaz de ejercer el necesario predominio sobre sus sentidos.

Nunca se insistirá suficientemente sobre la importancia básica de la educación de la voluntad en la moral y en la higiene sexual; y por eso entiendo que cuantos se ocupan de ella, sean ellos médicos o sociólogos, higienistas o moralistas, podagogos o psiquiatras, deben establecer como primer capítulo y fundamento de su doctrina la educación del carácter y el desarrollo de la voluntad.

Contralor de sí mismo y deontología sexual constituyen, pues, la moral sexual, primera parte de la educación sexual, tal como la comprendemos, y hoy mas que nunca necesaria para contrarrestar la inmoralidad cada día creciente en nuestras sociedades; la disolución de las costumbres; la falta de responsabilidad a la que no alcanza el poder de las leyes si carece el pueblo de educación; la falta de respeto a la salud y la vida de quienes nos rodean; la inconsciencia en la contaminación de enfermedades funestas; la irresponsabilidad moral y genésica hacia la descendencia llamada a la vida acaso en un momento de extravío; la falta de respeto a la mujer en lo que tiene de mas sagrado; el abandono de la maternidad ilegítima a los azares de la vida; la seducción consciente; los diversos atentados morales que el hombre comete para satisfacer sus deseos sin las responsabilidades de la paternidad o del matrimonio y sin los peligros de la prostitución, delitos sobre los que la sociedad cierra prudentemente los ojos; la inconciencia de la mujer que considera lícita la oferta, desvergonzada a veces, para conseguir ventajosa colocación en el mercado del matrimonio; en una palabra, todas las manifestaciones de la disgregación en las costumbres, provocada por el egoísmo de la vida moderna.

V

Yo insisto nuevamente y nunca será demasiado, sobre la importancia, casi diría la preponderancia, que dentro del tema debe darse a la moral sexual, e insisto tanto mas, cuanto que por la lectura de los numerosos artículos, informes y estudios de toda clase publicados sobre este asunto, así como en las con-

ferencias y las discusiones a que he asistido, en algún Congreso y en diversas sociedades científicas durante mi reciente viaje por Europa, he observado sobre todo por parte de los médicos y los higienistas, una señalada tendencia a encarar la educación sexual como un simple capítulo de la profilaxis de las enfermedades venéreas.

Evidentemente, una buena parte de la finalidad de la educación sexual responde a esa profilaxis. Es indiscutible. Otro no ha sido ciertamente el móvil que ha guiado al higienista y al médico a ocuparse de este asunto, y no es otra la razon de sus esfuerzos para introducir este capítulo de pedagogía en la práctica docente; pero es también este empeño unilateral de demostrar su necesidad, en vista de la profilaxis, lo que ha contribuído en buena parte a hacer fracasar toda tentativa y todo esfuerzo cada vez que se quiso llevar al campo experimental esta innovación, de suyo tan razonable y necesaria.

Considerar la profilaxis como la parte mas importante de la educación sexual, es no sólo desvirtuar por completo la finalidad pedagógica de ésta, sino llevarla a un fracaso absoluto tanto en sus resultados como en su valor educacional, fracaso tan completo como lo ha sido el de todas las medidas unilaterales tomadas para remediar males complejos.

Aun en el supuesto de que, vencidos todos los preconceptos existentes, se introdujera en las escuelas la enseñanza de la profilaxis (lo médicos y los higienistas han hecho de este término un sinónimo de educación sexual); aún suponiendo que se enseñara en las escuelas primarias superiores la pofilaxis, tal como la preconizan los médicos en numerosos congresos y conferencias de estos últimos años; aún en ese supuesto, no sólo los resultados serían desconsoladores del punto de vista profiláctico, sino altamente perjudiciales para la elevación del nivel mediano de la educación popular. Los resultados morales negativos justificarían los temores de sus adversarios.

Hagamos al respecto algunas consideraciones. Las recientes tentativas hechas nuevamente en favor de la educación sexual, están orientadas preferentemente hacia esta grave cuestión de la profilaxis. En el Congreso de Higiene escolar de 1910, en París, lo mismo que en el siguiente de Búffalo, en 1913, se en-

caró la cuestión desde el punto de vista de la enseñanza moral y la enseñanza de la verdad a propósito de las funciones orgánicas, con objeto de evitar sl malsano atractivo que ejerce lo misterioso y vedado en la imaginacion del niño. Pero la mayoría de los autores y las conclusiones de los últimos congresos de 1910 acá, aconsejan de preferencia el temperamento siguiente: en la edad post-escolar, o en el último año de escuela, al finalizar el curso se dará a los jóvenes algunas conferencias sobre la necesidad de la castidad hasta la edad adulta y las nociones indispensables de profilaxis necesarias para evitar el contagio.

La mayoría opina que estas conferencias deben ser dadas por médicos escolares. Evidentemente, repito, una buena parte de la finalidad de la educación sexual responde a la profilaxis. Pero no es todo. Debemos preocuparnos también y con el mismo interés de la profilaxis moral.

Suponed, en efecto, que la ciencia alcanzara un procedimiento infalible para evitar la infección. En el afán de conseguirlo ya se están atribuyendo a la famosa pomada de Mechnikof o a las recientes bujías de Goducheau, un poder profiláctico maravilloso. Este invierno, por ejemplo, se hablaba con insistencia, en París, de proveer a los jóvenes reclutas de sus correspondientes paquetes sanitarios y se fijaba una cantidad no pequeña de bujías que se les distribuiría mensualmente para efectuar sus correrías con el mínimum de riegos. Se hablaba de la instalación de cabinas profilácticas, etc., etc.

Por falta de base moral, todo este bagaje sería ineficaz. Despreocupados del temor del contagio por las medidas profilácticas oportunamente adquiridas y faltos de base moral para gobernar su vida sexual, los adolescentes, más aún que los de edad adulta, atraidos por el placer novedoso concluirían por dar rienda suelta a sus instintos, facultado esto todavía por la complicidad del Estado, que pone a disposición de sus sentidos la organización sanitaria de la prostitución reglamentada.

Está demás insistir. Las prédicas morales, acompañando a las lecciones profilácticas ¿qué utilidad social pueden prestar? ¿De qué servirá hablar a los alumnos de la necesidad y la uti-

lidad de la castidad, si al mismo tiempo se les enseña el medio de frecuentar el vicio, evitando sus peligros?

La enseñanza sexual sólo puede ser fructífera cuando llega después de largos años de preparación educacional.

Médicos, higienistas y sociólogos han cometido un error gravísimo, cuando; ocupándose de educación sexual, han aconsejado las mencionadas conferencias sobre profilaxis en el último año escolar.

Bajo su influencia numerosos educadores han seguido el mismo camino; engañados por la siguiente reflexión: «El niño deja la escuela. Va a entrar en la vida. Debe saber los peligros que lo asechan; hay que prevenirlo. Démosle, pues, algunos conocimientos sobre las precauciones que debe tomar para eviterlo». Reflexiones inspiradas en un noble deseo y una sana aspiración. Pero la buena intención no basta.

Se confunden los procedimientos de higiene o medicina, con los métodos pedagógicos. Se olvida que no puede aplicarse «en la escuela» el procedimiento que puede servir para el adulto. Al hombre puede advertírsele crudamente del peligro y de cómo puede evitarlo. Al niño debe dársele los mismos conocimientos pero evitando al mismo tiempo la sugestión de la natural curiosidad, que es tan poderoso en la juventud y en la infancia.

No puede aplicarse en este caso el método experimental vulgarizado por la observación de Spencer: «El niño ve la llama de una vela, quiere agarrarla entre sus manecitas. Se le rehusa, el niño insiste; se le prohibe, el niño se obstina; hasta que satisfaciendo su deseo y haciéndole experimentar prudentemente el calor que desprende la llama el chico aprende que no debe tocarla y no insiste más. Si ella lo atrae nuevamente al niño se acuerda y desiste».

¿Estaríase aquí en el mismo caso, subjetivamente, cuando se hablara de las incitaciones y los peligros de la vida sexual, y se predicara luego la necesidad de la castidad? La diferencia, que hace inaplicable el sistema en este caso, está en que, si el niño se quemara una primera vez en aquella llama, no habría ya remedio.

La cuestión, abstrusa y compleja, obliga a medificar el criterio pedagógico. La obligación de informar al adolescente sobre ciertos temas, sin excitar su curiosidad, ni atraerla sobre ellos. complica singularmente el problema. Hay que dejar ver la llama de nuestro ejemplo, hacerle saber que quema, e impedirles acercarse a ella, so pena de comprometer toda la acción educacional.

Según la fórmula que ha alcanzado el mayor número de sufragios, entre quienes se ocupan de ésto, las cuestiones de educación sexual deben tratarse en el último año escolar; es decir, que, en el momento preciso en que las inquietudes de la sexualidad naciente agregan su nota psíquica al trabajo fisiológico en incubación, es cuando debería hablarse al adolescente, falto de una educación progresiva anterior, de profilaxis preventiva.

Según ellos, deberá, cierto es, predicársele la castidad, advirtiéndosele empero, que en caso de no serle posible observarla en absoluto, puede evitar los graves peligros a que su falta lo expone.

Dejando aparte las consideraciones sobre la funesta e inmoral lección derivada de semejante proceder, hay que pesar mucho las consecuencias psicológicas de esa pedagogía disolvente. La consideración de que debe procederse así en el último año escolar, significa que se está de acuerdo en que la enseñanza, para ser útil, debe proceder a la iniciación fisiológica (tal es por lo menos el supuesto para todos los alumnos de la escuela primaria).

Y bien; dando las nociones de profilaxis *sin la preparación previa progresiva moral e instructiva de todos los años escolares anteriores;* llegando en forma de conferencias y aumentada su aparatosidad con el hecho de ser el director de la escuela o el médico escolar quien las tenga a su cargo, producirán como primera consecuencia natural la excitación del interés sobre el sujeto de que se trata.

Primera falta.

Se está de acuerdo en que estas conferencias deben darse al adolescente antes de su iniciación; se supone así, por lo menos. Esas conferencias exabrupto, ¿no parecerán, entonces,

una autorización tácita para ir a ensayarse o una declaración implícita de capacidad que se otorga al adolescente? En todos los casos, el hecho de despertar fuertemente su atención sobre este tema ¿no obrará como una sugestión en el espíritu del adolescente?

Agréguese a ello que, en la actual organización de nuestros países, el Estado autoriza la oferta y responde implícitamente de ella, sirviéndole de garantía higiénica. Recuérdese que la mancebía autorizada está ahí, abriendo sus puertas, incitando al adolescente a quien acaba de hablarse como a un hombre. ¿De qué sirve enseñarles la necesidad de la castidad si para destruir nuestra enseñanza el Estado mantiene los focos de su acción desmoralizadora, corrosiva e infectante?

Que el iniciador o el conferenciante sea el médico de la familia, el confesor, el padre, el maestro o el médico escolar, que se emplee en ello el más fino tacto y la delicadeza más rebuscada, el hecho de llamar al niño o a los niños para darles, de improviso, las nociones profilácticas necesarias a su vida de adultos, en la inmoralidad de las relaciones de acaso, hay un hecho psicológico que se producirá como obedeciendo a una ley fatal: el muchacho deduce de la lección recibida una autorización tácita.

Es una cuestión de psicología que no tiene réplica: o el niño es todavía niño, autorización velada (porque no se debe olvidar que los muchachos saben ya de la existencia de estos asuntos, los compañeros y la calle lo enseñaron desde tiempo); o el niño sabe ya. En este caso, si no se llega demasiado tarde para precaverlo de una infección, se llega tarde de más para evitar la contaminación moral y la revelación malsana del amor limitado a una satisfacción puramente sensual.

La iniciación hecha por esas revelaciones venales llevará al joven a no distinguir entre ellas y el acto creador, elevada función de la especie. Considerará como bajo y vergonzoso todo lo que se relacione con los órganos generadores, y si, por desgracia, se contagia una afección, todo lo llevará a ocultar el modo cómo fué contagiado y el foco inmoral en que la adquirió.

Esto nos lleva a otro punto de trascendental importancia en la psicología de la vida sexual y a un interesante estudio de la ética correspondiente: La influencia que el comercio de las relaciones de acaso ejerce sobre el conjunto de la vida moral y afectiva, y las consecuencias que ella tiene en la mentalidad social de la colectividad. Pero este punto interesantísimo y de proyecciones mucho más vastas de lo que aparenta, se aleja suficientemente de nuestro tema para permitirnos dejarle de lado. Nos contentamos con recordarlo entre las cuestiones de deontología sexual.

En consecuencia de lo expuesto y concretando esta parte de nuestra exposición, diremos: Condenamos en absoluta la introducción de cursos extemporáneos de enseñanza sexual. Condenamos con el mismo rigor la intromisión de toda persona extraña a la clase, aún la del mismo director. Condenamos igualmente todos los procedimientos que de un modo cualquiera, atraigan la atención del niño, preferentemente al resto de los programas escolares, sobre los fenómenos relativos al sexo y los conocimientos referentes a la enseñanza sexual.

VI

¿A qué edad, entonces, debe comenzar la educación sexual? ¿Cuál es el procedimiento a seguir.

Nuevas cuestiones sobre las que no se han puesto de acuerde aún los pedagogos, los médicos y cuantos se han ocupado de ellas.

Los más timoratos y los que encaran la cuestión en la forma discutida anteriormente, estiman que es asunto de la escuela secundaria; otros que se debe reservar para el último año de la escuela primaria. Una minoría, estima que la educación sexual debe ser contínua.

No nos referiremos, bien entendido, al capítulo común a toda la enseñanza, sobre la educación de la voluntad. Estudiamos ahora la parte relativa a la instrucción, esto es, a los conocimientos científicos y de ética que deben ser suministrados al alumno. Yo sólo hago aquí cuestión de la escuela. Apenas men-

ciono a la familia y la razón es obvia: la mayoría, la casi totalidad de los padres, no están capacitados para la educación de sus hijos.

Por otra parte, entiendo que familia y escuela deben colaborar al mismo fin. Si por tratarse de asunto tan delicado y escabroso opinan muchos que la enseñanza debe ser individual y confiada exclusivamente a la familia, yo espero demostrar que hay manera de llevarla a cabo de modo que pueda ser perfectamente función de la escuela. Por otra parte, si alguna noción pudiera aparecer escabrosa, no debe olvidarse que, para nuestros niños, nunca lo será tanto como sus conversaciones secretas. La observación de algún rapazuelo, la palabra mal interpretada, la intención picaresca que nunca faltará, serán otras tantas formas de motivar una lección de moral; motivar, en nuestra jerga docente, es la manera de entrar en materia, fundándose en un pretexto cualquiera. ¿Qué motivación más oportuna que una observación inconveniente, para sacar de allí una lección de alta moral y de respeto?

¿De qué manera se debe proceder? Este es el verdadero interrogante que encierra el nudo de la cuestión.

Si en el problema de la educación sexual se encuentran tantos y tan serios adversarios, es indudablemente porque no se ha arribado todavía a un acuerdo respecto a la manera de proceder. Entre los mismos médicos que están de acuerdo en que esa educación es necesaria, los hay numerosos que se detienen ante la dificultad del procedimiento a seguir.

Hay mucho de la observación de Forel ya mencionada en el temor de encarar la enseñanza sexual: se atribuye al niño las conmitancias psicológicas que sobre esos fenómenos existen en el espíritu del adulto.

Hemos visto ya que, comenzando suficientemente temprano, ese peligro no existe. Preguntando a Mr. Pinard a qué edad debía comenzar la educación sexual, contestó: a los cuatro o cinco años. Habría que ir más lejos y decir: desde siempre. Desde que el niño comienza a tener su espíritu abierto a la curiosidad y a la razón. A propósito de una pregunta inocente, de una curiosidad infantil, de una observación cualquiera.

En las familias, llama la atención de las criaturas la diversa conformación de niñas y varones. En la primera edad, una respuesta cualquiera pero verdadera, basta. ¿Por qué uno es varón y otra es niña? «Para distinguirlos; porque cuando sean grandes unos serán los papás y otras las mamás». El niño se da cuenta de que el padre y la madre no son iguales; la explicación clara, neta, terminante, sin reticencia, con la apariencia de la verdad, que nunca será alterada porque no se habrá mentido, sin mayores explicaciones, pero sin falsedad alguna, contribuirá a mantener su confianza en los padres y a destruír las malsanas gestiones de aquello que no se quiere que él sepa y que aprende luego, como cosa indecente, con otros chicos, o con la servidumbre.

Llega un nuevo vástago a la familia. Se habla de ello. Simplemente el niño aprenderá que la madre lo ha dado a la vida, «como la gallina pone un huevo». Porque no hay pequeño que no se dé cuenta del diferente aspecto que presenta su madre, durante el embarazo y después del parto. Además, despierta siempre su curiosidad el hecho de que la madre deba quedar en cama cuando la «madama» «trae» un hermanito, es una circunstancia que no escapa a su curiosa reflexión. Cuánto más fácil sería encontrar ahí una nueva semejanza con la incubación de las aves. Todos los chicuelos saben que las gallinas ponen huevos y los empollan para que nazca el polluelo.

Recuerdo como caso típico, dos chicuelas de 4 a 6 años, respectivamente, sobrinas de un ilustrado colega. El nacimiento del hermanito se produjo en forma de despertarles vivamente el interés. La madre, sorprendida con la familia en un pueblo próximo a la capital, efectuó bruscamente el viaje de regreso. Agitación consiguiente, idas y venidas en las que no había mucho tiempo para andar con ocultaciones. Dos o tres días después, una conversación sorprendida entre las chiquillas que, creyéndose solas, comentaban el asunto.—«Lo trajo la doctora», dice la mayor.—«No seas tonta, si no fué la doctora».—«Entonces fué la madama».—«Ah, qué tontas eres, por Dios, dice la pequeña de 4 años. «Mamá lo tenía en el vientre y la doctora se lo sacó».—«Qué dices, Beba...!»—«Vamos, ¿no has

visto, cuando matan una oveja en lo de tío M, el corderito que está dentro?

Yo pregunto ¿qué inmoralidad hay en decir a un pequeño «mamá va a tener un nene», en lugar de contarle fábulas que forzosamente el niño no cree? A los 5 o 6 años el chico va a la escuela. Los programas escolares piden sobre historia natural en primer año, algunas conversaciones acerca de los animales más comunes. Luego, en los años subsiguientes, se hace estudiar toda la serie animal. A las nociones más elementales de comparación entre, por ejemplo, un gato y un pato, según se practica en nuestras escuelas; sobre las costumbres y diferencias morfológicas gruesas, agréguese la noción de ovíparos y vivíparos y agréguense a guisa de comentario cuatro palabras que por el momento bastan: los niños no nacen como los pollos, sino como los gatos.

Este primer paso es fácil. Mas difícil es la explicación del papel del padre. Recúrrase entonces a las especies inferiores. Muéstrase al niño como, en la vida, hay la división del trabajo, la madre para velar sobre el pequeño y criarlo, el padre para traer el sustento. Háblese luego, en jeneral, de los peces y los batracios, de la puesta de huevos y la fecundación: la hembra pone los huevos y el macho después los fecunda. Remóntese a las aves, para hablarles de la galladura; y en el momento oportuno se deja caer, como al acaso, la frase que debe provocar la asociación con el mismo fenómeno en la especie humana. Teniendo en cuenta la capacidad mental de los niños, váyase al mismo tiempo haciendo consideraciones de orden moral: rol de la maternidad, respeto que se le debe, responsabilidad del padre, sus deberes, etc.

Estoy segura que si, aunque brevemente, pero con palabras cálidas de sentimiento se insistiese sobre la gestación, les molestias que acarrea y los dolores del alumbramiento, se conseguiría mayor respeto hacia la madre y la maternidad. En la mujer en cinta, el vulgo sólo se ha habituado a ver, resultados de la educación mojigata de la sociedad, una consecuencia del acto inconfesable. Si se sabe que es una soltera madre, las observaciones y reflexiones a su respecto son mas crueles y mas crudas.

Reparad en la palabra o la espresión grosera con que el vulgo acompaña a la mujer en cinta. Si se hubiese llamado la atención del niño sobre lo que en dolores y sufrimientos representa la maternidad, sobre las penas físicas que significa la gestación, educándolo a dedicarle mayor respeto y a darle la consideración que no se niega a ningún ser que sufre, se habría conseguido dislocar esa única asociación que se establece in-mente entre maternidad y relación sexual, asociación malsana que lleva la atención sobre el acto considerado vergonzoso y que deja en la sombra toda la grandeza y el sacrificio que la naturaleza ha impuesto a la mujer madre. En una palabra, sería necesario, por una parte, enfocar con viva luz la función de la madre para impresionar el cerebro y el corazón del niño, enseñándole a aureolar la maternidad con la consideración de que todos le son deudores donde quiera y como quiera ella pueda presentarse. Por otra parte, tratando simplemente, naturalmente, y sin darle mayor importancia, el fenómeno de la fecundación, se destruiría el atractivo malsano de lo que está prohibido y se le quitaría todo interés especial, puesto que estaría incluído, con las otras nociones, en la masa general de los asuntos conversados en la escuela.

La botánica, con la división de las plantas en fanerógamas y criptógamas, daría un magnífico pretexto para explicar el fenómeno mismo de la fecundación, hablándose de estambres y pistilos. En el estudio de la polenización se encontraría el mas hermoso pretexto para provocar la comparación con los seres del reino animal y el hombre. El fenómeno de la dehiscencia, la diseminación, la germinación, el papel de la selilla, serán otros tantos sujetos utilizables, y cada vez se establecerá la comparación con el reino animal y el hombre.

Nuestros programas escolares en la parte de historia natural consideran a los animales vivíparos como seres asexuales. Bastará simplemente completarlos con rudimentarias nociones sobre los órganos de la generación. Después que se ha estudiado todos los órganos, después que se ha hablado del emutorio intestinal ¿por qué callar el emuntorio renal? En la anatomía y fisiología de las escuelas, esta función eliminatoria se detiene

en el riñón. Si no me equivoco, el límite de la decencia está trazado en las escuelas por el uréter, talvez por la vejiga.

Hay que concluir con todas estas supresiones ridículas, con estas absurdas mutilaciones que sólo sirven para dar margen a subentendidos poco morales ciertamente. Se habla de boca y ano, háblese con el mismo tono de vejiga y uréter, y muy someramente de los órganos de la generación.

Existe también en los programas de las escuelas nuestras, a propósito de higiene, capítulos como éste: inconvenientes que presenta el uso de la bombilla en el mate, aguas sospechosas, heridas, infecciones. idea de la tuberculosis, sus peligros, medio de propagación, medidas individuales y sociales destinadas a prevenirla, y en el último año: conocimientos de medios preventivos contra las enfermedades infecto-contagiosas. En estos sujetos, encontramos un material mas que suficiente para llegar a la cuestión de profilaxis, también de una manera en apariencia incidental. Encontramos allí razones abundantes para hablar de microorganismo, de contagio, de la manera de producirse. Tenemos los últimos años (en el 5.º los niños de 10 a 12 años) las cuestiones relativas a heridas, infección y tuberculosis. Hay allí material riquísimo para extenderse, como se quiera, a propósito del contagio y de la profilaxis en general.

En el 5.º año (11 a 13 años), enfermedades de carácter infecto-contagioso. Escarlatina, difteria, sarampión, etc. Nada mas facil, pues, que nombrar la sífilis entre estas enfermedades, hablar de ella, de sus peligros, de su acción inmediata y lejana, de sus efectos sobre la raza, ligando siempre convenientemente estas nociones con las de tuberculosis y las demas.

Así preparado el niño, desde las primeras clases a las últimas, habiendo adquirido los conocimientos generales sobre la reproducción, habiéndolos adquirido con pureza, con verdad, con sencillez, llegado a las últimas clases que coinciden con el período de su prepubertad, debiendo adquirir en estos últimos años las nociones sobre los fenómenos generales de la infección y las enfermedades contagiosas, habiéndose hábilmente introducido la sífilis entre los demas, la dificultad del problema desaparece, a mi entender; una ligera insistencia mas y

asociando los fenómenos de la fecundación a las enfermedades que ellos transmiten se puede llegar al punto deseado.

Luego, en el curso de ese último año escolar e introduciendo el término *hombre* cada vez que se trata de los cuestiones de historia natural, teniendo la precaución de ser impersonal, de no individualizarse con los alumnos, hablando por el contrario, de una manera general, como si el alumno no pudiera ser sujeto, tóquese la cuestión de la castidad, del respeto al otro sexo, de la responsabilidad que se contrae engendrando una nueva vida y todas las demas cuestiones que componen la deontología sexual. Siempre que se deba mencionar la sífilis, asóciese a las otras enfermedades contagiosas, tuberculosis, etc., de manera que aprendan las nociones de profilaxis, el peligro de la sífilis, la castidad, sin que aparentemente le hayan sido enseñadas especialmente.

Otro punto que constituye importante capítulo dentro de la rúbrica «enseñanza sexual», es el que se relaciona con las cuestiones de puericultura. Me concreto a recordarlas solamente, aunque es un asunto que encuadra dentro del tema y es de importancia fundamental.

Preparado de esta manera por los años anteriores de la escuela, podrá después ponerse en mano del alumno que finaliza el curso escolar, folletos como el hermoso de Fournier, el de Paúl Good, los de Luis Compte y de Pourésy, que reunen a la vez la higiene y la moral, la deontología y la profilaxis. Sobre los mismos temas, para las niñas, la obra preciosa de Mme. Pieczniska, la de Mme. Jaeger Smit, la del doctor Besséde que, del mismo modo que las anteriores, hablan al mismo tiempo de higiene y de moral.

Así, esbozada rápidamente, la manera de introducir la llamada educación sexual en las escuelas, las cuestiones tan debatidas sobre la edad en que debe darse esta enseñanza—quiénes deben hacerla y si corresponde a la escuela o a la familia—quedan resueltas automáticamente.

La manera de encarar el asunto para hacerlo factible en la práctica, explica también la razón de mi desconformidad con

algunas iniciativas realizadas en nuestro país sobre educación sexual.

De ella se deduce también que, para cristalizar nuestros deseos de llevar a la práctica tan útil reforma, hemos de comenzar por suprimir en absoluto el término «educación sexual» que no tiene razón de ser porque no es una materia aparte en los porgramas, pues ya existe en ellos. Se evitará así una palabra que, sobre horripilar a unos, es mal interpretada por los otros o lleva a proposiciones o criterios tan descabellados como el que nos vimos obligados a escuchar en la pasada conferencia sobre enseñanza sexual organizada por el Comité Abolicionista Uruguayo en 1919.

Es necesario, repito, suprimir en absoluto la expresión consagrada por el uso. Concordes con la materia, con su desarrollo, su programa, inclúyase las nociones que comprende, en el resto de los programas escolares, diluídos, absorbidos por el resto de los conocimientos escolares, incorporado a ellos, punto por punto, de manera a llegar también en esta parte a hacerlos desaparecer como entidad, diluídos en las otras materias de los programas, como el azúcar en el agua.

Esta manera de encarar las cosas quitará todo el resto de «acidez» que pudieran conservar. Si yo fuera autoridad escolar los incluiría tranquilamente en la masa; estoy convencida que no se levantaría ni una voz, ni un murmullo de protesta; muchos, tal vez, ni se darían cuenta de que la reforma se había llevado a cabo.

Un maestro, compenetrado del asunto, podría muy bien llevarlo a la práctica sin que padres ni autoridades escolares encontraran observación alguna que oponer, reserva de ninguna especie que formular.

En su conjunto, este trabajo es el resultado de muchas reflexiones y una poca experimentación. Sería necesario poder llevar estas conclusiones semi-teóricas al campo experimental. Hace pocas semanas, a pesar del apoyo del Director de Enseñanza Primaria y normal, la Escuela Normal de Mujeres rehusó abrirme sus puertas para un curso experimental. Sería necesario, sin embargo, que una de nuestras escuelas de experimentación, ya que las tenemos, hiciera la tentativa. Sucede

a menudo que reflexiones, observaciones y métodos parecen muy razonables y justos, y no obstante, llevados al terreno experimental pueden exigir algunas alteraciones. El presente ensayo está por la nturaleza misma del tema, sujeto a esa contingencia.

VII

Mi tema no concluye.

Pasada la edad escolar, alrededor de los 12 a 13 años, más o menos, el niño deja la escuela por el aprendizaje en el taller o por los estudios secundarios.

El chico que comienza la vida liceal, nuestra antigua sección universitaria de preparatorios, deja la escuela y bruscamente se encuentra con la libertad del hombre.

No hay transición entre la vida del niño en la escuela y el abandono educacional del adolescente. Digo abandono porque, en nuestro país, la enseñanza considera que su tarea educativa ha terminado con la escuela primaria. El Liceo, la primera etapa de la vida universitaria es solamente entre nosotros de adquisición instructiva.

Si esto acontece con los niños que continúan bajo la acción de la enseñanza secundaria, el mismo fenómeno se repite, pero agravado, para el chico del pueblo, que va al taller o entra a un establecimiento de comercio, una oficina, etc., para comenzar su aprendizaje de la vida.

En todas partes del mundo civilizado, con excepción de nuestra América, este gravísimo defecto comienza a preocupar. El problema de la escuela única, de los cursos post-escolares, de las escuelas de orientación profesional, del medio tiempo en el aprendizaje, preocupa seriamente un poco en todas partes y se trata de remediar en lo posible este abandono educacional del niño, en los años más peligrosos de la vida, los de la adolescencia y la primera juventud, entre los 12 y los 16 o 18 años.

Problemas complejos de educación popular, de nivelación democrática de clases, problemas en que intervienen también complicadas cuestiones del trabajo y las justísimas reivindicaciones del pueblo productor, incontestables derechos del hijo de la clase proletaria a una educación que no puede ser privi-

legio de los ricos; cuestiones sociales que agitan poderosamente los pueblos de vida más avanzada y que parecen aquí, en nuestro tema, exóticos y fuera de lugar; tienen no obstante una ligazón estrechísima con la tesis de que nos venimos ocupando, En efecto, todas estas cuestiones tienden a prolongar la acción de la educación más allá de los límites de la escuela primaria. Se trata de continuar en la psiquis del niño, mente y corazón, el cultivo moral e intelectual comenzando en las primera y segunda infancia. Se trata de estableaer en este último período de evolución de la vida, la acción educacional, siguiendo el criterio considerado justísimo, de la libertad vigilada y controlada, que se ha establecido para casos psicopáticos.

Nada más lógico, puesto que, comenzado en esta época el período de libertad, puede todavía obrar el consejo de la buena lección y todavía es posible enderezar el tallo que se tuerce para ayudarlo y dirigirlo hasta su constitución definitiva.

Estas normas que se consideran justas cuando se trata de la educación en general, lo son con mayor razón refiriéndose a la educación sexual,—dado que las primeras manifestaciones del instinto aparecen precisamente en esta época. Permitiríasela así sufrir la influencia de la acción educadora de la escuela a la que, como hemos visto en la primera parte de esta exposición, escapan en gran parte, porque se despiertan cuando aquélla ha dado su misión por concluida.

La educación sexual debe, pues, continuar en esta edad. La enseñanza post-escolar obligatoria hace posible esta acción, sea en los cursos post-escalares concomitantes con el período del aprendizaje, seá en los cursos liceales, si el niño sigue la enseñanza secundaria.

Es por otra parte, el momento crítico.

El primer año de liceo, así como los primeros tiempos de taller son, para la mayoría de nuestros chicos, la época grave de la iniciación. No ciertamente porque obra en ella el llamado de la naturaleza, que casi siempre es precedido por aquélla, sino porque las costumbres actuales lo provocan necesariamente.

En efecto, hablábamos hace un momento de esa libertad de hombre de que goza el chico de liceo, libertad todavía sin conciencia moral, o en todo caso, con muy limitada responsabili-

dad consciente. Bajo la sugestión de los compañeros, sugestión de hecho o simplemente de conversación y hasta de bravatas, el muchacho quiere demostrarse hombre y corre a una iniciación que ni su organismo ni su desarrollo físico justifican en absoluto. Numerosos casos están desgraciadamente en nuestros apuntes profesionales para demostrar la justicia de esta observación.

En el taller, el hecho se reproduce. De los 12 a los 16 años se verifica la iniciación de nuestros chicos.

Haced un llamado a vuestras memorias de los primeros años de estudios secundarios y no me desmentiréis. A más de uno de mis colegas he oído decir que allá en los primeros años universitarios no se conceptuaban hombres hasta haber atrapado su primera infección. Tengo numerosos datos obtenidos durante el ejercicio de mi profesión, pues nunca he perdido ocasión de predicar este asunto en las familias; cuántas revelaciones y cuántas sorpresas.

Yo desearía que mis colegas especialistas en enfermedades venéreas se entretuvieran en averiguar la fecha del primer contagio y la de la iniciación de sus clientes. Sería un interesante y curioso dato estadístico tal vez de gran utilidad para nuestro sujeto.

En este primer período post-escolar, en que se verifica la iniciación, la acción de la educación sobre el instinto genésico es de la mayor importancia y de la mayor urgencia, tanto del punto de vista de la ética como de la higiene.

Tampoco deben escapar a esta acción las niñas de la misma edad, en las que la naturaleza va preparando su misión futura. Los fenómenos psíquicos concomitantes a la pubertad, hasta la nubilidad, completa, merecen una seria atención de la pedagogía. Si el despertar no se manifiesta en la mujer con la misma turbulencia que en el hombre, hay para ella toda una enseñanza que sólo en esta época es capaz de recibir, sobre ética, sobre funciones que aparecen y sobre deberes futuros, sobre higiene y sobre cuestiones de educación y costumbres, cuyo conocimiento, en la época actual, es imprescindible para evitar las asechanzas cada día mayores que el egoismo humano

ejerce tiranamente sobre toda la especie. Hay, además, todos los conocimientos de puericultura necesarios al porvenir de la raza.

Todos estos conocimientos son tanto mas necesarios cuanto que las dificultades crecientes de la vida obligan a la mujer a la lucha económica, al ejercicio de una profesión, arte o industria, estando obligadas en esta delicada edad, lo mismo que el varón, al aprendizaje manual o intelectual.

En razón de la edad de estos educandos. varones o niñas, puede ya entrarse en el tema mas directamente, tanto en la higiene como en la moral, puesto que serán simplemente la continuación de la instrucción y la educación que se viene sabiendo desde las primeras clases de la escuela primaria.

La acción escolar no debe todavía detenerse.

En muchas ciudades europeas se han establecido organismos peri-escolares de todo orden; hay que tratar de continuar los vínculos entre los ex-alumnos y la escuela. Visitando muchas de estas obras sociales, se me ha ocurrido que, en nuestro país, sería obra de interesantes proyecciones y de trascendental importancia, la creación de algunos de estos organismos, con objeto de establecer una coordinación de acción entre la escuela y la familia.

Tomando ejemplo en las reuniones festivas del domingo, como las realizaba la Comuna Socialista de Milán, podríase organizar periódicamente, en cada centro escolar, reuniones mitad recreativas, mitad instructivas, en las que los padres fueran preparándose a secundar la obra educacional de la escuela. Con toda facilidad, cabría entonces en ella la preparación de la familia a las cuestiones que para facilidad de exposición hemos englobado con el nombre de «educación sexual».

Conferencias educativo-instructivas a los padres, completarían esta reforma educacional que venimos estudiando, y que, cada vez que sobre ella se reflexiona, se encuentra que mere-

ce mayor importancia, porque su realización dentro de la higiene y de la deontología o ética social, está llamada a ejercer una reforma fundamental, tanto en el equilibrio de la sociedad como para servir de salvaguardia a la salud y al porvenir de la especie humana.

Dra. Paulina Luisi
(Miembro del Cuerpo Médico Escolar de Montevideo) (1)

(1) Publicado en la *Revista de Filosofía*, Buenos Aires.

PAULINO ALFONSO

Cuarenta y más años de una amistad sincera y jamás interrumpida, me autorizan para decir que conocí a fondo el alma de Paulino Alfonso.

Sencilla y tierna como la de un niño; en el hogar modesto y humilde cuando se trataba de su propia personalidad, sabía ser apasionado y vibrante, grande y bien templado cuando defendía el derecho y la justicia, y cuando creía vulnerados los intereses de la nación.

El manso cordero se transformaba en estos casos, en soberbio y arrogante león.

La palabra siempre culta, fácil y correcta, brotaba de sus labios como de un manantial inagotable, y era acompañada de una viva expresión de su rostro, y de contínuos movimientos de su flexible cuerpo.

Si el timbre de su voz hubiera sido más potente, su oratoria no habría tenido rival.

Su carácter bondadoso le predisponía a esparcir flores entre los que lo escuchaban.

Un día se hablaba en un corrillo de cierto orador que había visitado nuestra capital, y alguien dijo que la oratoria de este personaje era sólo adecuada para *las masas*.

Paulino, que parecía absorto en otros pensamientos, pescó al vuelo la última expresión, y dijo con prontitud:

«Perdone, amigo amigo, el orador a que usted se refiere, no sólo es apto para las *masas*, sino que podría deleitar en las *masas*, convencer en las *misas*, atraer a las *mozas*, y hasta inspirar a las *musas*».

Más, si en sus conversaciones prodigaba con frecuencia piropos y lisonjas, sabía también hablar con ruda franqueza, fus-

tigando sin miramientos a quien lo merecía, o diciendo sin ambajes lo que pensaba.

Oyendo, cierto día decir a uno de sus amigos, que se había rapado el bigote para no parecer viejo, Paulino le clavó sus penetrantes ojos y le contestó: «En efecto, has conquistado tu objeto, pues, ya no pareces *viejo* sino *vieja*».

Estas salidas picantes y retozonas daban a su trato familiar un encanto incomparable y una esquisita amenidad a sus charlas siempre cultas e ilustradas.

Dotado de una sensibilidad práctica y artística, su espíritu vivía, por lo general, en aquellas elevadas rejiones, en donde se depuran los sentimientos y sólo se ama lo verdadero, lo bello y lo bueno. A esto se debió, sin duda, que Paulino Alfonso no pudiera figurar largo tiempo en las esferas de la política, en donde muchas veces el hombre recto y justiciero no encuentra grato ambiente.

Su puritanismo rígido e inflexible le alejó del Congreso, a pesar de su doctísima preparación para las tareas legislativas y de sus patrióticos anhelos en pro del bien común.

Su bondadoso corazón estaba de ordinario dispuesto a reparar las injusticias de la vida, y a ayudar con desinterés a los demás.

Una distinguida dama de nuestra sociedad, hija del mas notable de nuestros artistas, se lamentaba una vez de no poseer ni un solo cuadro de su ilustre padre.

Paulino que la escuchaba con profunda emoción, se apresuró a decirle:—«Señora, mañana tendrá usted en su casa el único ejemplar que poseo de ese pincel famoso, que tengo en mucha estima—usted tiene mas derecho que yo a conservarlo».

Inútiles fueron las resistencias de la dama, porque Alfonso cumplió gustoso su promesa, desprendiéndose de la preciada tela, que hoy guarda con cariño la hija de nuestro célebre pintor.

La última vez que ví a mi inolvidable amigo, pocos días antes de su fallecimiento, acababa de dejar la cama, después de algunos días de enfermedad, y lo encontré con la pluma en la mano, corrigiendo el Código Sanitario Naval.

Muchos son los trabajos de esta índole que se deben en gran parte a su infatigable laboriosidad.

La transformación y embellecimiento de Santiago le sugirieron atinadas observaciones que vieron la luz pública en largos artículos de prensa, que merecían ser coleccionados y que llenarían hasta dos volúmenes.

El mismo día de su muerte apareció uno en las columnas de *El Mercurio* en que su infatigable pluma abogaba por el adelanto de nuestra capital.

El hombre que sin ninguna ambición personal consagraba hasta sus posteriores alientos a fines humanitarios y al progreso local de nuestra metrópoli, merece ser contado entre los mejores y mas beneméritos ciudadanos.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI REYES.

LA LANGOSTA

Antes de fundarse Realicó—en Marzo de 1907, si mal no recuerdo,—ya la colonización agrícola había tentado fortuna en la comarca. Con la racha inmigratoria, que llegó de Santa Fe y la zona cerealera de Córdoba, movida por desastres agrícolas, vino el italiano Bautista Palmieri, su mujer Nicolasa y su hijita Teresa, graciosa personita de cinco años, de ojos azules de flor de lino y rubia como un sol.

Era todavía un enigma la zona pampeana que debía macular el arado de estos humildes y valerosos argonautas. Sólo las probabilidades del tren, que se inició más tarde cortando en cruz la heredad silvestre, podrían anticipar el prodigio de la transformación. Y fué, sin duda, esta esperanza, razón hipotética que asentó la colonia, como el ruido que se produce para enjambrar una colmena desorientada.

¡Qué lucha! ¡Qué angustiosos preliminares! ¡Qué campos más rebeldes! Casi al ras del suelo, la tosca; y sobre la capa de toca, la arena muelle y voladiza... Y los vientos bravíos, y las lluvias arbitrarias, y la escasez de pasto para las bestias de labor... Todo debía conjurarse ante la inflexible tenacidad de aquel puñado de gringos valerosos y fuertes.

Hubo, sin embargo, un momento en que la desesperación debió matar para siempre la iniciativa colónica. Cuando, limpios a machete los malezales de tupe y de olivillo, y en condiciones de destripar la tierra para volcar la simiente precursora, se hincó, por primera vez, el arado, una raíz temible, extendida como una red y aprisionada sobre la tosca viva, se manifestó atalayando la tierra intocada contra el atrevido desplante cultural. Era el alpataco, arbusto rastrero de lo más atrabiliario de la flora pampeana. Contra sus raíces leñificadas y fuertes,

como de acero, fué menester el hacha agresiva. Y ¡oh prodigio de aquel rudo bregar con el obstáculo! Resultó que aquella raigambre infernal debía constituir el combustible salvador para el hogar del labriego; y el alpataco apareció como un síntoma inequívoco de las ricas tierras de pan-llevar, como es síntoma la jarilla de terrenos propicios para la vid...

Bajo contratos de arrendamientos más o menos liberales, más o menos leoninos, plantaron sus ranchos los del óxodo.

Don Bautista eligió sus doscientas hectáreas en un suave repecho, al borde del camino real, lo más apartado que le fué posible de un médano semidormido, entre una rinconada de campo y la propiedad vecina, alambre por medio.

Con un pequeño capital, producto del ahorro, más que de las ventajas de sus últimas cosechas, levantó su casita de paredes quinchadas y techo de zinc; cavó su buen pozo y montó su modesto molino; construyó un corralito de lienzos paras vaquitas y ovejas de consumo, su abrigada caballeriza para los animales de trabajo, su maestranza y su gallinerito bien aireado y con techo de ripia. Dedicó una parcela a huerta, su buen retazo a gramíneas de pastoreo y su par de cuadras al maizal.

Doña Nicolasa se hizo cargo de la huerta, del gallinero y de la porqueriza. Era una leona para los quehaceres domésticos aquella mujer meridional, delgada y morena, joven aún, llena de iniciativas y de acción. Para embutidos de cerdo no tenía rival. Su pan casero, de harina mediana, era, sencillamente, delicioso. Pero su especialidad consistía en el preparado de un queso mantecoso, el orgullo de su mesa, y que, al decir de su marido, no había «nessuno migliore nel paese».

Don Bautista no era, por cierto, un sembrador vulgar. Temeroso de las incertidumbres de la monocultura, se inclinaba a la chacra mixta, pero sin apresuramiento, convencido que un año de abundoso cereal bastaria para ponerlo a flote y prevenirlo honradamente contra las veleidades del año venidero.

Durante su juventud había sido un poco inconstante en el trabajo; pero, maduro de edad y azotado por reveses agrícolas, se compenetró, tarde tal vez, de la necesidad de robustecer sus conocimientos «sobre el surco», con un poco de estudio, con

lecturas—por lo menos—de periódicos y prospectos de divulgaciones agropecuarias.

A menudo su vecino y visitante asiduo, el danés Jensen—chacarero criollazo, muy imbuído en la letra muerta de los «manuales prácticos» y mas teorizador que otra cosa,—le encontraba sumido en la lectura del «Avisador Rural» o en el «boletín» de alguna casa consignataria de Buenos Aires.

—¿Qué se habla de cereales?—interrogaba Jensen.

—¡Bah!... nada de nuevo. Non hay operaciones... non hay demanda. El trigo se ha trancado a 9.25, desde hace un mes per lo meno.

—¡Qué raro!... Porque hay poco cereal en plaza, ¿no?...

—Siguro... ma, se vede claro... Es una matufea de los capa-radores, que non dano precio para dar un gorpe d'efeto sen duda nenguna.

—¿Y cómo van sus gallinas?—interrogaba el dinamarqués, variando el tema.

—Sen nevedá... ¡Lástima que me está escaseando lo grano!... Ahora me viene un trío «plemute», ¿no?, que me mándano me compadre Ferrari, de Rosario.

—Pues mi gallinero anda como la mona—confesó, en buen criollo, el danés.—Hay una peste bárbara... Yo no sé si es la pepita o qué diablos, pero se me estan muriendo las gallinas como moscas.

—Per chambone, amigo. Usté se metió en gasto ar coete.... La gayinas sono la gayinas.... ¿A qué tanta casiyas con ferulete, e comedero separado, e desinfesione?... ¿Ha visto me gayinero?... Un garponsito sen pretensione, con paré contra lo viento fuerte.... La escalera de tirantiyo a la que de vez en coando le meto una mano de cale.... E déjeno correr sen miedo l'arie líbero, que non hay nenguna desinfesione mejor que l'arie....

Doce años después de instalado, lo vemos a don Bautista en su misma chacra, sin haber modificado en nada su manera de vivir. A un año agrícola bueno, que llenaba de esperanzas el honrado hogar del chacarero, seguían dos años malos y uno regular. Teresina, mozuela ya, gravitaba sobre el presupuesto familiar, internada como colegial en una modesta hermandad

de Buenos Aires. Tan gran sacrificio, que reducía a la estrechez a aquellos pobres rústicos, casi ancianos, era el fruto del gran amor a la unigénita y el noble afán de suavizar con la educación, las humildes aristas del origen.

En realidad era un poco amargo el destino con don Bautista y los suyos. Su situación era la misma o peor que en aquel primer año que vino a desbrozar valientemente la tierra salvaje, a romper la reja de su arado contra la dura roca o la raigambre infernal del alpataco. Seguía la tierra sin pertenecerle. Con la colonización de la comarca, que se habia intensificado notablemente, merced a las ferrovías pobladoras, se habían creado intereses y necesidades nuevas y el precio de los arrendamientos andaba por las nubes.

Pero a pesar de todos los obstáculos, no defeccionaba ni se rendía aquel hazañoso agricultor, lleno de fe y enamorado de la maternidad promisoria del terruño....

Corría el mes de Noviembre. Era una mañana tibia, profética, llena de sol. Los trigales estaban maravillosos. Se había sembrado como nunca aquel año en la Pampa. Se perdían los sulkys en el mar de las mieses, desbordado hasta el linde de los caminos.

Don Bautista había ido aquella mañana a la estación a despedir a su mujer. Doña Nicolasa, hecha un repollo entre su vestido limpio y almidonado, debía tomar el tren en viaje para Buenos Aires. Teresina acababa de rendir airosamente sus exámenes y aguardaba a su madre para volver a la chacra, a pasar, con sus viejos, sus alegres vacaciones.

La estación, mentidero obligado de todos los pueblos agrícolas, era una romería. Las colonias tienen siempre este desahogo social a la hora del tren. La cancha de la estación, atestada de vehículos, era el síntoma cabal del concurso: desde el ford del médico hasta el boggy amarillo y flamante de «La Elvira» y la arañita voladora de Pedrín, el chacarero mas pobre de la zona.

—Si siguen así las cosas—conjeturaba don Bautista,—vamos a levantar una cosecha de un 15 por hectáreas... como nunca.

—No hay que voraciar mucho, compañero—aseguró un criollo.—Vea que una heladita de Noviembre...

—O la isoca—sentenció otro.

—¡Bah!... la isoca no nos dará que hacer este año.

—No crea, amigo. Yo he tenido que rastrillar alrededor de la chacra, para que no se me caiga encima la isoca de Rassoli, que le está aniquilando la sementera.

—Yo creo que eso de rastrillar son patrañas del agrónomo... A las larvas las lleva el viento, y contra esas no hay rastrilleo que valga...

Y entraba el chacarero en amplias explicaciones sobre el sistema que, según su manera de ver, era mas práctico para combatir la plaga.

De pronto apareció una batea, frente al paso a nivel, en una curva del camino.

—Es el ruso Vanosky.

—¿Qué noticias nos traerá Vonosky?—interrogó vaga y melancólicamente el jefe de la estación, que departía en el grupo de los vecinos mas espectables.

La especialidad de Vanosky, aparte de ser un excelente agricultor, era la de dar siempre malas noticias.

Esta característica había hecho decir al médico, mas ducho en hilvanar «calambures» que en levantar enfermos: «no es que las inventa; Vanosky tiene la suerte de encontrar por el camino toda noticia mala que se pierde... Es una especie de yetatore a la inversa»...

Vanosky llegó a la cancha, se tiró de un salto de la batea, amarró sus caballos briosos y clinudos—trasunto de la estepa ventosa—y se aproximó al andén donde se habían volcado las colonias.

—Boina mañana, cabayeros.

—¿Qué nuevas, Vanosky?

—¡Pues nada! ..La langosta...

Una carcajada general contestó a las palabras del ruso.

—¡Hasta cuándo, Vanosky!...—se atrevió a decir el médico.

—Pues sí, doctor, la langosta... es una manga trimienda... viene di Córdoba- dil noroieste... ¿No mi la cré?... Si se ha

sintado casi sobre las cháicras. Es una cuistión di dias mas o minos, doctor...

Vanosky tenía fama de agorero, pero no de impostor. ¡Algo había, sin duda! La noticia corrió como una racha fría por el corazón de los colonos.

En aquel momento llegaba el tren.

* * *

Tenía razón Vanosky. Cuatro días después, del noroeste, se levantaba como una nube, la manga voladora. A pesar del día transparente, un viento huracanado, que doblegaba como briznas las sementeras, arrió con la nube hacia los campos vecinos a Realicó. ¡Qué dolorosa incertidumbre! ¿Cambiaría el viento? ¿Pasaría la acridia en busca de alfalfares, después de haber devastado los campos de trigo?... ¡Nunca había sufrido esta terrible plaga la zona! Temblaron las colonias ante la perspectiva del huésped. El viento seguía despiadado y tenaz. Y vino la invasión.

Aquello fué un diluvio indescriptible. Entre el cielo y la tierra se interceptó la espesa nube. Era el espacio que se convertía en una madrépora de langostas, como retando al sol en su glorioso afán de madurar las espigas.

Fué el desastre. Sin anuncios previos, más que el vaticinio de Vanosky, fué imposible defenderse. Por leguas y leguas se extendió la manga salteadora. Las sementeras no eran plantas: eran almácigos, viveros de acridias tragones, hormigueantes, terribles. El primer día, quedaron como esqueletos los sauces y tamarices de la estación. Aquel era un panorama inenarrable.

Como el viento no cesara, la inmensa manga prefirió aguardar los días serenos para levantar nuevamente el vuelo y orientarse. Cuando seis días después, agotado su rico botín, volvió a formarse en nube bandolera, las chacras eran páramos. ¡Qué angustia!

Después de tan terrible azote, perdido todo, indefensos y derrotados los agricultores, volvió a latir la vida en la comarca, tenuamente, lánguidamente, como se inicia la convalecencia de un enfermo. A iniciativa del jefe y de algunos comerciantes,

se organizó una comisión de auxilios, que debía recorrer las chacras para tentar alguna ayuda a los colonos. ¿Qué suerte había corrido don Bautista? ¿Y Rissoli? ¿Y el dinamarqués Jensen? ¿Y el mismo Vanosky, el augur?... Pero, sobre todo, el destino de don Bautista fué el punto capital de la comisión, no bian repuesto el vecindario de la dolorosa sacudida.

—¿Qué habrá sido de Palmieri?—conjeturó entre interesado y curioso el turco Abdala, dueño de la tenducha «La Flor».

—¡Pobre gringo!...—se lamentó, de veras, el jefe.—Hace tres días que le ha venido una remesa de herramientas de lo de Noé. .

Algunas horas mas tarde, el jefe, Abdala y un inspector del Ferrocarril Pacífico, se ponían en marcha hacia la chacra de don Bautista Palmieri, cruzando a campo traviesa las parcelas miserables y polvorosas.

Desde lejos divisaron la casa blanca de don Bautista y el penacho de humo que se levantaba de la chimenea.

—¡Ya ven!...—exclamó el jefe, alborozado ante esta manifestación de vida en lo del chacarero.—No he conocido hombre mas guapo y mas tenaz que don Bautista...

Llegaron. No ladraron los perros. Una turba de gallinas hambrientas salió a recibirlos. Al pasar junto al pesebrito, pudieron advertir que los caballos, casi moribundos, se habían comido, unos a otros, las cerdas del pescuezo y de la cola; este espectáculo comenzó a inquietarlos.

—¡Don Baustista! .. ¡Don Baustista!...—gritó el jefe.

Nadie respondió. Entraron en la cocina. ¡Qué cuadro nauseabundo! Era un mar de langostas muertas la cocina, amontonadas en pequeños montículos, a granel, como si fueran parvas de trigo. Ardían tres o cuatro leños en el fogón. Presintiendo la catástrofe, revisaron de prisa las habitaciones. Hasta el dormitorio de Teresina llegaba, como un vaho, la fetidez de las acridias, muertas. Nadie había en las piezas. Salieron al patio, medio mareados con aquella atmósfera pestilente.

—¡Ave María!...—volvió a llamar el jefe.

Pero nadie respondió. Después de una minuciosa revisación por todos los rincones de la casa, encontraron a don Bautista junto al horno, sentado en el suelo. Sobre sus muslos tenía una

sartén rebosando de langostas que acaba de freir y que comía con fruición; junto a sí un ejemplar del «Avisador Rural».

Al acercarse los visitantes, consternados ante aquel doloroso epílogo del colono, Palmieri se dirigió al jefe de la Estación, como si hablara con su amigo Jensen, y le dijo con voz clara, pausada y dulce:

—¿Non ha visto, Jensen?... ¿Qué le decía yo?.. ¿A qué no sabe el precio mínimo de la langosta?—y mostraba al mismo tiempo el periódico.—A 28.10...Se vede claro, es una matufea de los caparadores, Jensen...

Y se puso a mirar la campiña desolada con la insensatez de un idiota.

W. Jaime Molins.

DON JOSE TORIBIO MEDINA

(Discurso pronunciado por Don Luis Barros Borgoño, Decano de la Facultad de Humanidades, con ocasión del cincuentenario de la vida de este escritor.)

La península de los Balkanes que ha sido sacudida, a través de las edades, por la más récias convulsiones políticas y que ha sentido la dominación extranjera azotar con fiereza las diversas nacionalidades que allí trataban de reconstituírse, fué en un tiempo el asiento de pueblos pequeños por su población pero grandes por la influencia que han ejercido en el desenvolvimiento de la civilización; pueblos que enseñaron al mundo a amar y practicar la libertad, que fundaron la verdadera democracia y que han legado a la humanidad con las nobles virtudes del patriotismo, las obras mas excelsas del genio creador en las letras y en las artes.

Si en el contacto con naciones mas fuertes y mejor preparadas para la dominación, hubo de perder el pueblo heleno la hegemonía que ejercia en el mundo antiguo, ha conservado siempre el gobierno de los espíritus; y sus filósofos, sus poetas y sus historiadores continuan siendo los maestros de la humanidad.

Aquel pueblo griego de índole esencialmente artística, amaba la libertad y tenía el culto de la belleza. Practicaba los ejercicios corporales y cultivaba la elocuencia; aprendía a lanzar el disco y se ejercitaba en la poesía, buscaba en el desarrollo físico el equilibrio necesario a las facultades de la inteligencia.

El amor de lo bello y el sentimiento de la naturaleza caracterizaron aquella civilización, la mas humana que haya florecido sobre la tierra.

Respetaba y enaltecía ante todo la dignidad del ciudadano, tenía el culto del arte, el instinto de la justicia y el amor a la

gloria; y con estos elementos ha dado a la historia de la civilización las páginas mas brillantes y gloriosas.

Y cuando perdió la dominación política, transmitió su cultura y su espíritu a los vencedores, y ha seguido ejerciendo el gobierno espiritual del mundo.

La Grecia nos ha dado el concepto mas elevado de la libertad y nos ha transmitido, a la vez, el verdadero y mas delicado sentimiento del arte.

Porque concibió la libertad, no como el resultado de una especulación filosófica, sino como la expresión mas viva del sentimiento de la dignidad humana que reclama la libertad como una condición de existencia. Por este concepto, consentían los griegos sacrificar la libertad cuando el interés de la dignidad del hombre, así lo exigía. Por análoga consideración las constituciones griegas tuvieron en vista ménos la libertad del ciudadano, que su perfección, que su belleza moral y física.

De igual modo en el arte, el genio griego se caracterizaba por su amor al orden y a la armonía y por ese imponderable equilibrio que corresponde a la fuerza y a la salud del alma.

Si a esos pueblos, celosos de su libertad, les repugnaba la idea de una dominación común, mantenían, sin embargo, entre ellos, separados y divididos políticamente, una comunidad de sentimientos y de ideales que les daba una verdadera y significativa unidad moral.

Tradiciones generales, costumbres religiosas y políticas, asociaciones de interés común, adquirían el valor de instituciones capaces de mantener la unidad nacional.

En especial aparecía ese sentimiento colectivo en las reuniones periódicas, que celebraban los pueblos griegos con motivo de sus grandes Juegos Solemnes.

Allí comparecían en comun, sus atletas con sus luchas de fuerza o agilidad, y sus poetas con sus odas a los vencedores o sus cánticos a la grandeza de la Grecia. Pindaro y Simonide lucían allí las galas mas hermosas de su divina poesía.

Para un pueblo tan culto y tan entusiasta por todo lo grande, era aquella una ocasión para aclamar a los hombres superiores a quienes debía sus leyes y sus victorias. El genio recibía allí su recompensa y era honrado el patriotismo.

Temístocles, el vencedor de Salamina, al presentarse ante la Grecia congregada, saludado por las aclamaciones unánimes, podía exclamar con justicia, en el colmo de su satisfacción, «que aquella era una recompensa digna de lo que habían sufrido por la Grecia.»

Era allí, también, en presencia de los dioses helénicos y de la Grecia congregada, donde la idea de una patria común adquiría su imperio sobre los corazones.

Era allí, en esas festividades sagradas, donde se discernía a los vencedores la corona del triunfo, los artistas exhibían sus obras maestras, sus líricos entonaban sus mejores estrofas, y Heródoto leía los primeros capítulos de su historia.

Porque esa raza griega que sabía unir en la religión y en la filosofía, como en las artes, la inteligencia a la belleza y que adoraba en la una la imagen de la otra, no se habría manifestado completa y verdadera si no hubiese exhibido en sus festividades nacionales, junto con el cuadro de sus jóvenes atletas, exponentes hermosos del desarrollo físico y del culto de las formas, el espectáculo maravilloso de sus artistas, poetas, filósofos, historiadores y hombres de Estado, que concurrían de consuno a enaltecer y glorificar una civilización que ha producido las obras mas puras y mas elevadas del genio humano.

En las democracias modernas, ese sentimiento de justicia colectiva toma forma diversa, menos atrayente y que parece diluído entre la apreciación severa y protocolar de las corporaciones científicas y el juicio movedizo e impresionable de los órganos de diaria publicidad.

La misión superior de la crítica concluye, sin embargo, por imponer la calificación serena y justiciera de los merecimientos y de las aptitudes verdaderas de los hombres de letras, de los artistas y de los políticos. Si el juicio, acaso, en ocasiones puede ser tardío, es en cambio definitivo y adquiere las proporciones de un fallo meditado y solemne de la opinión nacional.

Esta recompensa cívica, resultado de la cabeza y del corazón, que refleja la estimación razonada y el sentimiento delicado de la gratitud, equivale ciertamente a la corona de olivo o de laurel que el pueblo selecto de Hellas discernía a sus triunfadores.

Hoy como antes, acuden las multitudes, solícitas y entusias-

tas, a honrar a sus políticos y a sus generales victoriosos; sienten en sus almas los efluvios del ardor patriótico o la atracción dominadora de los jefes reconocidos y prestigiosos.

Son capaces de seguir arrobados al poeta que arrastra con los prodigios de su estro divino; corren fácilmente tras del orador que con la magia de su elocuencia electriza los corazones; pueden amar al artista que con los dones del genio creador se impone al sentimiento general; pero no les alcanza la influencia de los hombres de gabinete que laboran pacientemente y que consagran silenciosos sus fuerzas al estudio y al trabajo intelectual.

Por extraordinaria y significativa ocurrencia, nos congregamos, no obstante, hoy, en concierto general, para rendir homenaje popular a un benedictino de las letras, a un misionero de la verdad y a un heróico explorador de las tierras ignotas del pensamiento.

Y al hacerlo, estamos cierto de ejecutar un acto de verdadera justicia nacional y de que señalamos para edificación de la juventud a un hijo predilecto de la nación.

Porque en realidad la Universidad, las sociedades doctas de España, las corporaciones científicas y literarias de la América, le tienen discernidas y le disciernen a diario, honores y distinciones; la prensa entera del país ha reconocido con merecida uniformidad las eminentes cualidades del historiador y del erudito escritor, y la distinguida y selecta concurrencia que llena hoy esta Casa, en homenaje a don José Toribio Medina, exterioriza en forma elocuente la apreciación justiciera que el pueblo de Chile hace de la vasta labor científica y literaria realizada por el señor Medina en honra de las letras chilenas, en honra de la historia americana y en honra de la ciencia bibliográfica universal.

Su reputación de historiador concienzudo y de bibliófico consumado, ha salido de los límites de nuestro país y de la América; su nombre es citado con distinción en las principales revistas científicas del mundo; y su opinión forma autoridad irrecusable entre los hombres de letras de Europa y de América.

Sus numerosas obras de bibliografía tienen no solo el mérito que les corresponde por el momento importante que ellas han

señalado en el desarrollo de esa ciencia, sino también porque han contribuído eficazmente a la unidad que la bibliografía dá a la ciencia en general poniendo en comunicación reciproca todos los adelantos de la inteligencia, en todos los pueblos del Globo.

Un distinguido profesor norte-americano ha dicho con exactitud que el señor Medina, es un coloso bibliográfico y que no hay una sola persona en el mundo estudioso que no conozca la labor científica que él ha realizado.

El señor Medina ha llevado a cabo la obra monumental de reconstituir, a nuestra vista, el pasado colonial con la primera y esencial cualidad moral, que debe poseer el verdadero historiador, cual es el amor a la verdad.

En el señor Medina, esa cualidad ha significado el celo más esquisito por la exactitud y la paciencia llevada hasta el escrúpulo y la pasión.

Y en realidad sobre esos sólidos cimientos, puede la historia darnos el cuadro verdadero de la vida.

Al reconstituir ante nosotros el pasado, debemos hacerlo en condiciones de sentir y de vivir con los que existieron, de conocer sus costumbres y pasiones, de traerlos, en una palabra, a la vida, sin preocuparse de nuestro tiempo y de nuestros hábitos.

En el historiador, el culto por la verdad, con el amor a la patria y el amor a la libertad y a la humanidad, son las cualidades morales que le colocan en condiciones de ejercer su verdadero sacerdocio sobre las almas y sobre los pueblos.

Con una conciencia íntegra, con el sentimiento de la verdad y de lo bello, con la pasión por lo bueno y por lo noble, con el concepto de la justicia, con la fé en los principios, con rectitud en el alma, podrá el historiador ilustrar y dirigir los entendimientos, penetrar en el fondo de los espíritus, formar la conciencia de los ciudadanos, enseñar las virtudes cívicas y mantener siempre vivo en el corazón de los pueblos el culto de la patria.

El señor Medina, ha dedicado cincuenta años de su vida al estudio y a las letras, y su labor intelectual aparece bosquejada

en el catálogo de los varios cientos de hermosos volúmenes que forman un monumento portentoso de erudición y de ciencia.

Tiene el señor Medina, un bagaje considerable de conocimientos en ciencias naturales y estas materias, le han sido de grandes utilidades para sus deducciones históricas.

Fruto de esa especial consideración fué una de sus primeras obras de sólida investigación y de conclusiones verdaderamente originales. Tal fué su trabajo sobre los primeros pobladores de nuestro territorio, que lleva por título «Los Aborígenes de Chile».

Este libro publicado en 1882, «es un estudio completo y noticioso acerca de los indios araucanos y entre los trabajos a que ha dado origen ese pueblo, éste es el primero en que se hayan agrupado las noticias con el propósito que en nuestro tiempo sirve de guía a las investigaciones de esta orden, y en que se hayan examinado los vestigios que nos quedan de su antigua industria». Este es el juicio que mereció esa obra, recien publicada, a nuestro historiador señor Barros Arana.

Para la debida preparación de este trabajo, el señor Medina, visitó en aquellos años detenidamente las regiones de nuestro territorio, ocupadas todavía en grandes extensiones por los primivos habitantes de nuestro suelo y recogió con esmero todos los datos y antecedentes que habrían de permitirle presentarnos, como lo hizo, un estudio verdaderamente científico y el más completo que, hasta ahora se haya hecho, sobre los Aborígenes de Chile.

El señor Vicuña Mackenna, a quien correspondió, en aquella época informar sobre ese libro, se expresó como sigue:

«Esta obra en su forma exterior, es un libro, pero por su saber, su investigación, su claridad de conceptos y los descubrimientos prehistóricos que ha logrado poner en evidencia, con la pluma y con el lapiz, daría derecho a la crítica para considerarlo, como un verdadero monumento histórico nacional».

No pretendemos dar una idea aunque fuera sumaria, de la múltiple labor intelectual desarrollada por Medina; ello sería superior a nuestras fuerzas y a nuestros conocimientos, excedería, además, a cualquiera extensión que pudiésemos dar a este discurso, limitado como debe estar a presentar una mues-

tra del reconocimiento que todos los hombres de estudio, sienten por el infatigable y docto escritor.

Pero no será lícito siquiera esbozar algunas de las materias en que ha descollado la obra cultural del señor Medina,—y que son especialmente dignas de ser presentadas al examen y a la consideración de todos los espíritus, amantes de las letras y de los estudios históricos.

Cuando en 1884, el señor Medina, pudo visitar el importante Archivo de Simancas, se contrajo con el celo y la perseverancia que acostumbra a escudriñar los preciosos legajos, y encontró los papeles relativos a los Tribunales de la Inquisición en América, documentos que le permitieron preparar más tarde, sus importantes volúmenes sobre el funcionamiento del temido Tribunal del Santo Oficio en Lima, en México, en las Provincias del Plata, en Chile, en Cartagena de Indias y en Filipinas.

En la interesante disertación, leída en el Ateneo de Santiago, el año 1888 y que intituló «*En busca de datos para la Historia de Chile*», nos dió muestras, el señor Medina, del hallazco de aquellos documentos.

«Dentro de aquellos muros—decía entonces—en un subterráneo obscuro y húmedo, verdaderamente fúnebre, oliendo a cadáver les encontré, hallazgo tanto más precioso, cuando que era este un tema sobre el cual es rarísimo encontrar alguna referencia, en documentos emanados de otras fuentes».

«Nuestros investigadores más diligentes, apenas si habían podido descubrir algunos trasuntos de lo que aquel tremendo Tribunal, había sido en Chile, y sin embargo, se ven allí en tan rico caudal, las piezas más interesantes y curiosas que su publicación (si es que todo pudiera publicarse) demandaría volúmenes enteros».

Los trabajos realizados por Medina sobre esta importante materia, hasta entonces absolutamente inexplorada, comprende nuevos tomos, de los cuales dos están destinados a la Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en Chile, publicado en 1890.

Este libro dió a conocer todos los procesos de origen chileno, que se tramitaron en nuestro país y que llegaron al Supre-

mo Tribunal de Lima y ha permitido descorrer el velo que ocultaba aquellas tramitaciones secretas que después de dos siglos de vigencia en América, permanecían ocultas en el más obscuro y húmedo aposento del castillo de Simancas.

Con estos documentos, ha dicho el señor Medina, «hemos procedido a relacionar las causas de fé que se desarrollaron en Chile».

La serie de obras sobre la Inquisición en los diversos estados coloniales del antiguo reino de España, la inició el señor Medina el año 1887, con la publicación en dos volúmenes de su libro sobre la «*Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de Lima. (1569-1820)*».

El conocido escritor don Ricardo Palma, que después de dos años de labor, había publicado en 1863, su libro titulado «*Anales de la Inquisición de Lima*», decía al conocer la obra del señor Medina, que «si bien pensábamos que era imposible ir mas allá del punto a que habíamos alcanzado y dudábamos que otro escritor lograra obtener mayor acopio de noticias y de documentos auténticos que los por nosotros conseguidos»; declaraba haber bebido en pobre fuente, y agregaba «nos holgamos en confesar que nuestra jactanciosa presunción ha sufrido rudo desengaño al leer la obra que rectentemente ha dado a luz el señor don José Toribio Medina que los archivos de Simancas y Alcalá de Henares, así como en los códices de las Bibliotecas de la Historia y Nacional de Madrid ha encontrado los elementos todos para compaginar un libro de incuestionable significación histórica».

«El señor Medina, añade, es sobrio en apreciaciones y la abundancia de la documentación, es verdaderamente prodigiosa».

Sus tomos sobre la Inquisición en Méjico y en las provincias del Río de la Plata, merecieron las mas elogiosas apreciaciones de los escritores de uno y otro país.

La Historia y la Bibliografía de la imprenta en la América Española ha dado materia para numerosos libros del señor Medina, en que aparecen consignadas la historia de las producciones de la imprenta relativas a 35 ciudades de la America Española. Es especialmente notable el estudio relativo a

la imprenta en Méjico, ciudad que tuvo una prensa antes que Madrid. Esta obra comprende ocho gruesos y nutridos volúmenes.

La historia de la imprenta en Lima, comprende cuatro tomos y se extiende al período de 1584 a 1824.

Para realizar esta ímproba labor, dice el señor Medina, «hemos agotado los medios que han estado a nuestro alcance, visitando exprofeso, no sólo las bibliotecas públicas y particulares de la América española, desde Chile hasta Méjico, sino también las de Europa, y muy especialmente los archivos españoles, de los cuales, el de Indias, en Sevilla, después de examinarlos durante cinco años en distinias ocasiones, nos ha administrado datos abundantísimos, no tanto bibliográficos, aunque éstos no son pocos, sino especialmente los relativos a la vida y carrera literaria de los autores que habían impreso sus obras en Lima».

Este libro como sus congéneres relativo a la imprenta en Méjico y en el Plata, representa una suma de labor extraordinaria y el servicio que estos trabajos de bibliografía han prestado a la historia social del continente americano y de la ciencia en general ha sido justamente ensalzado por los maestros en esta materia.

El sabio Director del Museo Británico, Mr. Carnett, a propósito de la Historia de la Imprenta en el Plata emitió el siguiente elogioso concepto en honor de la obra realizada por el señor Medina.

«Hay pocas obras de esta clase, agrega el sabio Director del Museo Británico, a las cuales se pueda acudir con tanta confianza de encontrar en ellas precisamente lo que se desea. Los límites de la literatura moderna alejan la esperanza de que en lo futuro puedan volver a verse obras semejantes. Sería difícil encarecer lo bastante, las investigaciones de un Méndez, un Salvá, un Icazbalceta y un Medina, quienes, como Nicolás Antonio Machado han procurado manifestar que habían de hecho agotado los temas que trataban».

«Este libro redunda, tanto en honor del país que lo ha publicado, por su esplendidez tipográfica y la belleza de sus nu-

meroeas ilustraciones; como del autor, por el alcance y exactitud de sus investigaciones y los curiosos e interesantes datos, así biográficos como bibliográficos que produce cada una de sus páginas».

En el extenso estudio que Mr. Garnett dedica a esta obra, examina todas las dificultades de esta empresa, y refiriéndose a la bibliografía de la República Argentina, incluso Paraguay y Uruguay dice que «esa obra ha sido impresa con gran riqueza de ilustraciones y señala al autor un lugar prominente entre los grandes bibliógrafos.»

Hace un detenido análisis de la obra y agrega:

«Esta ligera nota da una idea muy imperfecta del interés variado y de la espléndida ejecución del señor Medina, trabajo tan honorífico para el país que lo ha producido por la exelente tipografía y la belleza de sus numerosos facsímiles, como también para el autor por la extensión y exactitud de sus investigaciones y los detalles curiosos e interesantes, tanto biográficos como bibliográficos que pone a luz en cada página.»

El Doctor Zeballos, el Director del Museo de la Plata y la prensa de Buenos Aires fueron unánimes en los elogios tributados al distinguido historiador y bibliógrafo chileno.

El Doctor Zeballos le dedicó un conceptuoso y merecido juicio crítico del cual nos parece oportuno recordar algunos de sus mas importantes párrafos.

«No ha escrito el señor Medina, dice, un cronicón frío y descamado de la importación, desarrollo y emigraciones de la imprenta en los vastos dominios de Hispano América, ni una bibliografía técnica y monótona.»

Por el contrario, agrega, «su magistral investigación tiene la vida misma de los acontecimientos de la época colonial que abraza y con los libros, con las amarillentas impresiones reviven los hombres, sus servicios, méritos, pasiones, errores y virtudes.

Las anchas y elegantes páginas de esta investigación histórica nos hacen ver de cerca los orígenes coloniales.

«Las instituciones, la política, las letras, la Iglesia y la milicia, han inspirado al señor Medina críticas que la historia recojerá en sus generalizaciones.

«Despierta admiración la suma de tiempo y de trabajo, la inflexibilidad del método, la difícil, sistemática y abundante lectura, la prolija investigación de bibliotecas y de archivos que el estudio de la imprenta en el Plata colonial ha impuesto al señor Medina, sin referirme a la tarea indigesta y abrumadora de la corrección esmerada de las pruebas, trabajo de años, de labor material, de crítica, de compulsa, de verdad histórica; es un modelo destinado a honrar las bibliotecas públicas y privadas y a contribuir como elemento precioso a la Historia Universal, no escrita todavía del génesis y evolución del progreso».

Una de sus obras de mayor aliento lleva el título de *Biblioteca Hispano Americana.* Está impresa en seis grandes volúmenes y encierra la descripción de cerca de diez mil publicaciones referentes a América, escritas por americanos o por españoles que vivieron en España o fuera de ella.

Ese libro evidencia la vastísima erudición de su autor y pasma la cantidad de noticias y documentos, de datos biográficos y bibliográficos que encierra. «Su conocimiento es indispensable, ha dicho con exactitud uno de sus biógrafos, para todo el que desee conocer y apreciar el desenvolvimiento intelectual de las antiguas colonias españolas.»

La historia americana ha recibido de nuestro historiador el valioso contingente que representa, con investigaciones siempre nuevas y originales, los libros sobre *Juan Díaz de Solís. El Descubrimiento del Río Amazonas* y *Sebastián Caboto.*

Cualquiera de estas obras bastaría para sentar la reputación de un historiador.

«No hay para que decir—escribe Rafael Altamira—que sería imposible dar un paso en la historia americana sin acudir a las publicaciones del señor Medina y que, gracias a él, podremos el día de mañana conocer científicamente el proceso de nuestra conquista y colonización en buena parte de la América del Sur».

Si Medina ha contribuído en general y de un modo prodigioso al esclarecimiento de la historia del Nuevo Mundo, ha contraído en especial los esfuerzos de su poderosa inteligencia, a la investigación más amplia y completa de la historia colonial de su patria.

En más de cien volúmenes relativos a Chile, ha presentado al examen y a la compulsa de los futuros historiadores, los materiales de primera mano que habran de servirles para la reconstitución amplia y segura de nuestro pasado y ha estudiado a la vez con criterio de severo y concienzudo historiador, las distintas fases que ha presentado nuestro pueblo, en su desenvolvimiento social, intelectual, económico y político.

Con razón, decía en 1914 nuestro reputado y distinguido historiador don Domingo Amunátegui Solar, con ocasión de la entrega al señor Medina de una medalla de oro, que le otorgó la Sociedad de Historia y Geografía, que «el más sólido monumento con que ha enriquecido la Historia de Chile son sus treinta volúmenes de documentos inéditos que inició en 1888 y que han permitido rehacer todo el período de la Conquista».

Puede agregarse todavía que el señor Medina tiene preparado y listo para la imprenta el material de los numerosos volúmenes que deben seguir hasta el fin del período de la colonia.

El señor Medina ha continuado además la importante *Colección de Historiadores de Chile*, iniciada en 1861 y seguida hasta 1878 por un grupo de nuestros más distinguidos historiadores. Esta recopilación alcanzó a completar en el indicado año de 1878, once volúmenes.

Concretados como habían estado hasta entonces los estudios históricos únicamente al período de la revolución de la independencia, esa recopilación tuvo por objeto exhumar y vulgarizar las crónicas, relaciones y documentos referentes a la época de la conquista y de la colonia, acopiando al efecto los más valiosos y encontrados elementas para el conocimiento de la vida en esos importantes períodos de nuestra historia. Como lo expresaba, los editores de esa recopilación, esa historia, no escasea de interés ni de útiles lecciones y es indispensable conocer bien para escribir con acierto la historia de la República. Y en realidad es difícil hacerlo sino se conocen los antecedentes históricos de nuestro pueblo, las circunstancias que han precedido a su cuna, que lo han acompañado en su crecimiento y que han venido ejerciendo sobre él, su influencia en el transcurso de largos años.

En 1888 publicó el señor Medina el tomo XII de esa Colección y ha continuado, con el método y la perseverancia que acostumbra en sus trabajos, hasta completar, en el año 1914, el tomo 43. En esta Colección se han incluído dos clases de obras, unas y otras de grande interés: las narraciones de los cronistas nacionales o extranjeros y las actas del Cabildo de Santiago. Es sumamente interesrnte esta segunda parte de la labor realizada por Medina, pues ha logrado descifrar y publicar las actas de mas de un siglo del Cabildo de Santiago, o sea, desde 1558 hasta fines de 1696, llenando con ellas 22 de los volúmenes publicados por él. En el tomo 1.º de la Colección se había publicado el primer libro de actas del Cabildo de Santiago, llamado *Libro Becerro* y que comprende los actos celebrados desde el 11 de Marzo de 1541 hasta el 7 de Agosto de 1557.

En este inmenso y rico arsenal se encuentran todos los documentos que habrían de servir de cimiento indestructible para los historiadores que deseen reconstituir la vida política y social de nuestros antepasados durante los siglos XVI y XVII.

La *Imprenta en Santiago* es un elegante y bien impreso libro, publicado en 1891, y que nos presenta un cuadro acabado sobre la historia y el desarrollo de la imprenta en Chile desde sus orígenes hasta 1817.

«Obra considerable, ha dicho un distinguido bibliógrafo, por la importancia del período que abraza, por la erudición de su notable introducción histórica y hasta por su lujo tipográfico.»

Su obra la *Biblioteca Chilena* presenta, en tres gruesos volúmenes, noticias acabadas de cuanto impreso pudo descubrir su autor, ya sea publicado en Europa o en América, de chilenos o españoles que desempeñaron en Chile algún papel. Ha descrito, así, mas de ochocientos impresos, siendo que sus predecesores en esta materia apenas habían catalogado cien documentos entre impresos y manuscritos.

En el prólogo de esta erudita publicación expresa el señor Medina que si bien esta clase de obra no tenga «una amena variedad que las constituya generalmente instructivas y apreciables, nunca carecen del mérito de conservar reunidas las memorias de muchos hombres doctos que han procurado ilustrar sus patrias con las producciones de sus plumas.»

Distinta de la anterior, pero de índole análoga, es su obra en tres tomos que con el nombre de *Historia de la Literatura Colonial (1541-1810)* publicó el año 1878.

Se refiere este libro al cultivo que el pensamiento en todas sus formas alcanzó en Chile durante el tiempo de la dominación española.

Premiada esta obra por la Universidad, lo fué también mas tarde en la exposición de Barcelona.

El informe universitario, suscrito por los señores Gregorio V. Amunátegui y B. Vicuña Mackenna, estimó «que esa obra era de gran aliento por el vasto campo en que debió ejercitar su investigación y por la variedad de materia destinada a caer bajo el dominio de su crítica y de su pluma.»

Los informantes señalan en seguida las indisputables cualidades de fondo y de forma que adornan y realzan ese trabajo.

Con el nombre de *Diccionario Biográfico Colonial de Chile* publica en 1906 el señor Medina una obra del mayor interés, destinada a complementar la historia general de Chile sin que haya intentado hacerla bajo las apariencias de la forma biográfica.

El señor Medina realizó con acierto esta obra, merced al valiosísimo acopio de documentos recogidos personalmente en los numerosos archivos y biblioteca que él ha visitado en diversos viajes a España.

El lector puede estar cierto de encontrar allí todos los datos referentes a las personas que figuraron con alguna nota en la vida nacional y sóbre todo puede tener la seguridad más absoluta sobre la exactitud de los datos que allí se apuntan.

Particularmente notable son sus obras publicadas en 1901 y 1902: *Las Medallas Chilenas* y *Las Monedas Chilenas*, las cuales además de su indiscutible valor histórico deben ser especialmente encomiadas por sus condiciones tipográficas y artísticas.

En 1889 publicó una obra sobre *Mapoteca Chilena* y en 1905 dió a luz su libro sobre la *Instrucción Pública en Chile.*

Llenaríamos muchas páginas si siguiéramos enunciando los numerosos libros, publicados sobre sucesos u hombres de nuestro país.

Pero la obra a que ha dedicado su más cariñosa y devota consagración, la que por si sola constituiría su gloria, es la gran edición chilena de *La Araucana*, en la que el arte de la tipografía, enriquecido por el dibujo, las ilustraciones, láminas y facsímiles, compite con su documentación, con sus notas biográficas y bibliográficas, y de los antecedentes más completos sobre el insigne cantor de las glorias de Arauco y sobre la vida de sus compañeros.

En 1903 tenía concluído el señor Medina su libro sobre *La Araucana*, pero queriendo completarlo con nuevos documentos, se transladó a Europa y recogió, después de una prolija investigación, en el Archivo Notarial de Madrid, más de seiscientos documentos que han traído una luz completamente nueva sobre la vida de Ercilla y desconocidos en absoluto de sus anteriores biógrafos. Con estos antecedentes valiosos ha hecho el señor Medina la impresión de los cinco grandes volúmenes de que consta esta expléndida edición.

El primero, contiene el texto del poema y fué publicado el año 1910 con motivo del Centenario de nuestra Independencia.

«Persuadidos de que hacía falta en Chile una edición digna de la nación que ha tenido la suerte, única de los tiempos modernos, de que sus orígenes hayan sido inmortalizados por la epopeya más notable de la literatura castellana, desde años atrás habíamos venido acariciando el proyecto de realizarla y de ofrecerla a nuestra patria como debido homenaje a los heroicos defensores de su suelo en tiempo de la conquista, a los valientes y esforzados españoles que la incorporaron a la civilización y al poeta insigne que con la levantada inspiración consignó para la posteridad las hazañas de unos y otros».

Con estas hermosas palabras anuncia el señor Medina el origen y el objeto de su empresa.

El tomo de *Documentos* apareció el año 1912 y para comprender bien la ímproba labor realizada por el señor Medina bastaría reproducir uno de los párrafos de la introducción de este volúmen.

Dice así: Nuestra labor, harto mas vasta de lo que en un principio nos imaginábamos, nos ha demandado muchos sacrificios y sinsabores pero, ciertamente, los damos por bien em-

pleados, vencidas ya cuantas dificultades se nos ofrecieron en nuestro camino porque de este modo irradiará luz amplísima sobre la vida del cantor de Arauco; y tan abundante es la cosecha que todavía contra lo que esperábamos, hemos de consagrar forzosamente un tercer volúmen con lo referente a la biografía de Ercilla y a las de sus compañeros y en general a las demas ilustraciones que exigen el conocimiento de la verdad histórica del poema, su bibliografía, la crítica de su lenguaje, el estudio de las voces indígenas que en él se hallan y otras particularidades dignas de nota que se ofrecen cuando se pretende profundizar su estudio, como lo merece la obra y el interés inmediato que afecta para nosotros los chilenos».

Como lo había anunciado el señor Medina publicó en los años 1916 a 1918, un volúmen sobre la vida de Ercilla y dos volúmenes titulados *Ilustraciones*, en que se consignan todas las noticias biográficas y bibliográficas referentes al poema, a su autor y a sus compañeros.

El Marqués de Laurencin, Secretario del Senado, en un informe presentado a la Academia de la Historia, se expresó en los siguientes terminos sobre la obra de Medina en lo que se refería al Tomo I, único a la sazón impreso.

«Debe tenerse por gráfica y exacta mi afirmación de apellidar soberbio e imperecedero monumento el erigido por los nobles arrestos del ilustre publicista chileno a la memoria de Ercilla. Del íntimo maridaje del genio poético y del heroísmo español, surgió la epopeya sin par de la Araucana. Necesitaba un comentarista digno de ella y lo ha encontrado en don José Toribio Medina».

Bajo el rubro general de «*El descubrimiento del Océano Pacífico*» publicó el señor Medina, en los años 1914 y 1920 dos hermosos tomos, destinados el uno, a Núñez de Balboa y el otro a Magallanes y sus respectivos compañeros.

Dice, el señor Medina, en el prólogo de la primera de esas obras que ha tratado de «pergeñar una relación histórica de la inmortal proeza de Vasco Núñez de Balboa», y en realidad, el lector se encuentra en presencia de un libro de 370 páginas en 4.°, llenas de las mas abundantes noticias y con noveciento tas y tantas notas que contribuyen a esclarecer el aconteci-

miento que, como lo expresa el señor Medina, es gloria de la España y que marca el principio de su conquista y colonización en el lado occidental del continente Sud-Americano.

El tomo referente a Magallanes, comprende 463 páginas en 4.º de texto y 176 de documentos, con sus respectivos índices alfabéticos y de materias.

En su última página a título de colofón dice el señor Medina:

«Se acabó de imprimir este libro el 27 de Noviembre de 1920, víspera del día en que se enterarán cuatro siglos desde que entraron en el Mar Pacífico las naves de Fernando de Magallanes, y que a honra y gloria suya y de sus compañeros en la hazaña sin par de circunnavegar por primera vez el globo, fué escrito en Santiago de Chile».

Esta obra del señor Medina aparece complementada con abundantes documentos, recogidos por él en el Archivo de Indias de Sevilla o tomados de otras fuentes. Fué una hermosa y oportuna colaboración con que nuestro país pudo contribuir a la conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento del Estrecho de Magallanes.

En los meses que van corridos del presente año, nos ha regalado el señor Medina, con la publicación de tres importantes libros.

«Cervantes en las letras chilenas» es el título de un opúsculo de 80 páginas, en que el señor Medina nos presenta el inventario de todo lo que se ha escrito en Chile, sobre el Príncipe de los Ingenios.

«Memorias de un Oficial de Mésina inglés al servicio de Chile (1821-1829)» es el título de otra de estas publicaciones recientes.

Con notable galanura nos ha dado el señor Medina, la hermosa traducción del tomo de estas Memorias, relativo al período en que su autor sirvió en la marina de Chile.

Esta interesante obra que consta de tres tomos, fué publicada sin nombre de autor, en la ciudad de Londres, el año 1831 y los órganos más acreditados de la prensa inglesa, le tributaron unánimemente los más brillantes elogios, sin adelantar nada respecto a quien fuera su autor.

En 1837 fué traducida esa obra al francés y ni en esa ocasión, ni muchos años después al hacer su versión al castellano de la edición francesa, tampoco pudo avanzarse en un punto la averiguación del anónimo.

Al presentarnos el señor Medina su hermosa traducción del relato inglés, ha descubierto y establecido fehacientemente que su autor el capitán de infantería de Marina don Ricardo Longueville Vowel, fué embarcado en la escuadra de Cochrane, en Noviembre de 1821, en el puerto de Guayaquil y permaneció en servicio activo en la Armada chilena hasta el año 1829.

El autor de este libro revela un espíritu observador y acucioso al apreciar los sucesos políticos y militares, de ese período borrascoso de nuestra historia. Con notable colorido y exactitud sabe presentar el cuadro de estado social de Chile en esa época y dá una descripción verdadera de su territorio y de las costumbres nacionales.

Hay graves errores en algunas de sus apreciaciones políticas, equivoca algunos hechos y no es justo en el retrato de varios de nuestros hombres públicos, pero, estos defectos no aminoran el valor del libro, ni restan cualidades al narrador ameno y correcto.

La traducción del señor Medina ha agregado a ese interesante libro los atractivos de su irreprochable versión al castellano.

La *Literatura Femenina en Chile*, es el título del último de sus libros, publicado el 26 de Julio del corriente año, en un tomo de 334 páginas.

Este libro ha sido escrito en loor de las mujeres chilenas.

Traza en él, Medina, con su acostumbrado acierto y precisión de noticias, y con la exactitud de un verdedero crítico, el cuadro de lo que han realizado las mujeres chilenas, en el campo de las letras, desde la época de la colonia en que fué tan escasa la ilustración femenina, hasta nuestros días en que se ve notable florecimiento, representado por el cultivo de los diversos y variados géneros de la literatura.

Afirma con verdad que desde muy pocos años a esta parte se ha producido en el feminismo entre nosotros un intenso des-

arrollo de su cultura intelectual hasta el punto de que lo veamos en el día de hoy manifestarse de muy variadas maneras.

El eximio bibliófilo, concluye formulando sus votos porque las distinguidas escritoras que con tanto brillo honran nuestras letras, continúen con perseverancia y sin desaliento la labor que tan adelantada tienen ya y que, «darán así glorias a la patria, solaz a su espíritu y elementos positivos de felicidad al hogar en que sepan compartir la unión intelectual conveniente para que la unión resulte completa y perdurable».

Para tan delicada invocación está especialmente capacitado el insigne historiador, por ser ejemplo vivo de los frutos ópimos que resultan de la noble y estrecha comunión intelectual en el hogar.

A este respecto podemos exhibir un testimonio irrecusable. El distinguido profesor norteamericano Mr. Chapman, que penetró íntimamente en el sereno y respetable hogar del señor Medina, pudo apreciar de cerca las relevantes cualidades intelectuales de la dignísima compañera de su vida, lo que le permitió mas tarde decir: «Ahora comprendo por qué el señor Medina, ha podido hacer tanto trabajo, pues él es dos».

Pero, en realidad, la labor realizada y la que tiene siempre entre manos este infatigable trabajador intelectual es superior a la fuerza de muchos y esforzados varones. Un epítome de sus obras, catalogó en 1914 216 publicaciones y desde esa fecha hasta hoy ese número ha subido, sólo en libros en treinta y cinco mas.

Personalmente hemos podido imponernos de los manuscritos de dos de sus obras, que tiene en preparación y próximos a ser entregados a la imprenta, la una titulada *Bibliografía de Traductores Chilenos* y la otra, *Diccionario de Anónimos y Seudónimos Chilenos.*

Para la terminación de la *Colección de Documentos Inéditos*, detenida en su tomo treinta, tiene ordenados y listos para la publicación trescientos cincuentas tomos empastados de manuscritos relativos a la Historia de Chile hasta la Batalla de Maipo.

¿Y queréis saber, ahora, cual fué la primera publicación de este hombre que ha vivido entregado a sus viejos libros, al ma-

nejo de pergaminos y al arte penoso y árido de descifrar papeles antiguos y escrituras ininteligibles, la publicación que le inició en la carrera de las letras y que es el punto de partida de su cincuentenario de escritor?

Lo recuerda con inefable agrado, le trae a la memoria los meses vividos en estrecha comunidad con el delicado y sentimental Jorge Isaacs, y vuelven a su alma las dulces emociones de la lectura de *María*, aquel hermoso libro que nuestro crítico decía en aquella época, 25 de Agosto de 1883, que «no era una novela, sino algo más que eso, un bello estudio de un corazón inocente y apasionado y que envolvía toda una enseñanza».

El señor Medina que había penetrado íntimamente los sentimientos y el alma del poeta, pudo hacer la más delicada pintura de su heroína, y un juicio crítico del libro que induce a leerlo al que haya cometido el pecado de no haberlo hecho y a repetir con agrado su lectura, al que una vez haya podido saborearlo.

«La creación del señor Isaacs, decía el señor Medina, corresponde a esas producciones, en que el mérito es tanto mayor cuanto más duradera es la impresión que produce».

«Impresión tan singular la de este libro, agrega, cuyas páginas no pueden apreciarse, hasta que el llanto, desahogo de un corazón entristecido por emociones profundas, haya cesado ya largo tiempo de correr».

De este mismo género es la delicada traducción que en 1874 hizo el señor Medina de la *Evangelina* de Longfellow.

No hemos hablado de la valiosa biblioteca del señor Medina; ella representa una selección paciente y laboriosa de toda su vida, encierra todos los amores, de esos que no dan celos, del hombre de estudio y de letras; contiene todos sus preciosos libros, los compañeros inseparables de su fortuna, mudos testigos de sus luchas, de sus esfuerzos y de sus triunfos; han sido el ornamento y el lujo de su morada de escritor; hoy, esos millares de libros, pasan de veinte mil, catalogados personalmente por su mano, están ya en gran parte encajonados, para ser transportados a la Biblioteca Nacional, como cesión que de ellos hace al Estado. Allí les espera una hermosa sala, espe-

cialmente destinada, que será digna de la ofrenda y de la labor que en medio de ellos se ha reservado realizar el señor Medina, en los años de vida que aún le resten y que para bien de las letras nacionales, esperamos habrán de ser muchos y seguramente muy bien llenados.

Nos inclinamos respetuosos y admirados ante una producción tan vasta como la que nos ofrece el señor Medina. En ella, no solo el número y la extensión de los volúmenes son capaces de abrumar el espíritu, sino que también son gráfica muestra de la magna tarea de preparación y examen de millares de documentos, de la comprobación exacta de los hechos y de sus fechas, del juicio crítico de los autores, de la biografía prolija de los innumerables personajes históricos citados en sus libros, de los datos geográficos, de las notas lexicológicas, y en fin, de ese conjunto de variados conocimientos que requiere el historiador y el crítico que ha extendido la esfera de sus investigaciones a un Continente entero y a tan diversas materias.

Con toda justicia la Universidad, en nueve años diversos ha considerado al señor Medina comprendido en las distinciones de que puede disponer periódicamente en obsequio de las producciones nacionales y con igual justificación la Sociedad de Historia y Geografía le discernió en forma solemne su medalla de oro.

Treinta y siete sociedades y corporaciones extranjeras le han conferido distinciones y títulos honoríficos, señalándose en especial la Real Academia de la Lengua que le eligió en 1885, a propuesta de los señores Menendez Pelayo, Núñez de Arce, Alarcón y Cañete.

Es miembro de la Real Academia de la Historia y de la Sociedad de Escritores y Artistas de Madrid, de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, del Instituto Geográfico Argentino, de la Sociedad Científica Argentina, de la Sociedad Geográfica de La Paz y de la Academia Nacional de Historia de Bogotá, y pertenece a importantes corporaciones sabias de Inglaterra y Estados Unidos de Norte América, como The Tewesh Historics Society of England, American Antiquariam y The Bibliografics Society of América.

La Universidad de Chile se congratula vivamente de poder presentar en este momento al distinguido bibliófilo y erudito historiador don José Toribio Medina esta justiciera manifestación que no es sino la expresión de la opinión y del juicio de los chilenos, sobre la labor realizada por tan ilustre compatriota en cincuenta años de vida.

El Gobierno de la República, los individuos de las diversas Facultades universitarias, y en general todos los espíritus cultos de este país, sienten legítimo alborozo al hacer cumplida justicia a los merecimientos y aptitudes de un hombre sobrio y modesto que apartado del bullicio, en el silencio de su mesa de trabajo, en medio de los documentos y de los libros, ha consagrado sin reparo todos los años de su vida al estudio, a la investigación científica, y al incremento del valioso arsenal que constituye el acervo intelectual de la Nación.

Al hombre que no ha omitido esfuerzo ni sacrificio personal, que se ha transladado a los archivos y bibliotecas de la Europa en repetidas ocasiones, en busca de documentos y de datos para sus obras, que ha recorrido los diversos paises de América como atrevido explorador para apoderarse de algún filón de sus codiciadas riquezas bibliográficas o históricas, y que, feliz y satisfecho con sus tesoros adquiridos, los ha entregado, entregado, en seguida, uno a uno, año a año, al público docto con la satisfacción suprema del opulento descubridor que hace a todos partícipe de sus riquezas acumuladas.

Si es posible, señor Medina, que en alguna ocasión haya maltratado vuestra alma algun sentimiento de descepción, no habreis de atribuirlo a desconocimiento de vuestros merecimientos y servicios, sino en parte a la naturaleza de vuestros estudios y en parte a nuestra habitual indolencia para hacer a los hombres de letras la justicia que les corresponde.

Me atrevo a confiar, sin embargo, que esta ceremonia solemne, y extraordinaria por su carácter representativo y por su significación, habrá de reparar en vuestra alma las horas de amargura o de desfallecimiento y este acto expontáneo, ámplio y caluroso habrá de llevar a vuestro espíritu la placidez y la merecida alegría que corresponde al tributo de sincera admira-

ción que la Casa Universitaria os trae en representación de todo un pueblo.

Y en esta hora de vuestro merecido triunfo, cuando escucháis a vuestro alrededor los unánimes elogios de vuestros conciudadanos, creo, señor Medina, que podreis sentir justamente en el fondo de vuestra alma, como el vencedor de Salamina, ante las aclamaciones de los hombres libres de la Grecia, que es ésta una recompensa digna de vuestra penosa labor por la ciencia y por la patria.

Luis Barros Borgoño.

ALGO SOBRE LOS ORÍGENES DE LA IMPRENTA EN BUENOS AIRES

(Para Diego Luis Molinari).

Por el cariño que conservo a un tema que ocupó mis vigilias en años ya lejanos, cual es, la historia del arte tipográfico en Buenos Aires, se me permitirá que,—haciendo caso omiso de las descripciones de productos hasta ahora desconocidos de aquella prensa que circuló los primeros boletines de los memorables días de Mayo de 1810, y entre los cuales podría citar algunos incunables bonaerenses y una *Cartilla de la Doctrina Cristiana* del primer año del siglo pasado, que sirvió para el aprendizaje de los niños de aquella generación,—me limite a dar a conocer en extracto tres documentos que atañen al origen de la imprenta, a uno de los primeros impresores y al redactor del *Telégrafo Mercantil* de Buenos Aires, factores todos que, a su modo, coadyuvaron de manera más o menos inconsciente, pero no menos efectiva, a ilustrar la opinión y a preparar los ánimos para el cambio fundamental que estaba destinado a operarse en el regimen político del antiguo virreinato.

Es el documento a que aludía notabilísimo, porque nos informa a quien corresponde la prioridad de la idea del establecimiento de la Imprenta en esta ciudad y cuyo nombre, por lo mismo, debe recordar la posteridad. Está datado en 5 de Febrero de 1779 y es una representación que el Intendente don Manuel Ignacio Fernández dirigió al virrey don José de Vertiz. Manifiesta en ella que, deseando, a imitación suya, «las mayores prosperidades a esta capital, como no menos a todas las provincias del virreinato», era de sentir que se sirviese promover la erección de una buena imprenta en la ciudad. Abonaban la idea, en su concepto, las circunstancias de que ya no

había escribientes bastantes en las oficinas públicas que pudiesen dar abasto a copiar los treinta y tres ejemplares para otros tantos corregidores y los catorce para igual número de Cajas, de las circulares y oficios que había necesidad de remitirles con frecuencia, sin contar el crecido número de guías para las aduanas, los títulos y nombramientos de estanqueros, guardas y dependientes de rentas, y, sobre todo,—cosa muy digna de notarse, porque es característica de aquellos tiempos,—«el respeto y atención con que los naturales de los pueblos de españoles e indios reciben y obedecen los bandos o providencias impresas, y particularmente los títulos de los dependientes del Resguardo, que a cada paso los quieren ver las justicias y vecinos, cuyas casas y personas se deben registrar».

Fernández formulaba en seguida la conveniencia de que vinieran desde luego de España el maestro y oficiales necesarios con los útiles indispensables, de cuyo costo hacía un cálculo, estimando que el de las dos prensas y el del material importarían unos tres mil pesos y que otros tantos se gastarían anualmente en el mantenimiento del taller, los mismos que se proponía ahorrar en dependientes de las oficinas fiscales, ofreciéndose, en último término, a que el arreglo de todo quedase a su cargo.

Llegada esta representación al Consejo de Indias, en junta de aquel año se aceptó la idea que la motivaba y hasta se dispuso que se buscasen en Madrid los elementos tipográficos cuya adquisición proponía Fernández; pero las cosas no pasaban aún de aquel estado al cabo de tres años, cuando hubo que dejar de mano el proyecto porque se supo allí, en 1782, que en Buenos Aires «se había puesto una muy buena imprenta, para cuyo fomento se había pedido varios auxilios».

El otro documento a que aludía se refiere al segundo impresor que hubo en Buenos Aires. Es un memorial suyo dirigido en Abril de 1778 al Virrey, en el que, después de hacer presente que había servido al Monarca en España y en América por espacio de 32 años, se hallaba quebrantado de salud y con tales achaques, que aquí no contaremos, que no le permitían hacer mucho ejercicio a pie ni a caballo. Cuenta también en él que

había hecho su carrera desde cadete y servido de alférez, teniente, ayudante y capitán de ejército, que, entre otras comisiones que se le confiaron, tuvo en 1767 la del «arreglo y intereses del Cuerpo de Inválidos y retirados», cuya comandancia se hallaba entonces vacante. Pedía, pues, que por su mérito, edad, servicios y achaques que le afligían, se le concediese aquel cargo, que hacía tantos años servía interinamente, con el sueldo de cincuenta pesos.

Pasó el Virrey en informe la solicitud a los Oficiales Reales, y después de certificar éstos que Sánchez Sotoca,—que tal es el nombre del impresor a que venía refiriéndome,—ejercía las funciones de habilitado de aquel Cuerpo desde 5 de Marzo de 1772 hasta ese día, en virtud de designación de los oficiales del propio Cuerpo, Cevallos, en 8 de Mayo de 1778, le nombró para aquel cargo, debiendo conservar su empleo de ayudante mayor de la plaza, mientras obtenía confirmación Real, a cuyo intento ocho días mas tarde se dirigía al Ministro de Indias.

Si por entonces el futuro impresor anduvo afortunado, no le sucedió lo mismo cuando años mas tarde pretendió que se le concediese privilegio exclusivo para la impresión de cartillas en el virreinato, pues le fué negado por Real orden de 12 de Febrero de 1788.

El tercer documento de nuestra referencia atañe al militar y periodista don Francisco Antonio Cabello. Servía éste el puesto de coronel en propiedad del regimiento de milicias de infantería de Aragón y estaba agregado con el mismo carácter al de dragones de Carabaillo cuando en 1797 obtuvo Real licencia para pasar del Perú a Extremadura, donde residía su familia; pero, ya de camino para España y al llegar a Buenos Aires, se encontró con que estaban bloqueados por los ingleses los puertos del Río de La Plata. En vista de su forzada detención y con permiso del Virrey Marqués de Avilés se ocupó allí en la formación del Plan y constituciones de la Sociedad patriótico-literaria que se iba entonces a erigir bajo la inmediata protección del Ministerio de Hacienda de Indias y del Real Tribunal del Consulado a título de subdelegado suyo en esta ciudad, y luego en la redacción y publicación de los seis tomos del *Telégrafo mercantil del Río de la Plata*, obra preliminar y precursora de

aquel Cuerpo patriótico, según decía; alegando, entre sus méritos, que en cierto discurso suyo inserto en aquel periódico había puesto de relieve y pronosticado, en vista de los contrabandos que a diario se sorprendían en Montevideo y en Buenos Aires, cómo el enemigo británico «sondeando y reconociendo nuestros puertos,—son sus palabras,—interceptando la correspondencia, destruyendo tantos vecinos y absorbiéndose la médula del Estado en cambio de sus géneros, para que al cabo de tres o cuatro años de haberse consumido (que es lo que puntualmente sucedió) nos hallásemos sin éstos y sin dinero, pobres, destruídos y burlados.»

Añade, que en vista de la acogida que su periódico había merecido aún de la Corte, renunció a hacer uso de la licencia que obtenía y se limitó a enviar su poder a España para el arreglo de los negocios que allá le llevaban.

Agregado después al regimiento de dragones veteranos de Buenos Aires y al mando de una compañía le tocó hallarse en el asalto de Montevideo, junto a la brecha abierta por los enemigos, donde, herido, fué tomado prisionero y llevado a Inglaterra, «con entero abandono, según decía, de su mujer e intereses y sin mas equipaje y auxilio que el ensangrentado y roto uniforme que llevaba puesto.»

Canjeado mas tarde, llegó a la Coruña, a cuya guarnición quedó destinado en fines de 1807, y de donde, en Febrero del año inmediato siguiente, dirigía al Ministerio una solicitud en demanda de que la Real piedad le concediese cuatro meses de licencia con sueldo de capitán de dragones para ir a Extremadura a abrazar a su anciano padre, de cuya presencia hacía dieciocho años que faltaba, pues no tenía entonces auxilio alguno para emprender desde allí tan largo y penoso viaje.

Como complemento de este incidente de la vida de uno de los primeros periodistas del Río de la Plata, añadiremos que años mas tarde, en 1824, Cabello publicó en Madrid un *Mosaico gramatical en coloquios didascálicos para servir de suplemento a la gramática sinóptico-francesa-castellana*. Se titulaba entonces brigadier general de caballería ligera, condecorado con varias cruces y escudos de mérito militar y de distinción de España y Francia.

J. T. Medina.

PIERRE LOTI

Su obra

¿Habéis pensado alguna vez en todo lo que nos haría falta si no hubieran sido escritos los libros de Lotí y hubiesen quedado esparcidos en los desiertos y océanos, en esas riberas lejanas adonde fué a buscarlos, mas para nosotros que para él? Sumad vosotros, que desde hacen mas de veinte años no lo abandonáis, todas las cantidades de goces puros, de nobles éxtasis, de sueños infinitos que le debéis, que él os ha prodigado por nada, sin conoceros y sentiréis que la gratitud desborda desde vuestro espíritu hasta vuestro corazón, impotente para encontrar las palabras que expresen a ese genio, a ese buen genio de vuestra soledad, de vuestros sentimientos y deseos, los agradecimientos que merece.

En efecto, siempre seremos sus deudores por los beneficios intelectuales y artísticos que nos ha prodigado. En primer lugar, ha permitido realizar las excursiones mas aventuradas a los que no podían hacerlo, les ha acortado las distancias, facilitado las regiones inaccesibles y obstruídas de misterios, las grutas, las cavernas, los templos y los palacios prohibidos. Mejor que los «viajes» en el sentido vulgar y profano en que los comprende la gente, él nos ha hecho hacer las expediciones, travesías y cabalgatas con que soñaban los pensadores, los emotivos, los poetas y todos los que meditan, admiran y se recogen. Lotí, junto con aparecer, les convierte el sueño en realidad.

Nadie mejor que él estaba predestinado para esta misión. Tenía todas las cualidades y dones que hacen al jefe, al cumplido conductor de las caravanas del pensamiento: la calma, la paciencia, la dulzura y la majestad, el valor y el fatalismo se-

reno, las fogosidades de un ardor domado, como un caballo salvaje llevado por una hebra de seda y tenía igualmente la energía durable y lenta, la fuerza del sacrificio, el ojo que ve todo, mas aún, el ojo que ve lejos en el horizonte y en los tiempos y que desentraña el porvenir. Tenía, en fin, secretos obtenidos... no sé de quien, ni de donde... talismanes de cueros, versículos del Corán trazados en huesos de ovejas, piedras negras grabadas con signos y colgadas al cuello, collares de ámbar, saquitos de perfumes, *griots*, tabletas mágicas, palabras «Sésamo» que, salidas de su boca de labios delgados, eran como llaves de diamantes y oro para abrir las puertas de bronce de las viejas religiones y le permitían penetrar suavemente por todas partes, adonde otros cargados de bagajes y arrastrando cargamentos de pacotilla, se quedaban a la puerta.

Esos países de las Mil y una noches, de los cuales sólo teníamos una idea literaria mediocre y hecha sobre medida, adonde jamás habríamos alimentado la esperanza de abordar... nuevo Aladino nos lo ha materializado en una visión verdadera, alumbrada y escoltada a la vez por los reflejos de su lámpara maravillosa. La China, el Japón, la Persia, el Cáucaso y el Thibet... todo lo que era un sueño púrpura y azul, la locura y la quimera, se han transformado, gracias a él, en algo sencillo. Nos ha puesto en nuestras manos la flor sagrada, el lotus, del cual su nombre, escogido por él, ese curioso nombre, de aspecto y sonoridad hindú, parece el extraño genitivo. En todos los lugares de la tierra desde donde hemos vuelto alctualmente sin haber en realidad estado en ellos, que sin embargo conocemos tan bien!... y se han quedado para siempre fijos en la retina de nuestros ojos, Lotí ha sido nuestro guía, nuestro *spahi*, nuestro intérprete... y qué guía! qué cicerone de príncipes y reinas! el único que sabe encontrar en voz baja, discreta, solemne y tierna, en un lenguaje incomparable, delante de un ciprés de la vieja Turquía o de una columna rota desde hacen tres mil años, las palabras que conviene depositar como una ofrenda o derramar como un perfume.

Jamás podremos olvidar la sociedad de este noble y único compañero y mientras que la generalidad de los corredores del mundo ha seguido de cerca a Joanne o se ha sofocado en el

sendero trillado del Baedecker; nosotros conservaremos celosasamente la preciosa certidumbre de haber sido dirigidos separadamente por un emir de gesto y alma tranquila.

Pero no le bastaba a Lotí llevarnos con él, ha querido enriquecernos. Como el magnífico errante que no deja de traer fardos de obsequios para sus diferentes amigos,—sin olvidar a los más humildes y aún a sus servidores—a uno una silla de montar, a otro un arma, a aquel tapices, al de más allá un cofre, a las mujeres collares y esencias, nuestro ausente generoso, en cada uno de sus vueltas nos ha distribuído los regalos más soberbios y su pacífico y real botín eran imágenes... pensamientos, ensueños... mármoles y piedras, oro y marfil, lacas y esmaltes, cenizas de pórticos y huesos, estatuas y momias, destrozos y restos en tal abundancia que habría para fatigar largas filas de camellos y como llenar, glorificándolas, las tristes bodegas de muchas fragatas.

Lotí ha podido hablar de todo sin echar manchas, sin que nada impuro corrompiera el agua de sus cisternas profundas. Jamás ha manchado la blancura de su albornoz. Ha presentado esa soberana nobleza de los orientales que de pié, sentado o acostado, conservan la línea majestuosa de la actitud y del gesto. En fin, es supérfluo repetirlo, como si uno tuviera el candor de descubrirlo, que Lotí es uno de nuestros escritores más perfecto y maravilloso y que perdurará, aunque haya escrito a veces sobre arena, mucho más tiempo que otros que han creído con dura y seca pluma, morder el acero y laborar en mármol y en una hora estarán olvidados.

Algunos con espíritu de profesores han creído encontrar un poco diáfana la filosofía de nuestro radjad... los graves señores qúe no quieren comprender que Lotí es un Tarqui sin sistema, que no tiene otra filosofía que la que se desprende sólo de los espectáculos que le han dado los paisajes, los hombres y ciertos puntos del mundo. Como la ola que arrastra sin cesar piedrecitas, hierbas, conchas, acaricia la duna y golpea la roca sin pensar en otra cosa que en producir hermosos murmullos o en lanzar grandes gritos en harmoniosas cóleras y en torbellinos de espuma... él ha arrastrado ideas eternas de bellezas, de amor de aniquilamiento, de tristeza y de muerte, cuya can-

tinela, no interrumpida, nos ha cautivado como esas músicas árabes que no tienen ni principio ni fin y arrullan deliciosamente al alma adormecida.

Gran dignatario de las ruinas, Jeremías de la vetustez, amigo de las rosas y de las bestias, delicado y suave como Firdousi, a veces orgulloso y triste como Boabdil, encantador de serpientes y de Rarahus, caballero, piloto y derviche, Lotí ocupa en la mezquita humana y literia de este siglo, la cúspide de uno de los pilares maestros, desde donde lo vemos joven y de pié, la cabeza echada atrás, inmóvil como un fakir de la contemplación y un estilita del ensueño.

HENRI LAVEDAN.

ORIGENES DE LA POESIA EN COLOMBIA

He querido hablaros preferentemente de la poesía popular, aunque no en la extensión que el tema merece, por ser este asunto nuevo todavía para los críticos literarios, que no lo han tratado aún; y por ser la poesía popular la que mas caracteriza a Colombia, a esa comarca de nuestra patria común la América hispana, fecunda y rica en inspiración e inteligencia, como tambien en tierras feraces y hermosas; con costas en dos oceanos, con todos los climas para todos los cultivos, poblada por seis millones y medio de habitantes y con riquezas naturales incalculables, pero pobre en cuanto a medios de desarrollo progresista, aislada, por culpa de sus inexpertos gobiernos, y desconocida aún entre las naciones hermanas del Continente.

La antología colombiana es tan extensa como ninguna otra en la América española y por eso no ha podido hacerse completa. El Parnaso Colombiano de Julio Añez, que es el mayor que se ha publicado en la materia, la Antología Colombiana, de Isaza; La Lira Nueva, La Bibliografía de Isidoro Laverde Amaya, La Nueva Antología de Caro Grau, son compilaciones fragmentarias que no dan idea ni de la extensión ni de la calidad del movimiento lírico en Colombia. Es cosa sorprendente que en un país de literatos, no se haya escrito otra historia de la Literatura colombiana que la de Vergara y Vergara, que se refiere unicamente al tiempo colonial, y que las mejores fuentes de información tengan que buscarse en las obras de Menendez Pelayo, Juan Valera y otros escritores extranjeros.

Circulan por ahí en España y América algunos tomos de poesias de José Eusebio Caro, de Vargas Tejeda, Julio Arboleda, de José Joaquin Ortiz, de Gregorio Gutiérrez González, de Cesar Conto, de José Asunción Silva, de Julio Flores, de Guillermo Valencia, de Eduardo Ortega, de Soto Borda, de López

Penha, de Luis C. López y de algunos otros. Ultimamente hicieron una edición oficial de las poesias de Rafael Pombo, en en cuatro tomos, y la compilación de las de Miguel Antonio Caro. Sin salvar los límites de la patria, se han publicado tambien algunos libros de versos, pero la inmensa mayoría de la producción poética de Colombia está disemida en las colecciones de los periódicos y revistas en donde dormirá probablemente el sueño eterno. Si tuviera aquí mi archivo de recortes y libros antiguos, os podría citar mas de veinte poetas de prime orden y mas de cien composiciones notables que no estan en ninguna antología.

Colonizó a Colombia el licenciado don Gonzalo Jimenez de Quezada, el único conquistador letrado que vino a América, y fué este tambien, con su «Compendio historial o Ratos de Suesca», el primer escritor de la Nueva Granada, como se llamó entónces Colombia. No se sabe si Quezada hacía versos, pero es probable, porque entendia de ellos, según dice Juan de Castellanos:

«Y esta dificultad hallaba siempre
Jiménez de Quezada, licenciado,
que es el Adelantado de este Reino,
de quien puedo decir no ser ayuno
del poético gusto y ejercicio;
y él porfió conmigo muchas veces
ser los metros antiguos castellanos
los propios y adaptados a su lengua,
por ser hijos nacidos de su vientre
y estos advenedizos adoptivos,
de diferente madre y extranjera;
mas no fundó razón porque sabía
hacer vesos latinos, que son varios
en la composición y cantidades.»

Pero si no hizo versos, sí hizo sermones, que hacía predicar a los frailes.

Jiménez de Quezada, que descubrió y conquistó el reino de los Chibchas, era hijo de un juez de Córdova y él fué licenciado en leyes, y abogado ante la Cancillería real. Entre expedientes

y alegatos, códicos y sentencias y alternando con letrados y jurisperitos, leguleyos y alguaciles, debió pasar buena parte de su juventud, mientras no lo tentaron las aventuras conquistadoras y militares en las cuales debería sobresalir. Cuando llegó a la meseta andina, que bautizó con el poético nombre de Valle de los Alcázares, se encontró con que dominaba en aquella vasta, bella y feraz región, un Zipa con quien deseó entrar en tratos; pero dice un historiador: «resultó el jefe indio tan astuto y leguleyo como el conquistador y rehuyó varias entrevistas a que lo invitó Quezada.»

Aquí tenéis la razón porque Colombia es no tanto el pais de la poesía, como la tierra de los leguleyos y abogados, de los pleitos y alegatos, de los trámites y el expediente. Al que no le viene del español le viene del indio. Debido a esa herencia del formularismo y la leguleyada todo impulso renovador y toda energía audazmente emprendedora se encuentran detenidos por una enmarañada selva de leyes, disposiciones y fórmulas, dictadas por la suspicacia española o la desconfianza indígena, y entre las cuales se debate un pueblo vigoroso e idealista.

Don Juan de Castellanos, de quien os he hablado, cura de Tunja, que es el primer poeta de la Nueva Granada, que salió de Sevilla a los catorce años, y a los setenta escribió la monumental obra «Elegias de varones ilustres de Indias», en 150 000 versos, es también el caso de fecundidad poética mas portentoso que se conoce, si no fuera aún mas sorprendente su colosal memoria, que al final de la vida, a los setenta años de edad, le permitió escribir esa historia minuciosa, repleta de acontecimientos múltiples y diversos, de nombres y de fechas, que ha hecho exclamar a Menendez Pelayo: «Es el poema mas largo en lengua castellana y quizá la obra de más monstruosas proporciones que en su género posee cualquier literatura.»

«Y si se repara—añade el insigne crítico español—que salió cuando todavía estaba muy léjos de haber triunfado la grande escuela del siglo XVI, no se alcanza bien cómo en las selvas de América llegó a adquirir el dominio de la octava toscana, que a veces construye como maestro, con gran desenvoltura y gentileza. El caso de don Alonso de Ercilla, hombre culto y nutrido con el estudio de los poetas italianos, especialmente del

Ariosto, es muy diverso. Castellanos era un aventurero de ínfima condición: hubo de pasar a Indias de doce a catorce años, sin haber cursado en escuela alguna, que sepamos.»

Y no vayais a creer que este inmenso poema, que mereció los honores de ocupar todo un volúmen de la colección de Rivadeneira, es algún fárrago indigesto y cansador; no, allí el lector encuentra, en medio del desaliño que es natural en tan inmensa cantidad de versos, a más de la interesante relación histórica, rasgos de sutil ingenio, descripciones admirables y hasta teorías astronómicas, náuticas y astrológicas concienzudas, y que sorprenden en un autor que se educó en las batallas y peligros y en el corazón de la América.

Y si este fenomenal poema fué el primer brote poético que nació en tierra colombiana, ¿a qué sorprenderse de que haya dejado una semilla exuberante y prolífica capaz de renovarse por los siglos de los siglos?

Pues a pesar de aquello de «genus irritabile vatum», la poesía se aclimató perfectamente entre los moradores de aquellas tierras,

«Gente llana, fiel, modesta, clara,
leal, humilde, sana y obediente».

como los pinta el mismo Castellanos.

Como entre los conquistadores iban muchos aficionados a los renglones cortos y aún improvisadores como Lorenzo Martín, no es sorprendente que a los pocos años hubiera un buen número de versificadores criollos y resultara un decadente o modernista, que diríamos hoy, como lo fué Domínguez Camargo.

El Doctor Hernando Domínguez Camargo nació en Santa Fé de Bogotá a principios del siglo XVII y escribió varias poesías líricas, entre ellas el famoso poema gongorista «San Ignacio de Loyola». Hablando de él dice Vergara y Vergara: «Camargo tenía verdaderamente talento y fuerzas literarias», y Menendez Pelayo lo juzga así: «Su poema heróico de San Ignacio de Loyola es uno de los más tenebrosos abortos del gongorismo», y cita como un espanto este verso de Camargo:

«Feo hermosamente el Cristo».

Pero yo me permitiría argumentar, a pesar de opinión tan autorizada, que este verso no es más ni menos que el tan elogiado que Guillermo Valencia dijo 300 años después:

«Qué negras son tus canas; oh! trágico sombrio!» y tal vez expresado el concepto con más fuerza por Camargo.

Como una muestra del gongorismo de Camargo, me permito citar dos estrofas «Al arroyo de los Chillos», que no desdeñaría firmar el más empingorotado de los rubendariacos:

«Corre arrogante un arroyo
por entre peñas y riscos,
que enjaezado de perlas,
es un potro cristalino.
....
Bátenle el ijar sudante
los acicates de espinos,
y él es tan arrebatado
que da a cada paso brincos».

Después de Domínguez Camargo pueden citarse entre los versificadores muchos de ellos eclesiásticos y casi todos tocados de gongorismo, a Francisco Alvarez Velasco, José María Valdés, a Manuel García Tejeda y algunos más, que no fatigarán la crítica y dan idea de que la poesía colombiana durante la colonia, fué lo mismo que en toda la América española, con excepción de Méjico, de una pobreza franciscana, si bien en el género ligero y festivo y en el epigrama puede ostentar algunos brotes felices, como este de José Angel Manrique:

Cuentan que cierto cotudo
tenía mas coto que cara;
mandaron que se le ahorcara
por delitos, no lo dudo.
Pasar el cordel no pudo
y se escurrió poco a poco:
el verdugo, medio loco,
dijo, después de caído:
—¡Jamás me había sucedido!
Y el cotudo: —A mí tampoco!

Un cotudo entró muy tieso
a un templo por oir misa,
rociándose a toda prisa
de agua bendita el pescuezo.
Una chusca advirtió en eso
y le dijo muy formal:
«No se cura así su mal,
no haga extravagancias tales;
la agua quita los veniales
y su coto ya es mortal.»

Las fuentes poéticas, que fueron abundantes si bien amaneradas, en la colonia, entre personas de viso y de alguna educación, se cristalizaron mas tarde para formar el delicioso arroyo de la poesía popular, que mas que ninguna otra manifestación literaria, ha contribuído, en aquel pueblo sentimental y vivaz, a darle forma de país cultivador del verso, de tal manera que si los versos se cotizaran como el trigo, el maíz o el cacao, seríamos el pueblo mas rico de la América.

Desgraciadamente los versos no se comen y, si en estos tiempos el hombre puede vivir sólo de pan, no puede alimentarse únicamente de poesía. Esto lo hemos comprendido perfectamente allí y por eso hoy hacer versos en Colombia es signo de impotencia e incapacidad para labores mas provechosas. El poeta es el mas detestable partido matrimonial y por eso se quedan solterones como Rafael Pombo, Julio Flores, Víctor Londoño, Max Grillo, Cornelio Hispano, Alvarez Henao, Ismael López, Climaco Soto Borda, Carlos Villafañe, Maldonado Plata y Julián Páez. El poeta para ser considerado y bien visto tiene que estar, como Luis C. López, tras de un mostrador vendiendo géneros o botines. José Asunción Silva fué también comerciante lo mismo que su padre y entre mis mas gratos recuerdos está una famosa camisa de hilo que me hizo, con su charla elegante, comprarle, siendo yo un jovencito que no podía permitirse esos lujos. El último presidente versificador fué don Manuel Marroquín, hace esto veinte años. Guillermo Valencia no pudo llegar a la presidencia porque se le hizo el gravísimo cargo de ser el primer poeta de Colombia, y don Marco

Fidel Suárez, su competidor que fué presidente, y el actual, general Pedro Nel Ospina, entre sus cualidades tienen una principalísima: no han hecho un verso jamás, lo que en Colombia es rarísimo. Pérez, Núñez, Caro, Marroquín, presidentes que hicieron buenos versos, fueron mediocres gobernantes.

Los leaders liberales Murillo, que fué un gran presidente, y Rafael Uribe Uribe, gran escritor, guerrero y tribuno, se gloriaban de no haber hecho jamás un verso.

* * *

Al hablar de poesía popular no creáis que voy a hacer un erudito estudio sobre las características de esos versos y composiciones generalmente anónimos que brotan espontáneamente del alma popular, encerrando en su sencilla armazón la joya de un sentimiento delicado, de un profundo pensamiento o una sutil melancolía, cuando no un grito de pasión o de dolor. Sería eso un estudio digno de hacerse, pero para el cual se requiere la difícil compilación, aún no intentada, de las poesías populares, algunas de ellas netamente españolas que cursan en nuestros pueblos. Basta a mi propósito presentaros unas muestras elegidas al acaso, de la poesía popular colombiana en regiones diversas, en los llanos y en la serranía, en las tierras cálidas y en las frías. Por ellas podréis formar idea de dos géneros diversos tanto de vida como de expresión poética:

En los llanos de Casanare y Orucué, que son como las pampas argentinas, pero bajo un sol tropical, vive el llanero, que es como el gaucho, ama a su caballo mas que a su mujer y vive del pastoreo del ganado salvaje. Son verdaderos centauros que, después de estar todo el día a caballo, regresan al hato, y en el patio, mientras en la hoguera se asa la novilla acabada de matar, recitan sus romances, como en una melopeya, acompañados de una especie de guitarra que llaman bandolón.

Oid algunos:

Más acá de si sé donde,
juntico de la quebrada
iba yo, ya nochecita,
y hallé la tigra cebada;

no sé qué estaría pensando
el dianche de condenada,
que así que me vido encima
me tiró una manotada.
«¡Huiste!» le dije a la indina,
no sea usté tan mal criada,
que pa saludar a un hombre
no se le tira a la cara.
¿No vé que el morcillo es potro
y que se asusta de nada?

Me llaman el tantas muelas
aunque no las he mostrao
y si las llego a mostrar
se ha de ver el sol clipsao,
la luna teñida en sangre,
los elementos trocaos,
las estrellas apagadas
y el mismo Dios admirao.

Por si acaso me mataren
no me entierren en sagrao,
entiérrenme en un llanito
donde no pase ganao;
un brazo déjeme afuera
y un letrero colorao,
pa que digan las muchachas:
«aquí murió un desdichao;
no murió de tabardillo
ni de dolor de costao,
que murió de mal de amores
que es un mal desesperao».

Un indio que se moría
a su hijo le aconsejaba:
haz de saber hijo mío
que un bien con un mal se paga,

si fueres por un camino
donde te dieren posada,
róbate aunque sea el cuchillo
y véte a la madrugada;
si algún blanco te mandare
que le ensilles el caballo,
déjale la cincha floja,
y aunque se lo lleve el diablo.

Mi mujer está muy brava
porque otra me agasajó,
si yo tengo mi modito
y me quieren ¿qué haré yo?

Mi madre me dió un consejo,
que no fuera enamorao
y si veo una bonita
me le voy de medio lao,
como el gallo a la gallina,
como la garza al pescao,
como la tórtola al trigo
como la vieja al cacao.

Por mujer no se pelea,
si quieren cojan la mía,
que cuando vaya a la villa
yo traigo otra parecía.

Miren el zambo cuadrao
qué orgulloso es al bailar,
con los zapatos prestaos
sí se aprende a zapatear.

Si te quieren no me opongo
aunque fueran más de dos,
que el más bobo amarra el bongo
aunque venga de patrón.

Esta es una muestra del galerón de los llanos, que cantan en sus joropos o baile popular, los bailadores y un improvisador contratado y que hace parte de los músicos.

No es posible hablar de poesía popular colombiana sin mencionar al autor de *Cantos populares de mi tierra*, al gran poeta negro Candelario Obeso, de pura raza africana.

Candelario Obeso, de quien se han olvidado los modernos escribidores es una de las legítimas glorias de nuestra democracia por su esfuerzo personal, su gran inteligencia y vasta ilustración que adquirió.

Oriundo de la histórica ciudad de Mompox, en las riberas del Magdalena fué en su niñez boga, o barquero, en el río. Aprendió a leer a los 20 años y a los 30 había escrito una novela, una comedia, varios poemas, una bella traducción del Otelo de Schakespeare y era maestro en inglés, francés e italiano, escribiendo métodos para aprender estos idiomas, conocía el hebreo, el griego, el latín, y era un escritor originalísimo.

Alto, de recia contextura, era un negro arrogante y gallardo que, por haberse enamorado como un Otelo, de una bella mujer de la aristocracia bogotona, vivió desesperado y maldiciendo la negrura de su piel, único obstáculo a la realización de sus sueños de amor.

Fundó una admirable revista, *Lecturas para tí*, dedicada únicamente a la mujer amada que lo desdeñaba y tal vez lo temía.

Antonio José Restrepo, que aún vive para gloria de la oratoria colombiana, viendo un día a Candelario Obeso desesperado, porque la mujer adorada se iba a casar con otro, le improvisó unos versos, cuyo final apenas recuerdo:

No más cantos, no más, si la hermosura
por otro no por tí de amor suspira,
si no hay una mirada de ternura
que haga vibrar las cuerdas de tu lira,
echa sobre ese amor una mortaja,
viste las vestiduras de un querube,

que del revuelto mundo en la baraja,
ella es la carne que a la tierra baja,
tú eres el genio que a los cielos sube.

Candelario Obeso, como ya os he dicho, fué un feliz intérprete de la poesía popular, esa poesía de las regiones cálidas de las riberas del Magdalena, que es muy distinta de la poesía de las partes altas y frías.

Oid la canción del «Boga ausente», del gran negro poeta:

Qué trijte que etá la noche,
la noche que trifte etá:
no hay en er Cielo una estreya...
remá... remá!

La negra re mi arma mía,
mientrá yo brego en la má,
bañaro en suró por ella,
qué hará?... qué hará?

Tar vé por su zambo amáo
doriente suspirará;
o tar ve ni me recuécda...
Llorá... llorá!

La jembra son como é toro
lo réta tierra ejgracía;
con ácte se saca er peje
der má... der má!...

Con ácte se abranda el jierro,
se roma la mapaná;...
cotante y ficme, la penas;
no hay má... no hay má!..

Qué ejcura que está la noche;
la noche que ejcura etá;
asina ejcura é la ausencia...
Rogá... bogá!...

Por fortuna están en esta ciudad actualmente cuatro auténticos representantes e intérpretes de la bella música colombiana y de la poesía popular de aquella tierra privilegiada en donde la orquestación de una naturaleza exhuberante y sonora ha saturado las almas de un instintivo amor a la música y a la poesía, que se traduce en sus cantos populares, de los cuales tendréis ocasión de oír algunos.

Los señores Escobar, Wils, Martínez y Ortíz recorren en estos momentos la Américae española no enviados por su gobierno a la manera de embajada artística, como debiera ser, sino como trovadores, folkloristas, que vienen a tocar al pié de las almenas de vuestros castillos y al frente de las floridas rejas de las hermosas la serenata del cariño y amor del pueblo colombiano al pueblo chileno.

Por ellos y en los instrumentos nativos de Colombia como son el tiple y la bandola, acompañados de su madre la guitarra española, váis a oír lo que es un joropo de los llanos, allá en las orillas del Arauca, aquel río que, como dije en una ocasión, no nos divide con Venezuela sino que nos une:

El Arauca nos une, no nos separa,
pues mientras haya troncos y bateleros,
venimos en el bongo o en la curiara
a darnos el abrazo de compañeros.

Joropo alma llanesa.

En las sierras y en los valles, en las tierras calientes y en las frías, en las ventas del camino los días de fiesta, en los bailes populares y en los jolgorios caseros, el pueblo, que ama la música y la poesía, improvisa sus coplas y las canta al son del torbellino y del bambuco, aires nacionales de delicioso ritmo y cadencia, cuyo origen es africano, y que bailan a la manera de la jota española o de la cueca chilena, pero haciendo figuras más complicadas y rítmicas.

El torbellino es más bien de las tierras altas y frías, de la sabana, y se ha ido extendiendo hasta las tierras cálidas del Magdalena. Es en tono mayor y más alegre que el bambuco.

El baile es muy parecido a la cueca chilena, aunque más rápido y extendido.

Quéreme chinita.

¿El bambuco? Si fuerais colombianos no habría para que deciros lo que es el bambuco, esa música que hace vibrar el alma de todo colombiano con inusitadas remembranzas, idealismos y saudades, y en la cual debió inspirarse nuestro himno nacional si quería traducir una emoción del alma colombiana. Y como mis palabras serían impotentes para daros una idea del bambuco a cuyos compaces se baila esa danza colombiana lo mismo que en el aristocrático salón que en el patio rodeado de naranjos del rancho del labriego, que venga el gran poeta Pombo y os diga:

Para conjurar el tedio
de este vivir tan maluco
Dios me depare un bambuco,
y al punto, santo remedio.

Buena orquesta de bandola
y una banda de morenas,
de aquellas que son tan buenas
que casi basta una sola.

¡Lejos Verdi, Aubert, Mozart!
Son vuestros aires muy bellos,
más no doy por todos ellos
el aire de mi lugar.

Justo es que nadie se albe
de inventor de aquel cantar
que es de todos, a la par
que el cielo, el viento y el ave.

Del Carchi hasta Panamá
nuestros niños lo adivinan,
nuestros pájaros lo trinan
y en nuestras brisas está.

....

Nuestros rústicos con él
cantan al recién nacido
y él les sirve de gemido
de una tumba en el dintel.

....

Doma con él los rigores
de su Filis un patán,
mejor que el mismo don Juan
con su almanaque de amores;

Hay en él más poesía,
riqueza, verdad, ternura,
que en mucha docta obertura
y mística sinfonía;

Y así respóndele fiel
El corazón donde llega:
con él el alegre juega
y el triste llora con él.

....

Porque ha fundido aquel aire
la indiana melancolía
con la africana ardentía
y el guapo andaluz donaire

Pinta luego el poeta un baile campestre en donde se baila el bambuco «en un salón de palmares» y la mujer y el hombre se buscan y se huyen bailando para detenerse y cantar al compas del bambuco:

«La una pareja cantando
la otra vivaz respondiendo,
las coplas que iban diciendo
iba el amor enseñando».

«Poesía humilde era aquella,
pero en espontaneidad,
bella como la verdad
y a veces triste como ella».

Ahora vaís a oír la música y la poesía del bambuco y podreis apreciar cuanta verdad hay en las estrofas del gran poeta Pombo.

Tropical. Van cantando por la sierra,

Y, a mi vez, voy a recordar unas de tantas coplas que he oido improvisar o recitar al compás de los bambucos y que ninguna antología ha recogido hasta hoy:

Oid algunas y figuraos que son dichas al bailar:

La piedra, con ser la piedra
tambien siente su dolor,
brota lágrimas de fuego
al choque del eslabón.

Muy bonita es mi chatica,
sólo un defecto le hallé,
no tiene los ojos negros,
pero yo se los pondré.

La boca la tengo fría,
color en la cara no hay
tanto que se hecha de ver
cuando uno se queda p'uay.

En el patio e mi casa
tengo un cerezo
y cuando yo me case
cómo será eso!

Chanchiros es en el lenguaje del pueblo los harapos, y chanchiriento vale tanto como harapiento. Así comprendereis la poesía y amor de la siguiente cuarteta:

Qué haremos, mi bien, qué haremos
tan chanchirientos que estamos?
Juntemos nuestros chanchiros
y un sólo chanchiro hagamos.

Y esta otra que dice una india desenvuelta:

Esto fué lo que saqué
de fiestas en Turmequé:
las naguas hechas chanchiros
y el chino puro a buste.

Como podréis apreciar la característica de estas coplas populares es el vigor pictórico y concentrado de una situación o un hecho, lo que las distingue de las coplas españolas, las cuales son más sentimentales y amargas que descriptivas.

A veces las improvisaciones toman el carácter de un torneo agresivo y celoso; la muchacha gentil y sonrosada se para y con los brazos en jarras le suelta una copla al mozo, y éste, a las pocas vueltas, se detiene tambien y le replica. Recuerdo una de estas. Ella dice:

El cuero para zurrones
ha de ser blanco y bermejo,
al hombre, pa que sea bueno,
hay que quitarle pellejo.

Y él contesta:

El amor de las mujeres
es como el del gallinazo,
que si la carne se acaba
al hueso no le hace caso.

Sigue el bambuco en sus variadas figuras, el mozo se detiene y dice:

Eres niña muy ligera
y en tus amores muy loca,
eres como la campana
que cualquiera llega y toca.

Y la airosa muchacha toma pié en el último verso, dá una vuelta y repica:

De poner tengo un freno
para tu boca,
eres cual potro serrero
que el amansarlo provoca.

Entonces él, picado y rencoroso, piensa sin olvidar el compás y las figuras, se para y suelta ésta:

El amor de esta serrana
es como el de la gallina,
que cuando se aleja el gallo
a cualquier pollo se arrima.

Se colorean las mejillas de la moza garrida y gentil, baila con mas brío y poniendo los brazos en asa, se detiene y contesta:

Eres como el pollo enano
que soltaron al corral,
que cuando divisa al gallo
ya no se atreve a cantar.

Eduardo Talero, en uno de sus deliciosos cuentos de su raro libro «Ecos de ausencia», describe otro torneo en coplas populares. En el escenario de un rico fundo cafetero y ganadero pone el autor a la hermosa muchacha Jacinta, campesina cuyo amor se disputan dos mocetones, Blas y Tobías, tipos diversos, uno oriundo de la llanura y el otro de la montaña. Dice así:

«Uniéndose luego al coro de las demás cantadoras dispersas bajo el naranjal, y acompasándose con el sonido rítmico de los chorros de leche al levantar borbollones de espuma en la vasija, Jacinta entonó con voz fresca y vibrante este canto picaresco:

Vos decís que me querés,
y te hacés indijerente,
¡No seas tan dejiera maña!
¡No seas tan puenteramente!

Blas, otro joven labriego de los mas decidores de la hacienda, barbeaba a un ternero a pocos pasos de Jacinta, y al acabar

ésta su trova, clavó en el ramo de rosas una mirada de acero, y atisbando de soslayo a su rival Tobías, cantó de esta manera:

Dios guarde a la ña Jacinta
de ese montuno traidor,
que sólo con florecitas
quiere robarme su amor.

De repente, tras corta pausa de silencio, Tobías, de entre uno de los grupos mas numerosos, lanzó el grito prolongado que usan como preludio de la canción, y rasqueando melancólicamente el tiple cantó así:

El tiple que estoy cantando
tiene boca y sabe hablar;
sólo le faltan los ojos
para ayudarme a llorar.

Todos comprendieron que aquella se dirigía a Jacinta, e instintivamente buscaron con la vista el grupo donde estaba Blas.

No tardó éste en lanzar también su grito largo de preludio, y bordoneando una guitarra dijo con voz vibrante:

El garrote que yo cargo
es duro y sabe apalear
al nene de la montaña
para que pueda llorar.

Los rumores que siguieron a esta estrofa indicaban que los oyentes ya estaban todos interesados en el torneo; y sobre todo, que acababan de encenderse sus rivalidades de montañeses y llaneros, pues así lo demostraba esta estrofa que cantó con voz firme otro de los mocetones:

En la llanura se esconden
el pajonal y el ratón,
pero allá arriba en el monte
vive entre robles el león.

Tras un agitado comentario entre los llaneros, Blas cantó con mal disimulada ira:

Si es el montuno tan jiera,
yo lo quiero ver capiar
dentro de una corraleja
al toro que he de torear.

Un aplauso ruidoso se propagó por todos los corredores.

Esa trova daría lugar a la fiesta mas interesante en esos campos: el duelo a torear.

Como la disciplina en esas casas de campaña que conservan aún el rigor de los antiguos feudos señoriales es tan estricta, nunca llega el caso de que dos hombres se vayan a las manos dentro de la hacienda. Lo que hacen generalmente es desafiarse para cuando suban al pueblo, o apelar, como recurso extremo, a la prueba de torear los contendientes al toro mas feroz, hasta que uno de los dos quede fuera de combate.

Esta costumbre es quizá reminiscencia del juicio de Dios medioeval, en armonía con el heredado gusto por el toreo y con la reliquia hidalga de las justas tradicionales.

La contestación de Tobias, cantada a voz en cuello, no hizo sino complementar los trámites del duelo y encender más el entusiasmo.

He de mirar al llanero
tan lamido y jundillón,
bajo el jocíco del toro
que nos diga ñor Foción.

Naturalmente, ñor Foción había seguido, con interés las peripecias del reto, y al oirse nombrar juez de armas por sus futuros yernos, se incorporó sobre una bolsa de café y aplaudió como un fenético con sus manos descomunales.

Aquello iba a ser el colmo de su gloria: la hija de un matador de tigres, disputada en la arena de la lucha por dos bravos mocetones, al frente de Relámpago, toro muchas veces asesino, que el viejo ya tenía elegido para la lidia proyectada.

Jacinta se arrebiató, como ella decia, a la voluntad de su taita, cantando con voz triunfal:

Si se han de ranchar asina
de mal modosos los dos,
¡velay! que el toro dicida
por la voluntad de Dios..

Las últimas notas de este canto trágico fueron ahogadas por el tañido de la campana de la hacienda, que en ese instante se bamboleaba en el campanario de la capilla señorial, dando para los trabajadores el toque de queda.

Me haría interminable y fatigoso si con la hoz de la investigación y el recuerdo entrara en esa frondosa y casi ignorada selva de la poesía popular colombiana, de la cual apenas os he mostrado, como los exploradores de Canaan, unos pocos racimos que muestran la fertilidad del campo inexplorado y algunas coplas que son verdaderos poemas concentrados o encierran mas doctrina que una sentencia de Benavente o de la Rochefoucault como la siguiente, que oí en un baile campestre y que debió tener origen en el consejo que una vieja daba a su nieto que emigraba:

Quien toma agua en calabazo
y se casa en tierra ajena,
no sabe si el agua es clara
ni si la mujer es buena.

Ya que merced a la artística colaboración del Cuarteto colombiano esta Conferencia se ha ilustrado de grata manera y lo que hubiera yo podido decirnos sobre la música de nuestra poesía popular, os lo han hecho sentir los admirables artistas de mi tierra, quedaría incompleta esta parte si no oyerais lo que pudiéramos llamar la parte clásica de la música colombiana, es decir, *el pasillo*, que a juzgar por su nombre es el otro extremo del paso doble español.

El pasillo se baila como el vals y es un baile que el maestro Cifuentes llama redondo. Es danza de sociedad y preferida a cualquiera otra en los grandes salones. Los compositores nacionales como Ponce de Leon, Melo, Figueroa, Morales Pino, Murillo Calvo de Velazco han hecho del pasillo una pieza musical *sui géneris* y producido en este género obras de arte y cadencia admirables.

El pasillo es netamente colombiano pero como ha pasado las fronteras ya se imita en el Ecuador, en Venezuela y en Centro América si bien no han alcanzado la perfección de los maestros colombianos.

Lo mismo pasa con nuestras canciones que van por toda la América deleitando con su poesía y su música y perdiendo la marca de fábrica para transformarse, sin perder la letra ni variar la música, en canciones argentinas, venezolanas, peruanas o ecuatorianas.

Aquí oí, en el Teatro Unión Central «la serenata», música y letra de mi amigo el poeta colombiano Alejandro Flores, cantada como canción argentina que venía de los teatros de Buenos Aires.

El gran compositor Emilio Murillo tuvo la patriótica y hermosa idea de hacer una selección de música para bandas y orquestas con motivos nacionales de bambuco, torbellino y pasillo, y la presentó al gobierno con el objeto de que fuera enviada, por medio de las Legaciones, a los países extranjeros, para ser divulgada.

El Presidente actual de Colombia, hombre que ha viajado y conoce las civilizaciones extranjeras y que sabe que el arte, la música y la poesía, son también riqueza y productos nacionales dignos de hacerse conocer, acogió con entusiasmo la idea de Murillo y la hizo poner en práctica.

Esa selección llegó a Chile y el maestro don Alejandro Muñoz, Director de las bandas del Ejército, que la estudió con entusiasmo y supo apreciar su originalidad y mérito, seleccionó a su vez setenta músicos para interpretarla. En una de las audiciones especiales que ha inaugurado con tanto éxito el Maestro Muñoz, se tocaron en días pasados los aires colombianos, en la

plaza de la Moneda y, no es difícil que los oigamos proximamente en algun teatro.

Creo oportuno ya que me he entrado por los campos, para mi profános, de la música, citar lo que dice sobre nuestros aires nacionales Emilio Murillo explicando el orígen de *El Bambuco*, *El Torbellino* y el *Pasillo*.

Dice así: «El primero, es un aire importado a Colombia y a la isla de Cuba por los negros de Africa que eran llevados a esos países por los dueños de minas y haciendas para sus trabajos.

Esos individuos como todos los de razas de color son intensamente musicales; así vemos que en Estados Unidos del Norte, los cantos más melodiosos son los de las colonias del Sur. Pero en el ya mencionado aire colombiano llamado *Bambuco*, existe una originalidad no comparada a ningún otro tema explotado: quizá el alejamiento de los centros civilizados en que ha estado nuestro país, no ha permitido que ningun músico inteligente haya puesto mano sobre él para culturarlo y presentarlo en una forma desmonotonizada. Puede afirmarse que el tema de este género que se presenta en la fantasía, es el primero que ha de escucharse en forma civilizada.

En la isla de Cuba existen algunos motivos musicales que se acercan al movimiento del *Bambuco*, pero, difieren algo. Ese parecido demuestra el común orígen de ellos, pues, a Colombia y a Cuba, vinieron durante largo tiempo expediciones de negros de una misma región de Africa y por lo tanto es esta la demostración de por qué existen dos pueblos, únicos quizá, con este aire musical. Es del mayor interés que los expertos en estas materias presten atención a la música colombiana, por que la poca dedicación de técnicos observadores que seleccionen la música autóctona de estos países, ha impedido que estos aires musicales, que han cantado pueblos vírgenes durante varias generaciones, y que merecen muy bien la atención de los hombres capacitados, hayan sido cultivados debidamente.

Puede ser lo mas probable que los individuos de raza negra traidos a nuestras costas lograron ponerse en contacto con los del interior y les transmitieron los temas ya enunciados del *Bambuco*. Esos motivos musicales son de una importancia ma-

yor que el *Tango*, por ejemplo, que a tan grande altura han sabido colocar los argentinos; y desde luego, llevan en sí mayor interés que muchos de los trozos de música que aparecen como regionales en los paises que estuvieron bajo la prodigiosa civilización Incaica, parte del Ecuador, Perú y Bolivia.

«*El Torbellino* es una derivación del *Bambuco* y parece haber sido desarrollado por los mismos que importaron este, pero cambiado por la introducción de instrumentos distintos. *El Torbellino* se toca en las regiones altas, de clima frio, en donde los habitantes se dedican a la producción de carbón vegetal y a muy precaria agricultura. Las cadencias que se encuentran en el desarrollo de la fantasía son tomadas exactamente de los instrumentos indígenas ya mencionados y que tanto en los climas cálidos como en los frios se ejecutan. Estas cadencias, dolorosamente tristes, son el reflejo viviente de los sufrimientos que estas razas indígenas tuvieron desde la época del dominio de España. Por eso estos motivos adolecen, como casi todos los temas autóctonos de los paises de la América del Sur, de una tristeza monótona. El esfuerzo del compositor que quiera presentar con patriotismo, los temas de su tierra, debe cuidar de romper la monotonía y tristeza ancestrales que ellos tienen, pero evitando siempre que pierdan su carácter distintivo.

«El llamado *Pasillo*, es un movimiento como su nombre lo indica de un paso corto del vals. Este fué importado quizá por los músicos españoles que vinieron al país en la época de la Colonia y que desaparecieron despues de España, pues, en ninguna obra española se encuentra este movimiento por parte alguna. No obstante, el hecho de parecer venido con los españoles, no carece de originalidad, demostrable en la ejecución de cualquier trozo de música de este género por quien no sea colombiano. Este movimiento fué regado por los paises que pertenecieron a la Gran Colombia, y que son hoy Colombia, Venezuela y Ecuador. En ninguna otra parte de la América del Sur se conoce este movimiento, y cuesta gran dificultad hacerlo ejecutar por quienes no son de estos países; de aquí que juzguemos este aire musical de importancia.

«En Venezuela se toca el *pasillo* en un tiempo más vivo que en Colombia y se llama *valse criollo*, habiendo sido ya bastante

explotado. En Colombia ha sido muy poco cultivado como en general toda música colombiana, y en el Ecuador se ejecuta en un tiempo más lento y tan sólo los compositores Sixto Durán y Pedro Ortíz han trabajado este género de música.

«A aumentar mi entusiasmo—termina Murillo—para hacer una verdadera propaganda en favor de la música colombiana, ha contribuído el constarme el hecho cierto de que el gran director de ópera Alfredo Padovani, compañero de Caruso, quien estuvo el año pasado en Colombia con la selecta compañía de ópera Bracale, al oir esta misma fantasía, sorprendido por la rareza y exotismo de los temas, obligó a los autores a sacar copias a fin de hacer conocer en el exterior esa música que él calificó de «*absolutamente nueva en la historia del mundo y con la cual se deberá hacer una ópera para sorprender en los teatros del viejo continente.*»

Ahora vais a oir uno de los aires más populares La Guabina que se canta y se baila entre los montañeses de Antioquía y el Tolima, y una danza cantada, en la que apreciareis la seductora poesía popular descriptiva y la dulzura y melancolía de su música. Y termina con esto la primera parte de la Conferencia, para tratar en la segunda y última de los Improvisadores.

*
* *

He oído, tanto en España como en algunas repúblicas americanas, esta pregunta: ¿De dónde proviene esa disposición innata en el colombiano para la poesía y esa afición extraordinaria por los renglones cortos? Y, a decir verdad, no creo que haya quien pueda responder a esta pregunta, por más que vivamos unos tiempos en los que se pretende saber todo, y cuando no se sabe se inventa. El hecho existe y no es de ayer, y tanto en las naciones limítrofes, Venezuela, Ecuador, Perú, como en la América Central, en Méjico y las Antillas, es muy común la creencia de que todo colombiano hace versos.

El escritor argentino don Miguel Cané, dice: «Es la tierra de la poesía; desde el hombre de mundo, el político, el militar, hasta el humilde campesino, todos tienen un verso en los labios, todos saben de memoria las composiciones poéticas de los

poetas populares.» «¡Fáciles!—agrega el sagaz diplomático—he ahí el rasgo característico intelectual de los colombianos. No es posible imaginarse una expontaneidad semejante. Aturden, confunden. En una mesa cuando, a los postres, el vino aviva la inteligencia y la alegría común hace chispear el cerebro, ¡qué irrupción aquella de cuartetas, décimas, quintillas! Se dan piés forzados, eligiendo voces extrañas, que envuelven siempre antítesis inconciliables. El tiempo material de llenar los renglones, y he ahí una composición completa, llena de chispa, sabrosa de oportunidad.»

Esto no fué únicamente peculiar a los tiempos de Gutiérrez González, Rafael Pombo, Manuel Marroquín, Ricardo Carrasquilla y los poetas del «Mosaico», tiempo que observó don Miguel Cané. Recuerdo a este propósito de los piés forzados a un notable improvisador, don José Miguel Montalvo, pariente cercano del célebre don Tomás de Iriarte, quien nació en 1783, en una población del Tolima. Cuentan que habiendo caído prisionero de los españoles, como oficial del ejército libertador, fue conducido en medio de una escolta a Bogotá. Durante la marcha dijéronle al oficial de la escolta que Montalvo era improvisador, y aquél, por entretener el fastidio del viaje, lo llamó y le dijo: Vamos, insurgente, hazme una quintilla con pié forzado, y te doy un patacón. (Patacón se llamaba entonces el peso fuerte de plata, lo que hoy en España se dice un duro).

Veamos el pié forzado (1) replicó Montalvo. Y entonces el oficial para ver como salía del apuro, le dió este pié:

Viva el séptimo Fernando,
con su fiel y leal nación.
—Pero es con la condición
de que en mí no tenga mando,
y venga mi patacón.

Concluyó inmediatamente Montalvo, alargando la mano para recibir la moneda, que le sirvió para cenar aquella noche.

Innumerables ejemplos pueden citarse de la facilidad de los improviuadores en aquella tierra que ha dado repentistas ver-

(1) Vergara y Vergara «Historia de la Literatura», pág. 400.

daderamente admirables como Joaquín Pablo Posada, César Conto, Julio Arboleda, José Manuel Lleras, José María Pinzón Rico, Jorge Pombo, Julio Añez, Edmundo Cervantes. Eduardo Ortega y algunos más. Para muestra os citaré algunos brotes del ingenio de los improvisadores más conocidos.

Joaquín Pablo Posada de quien dice Menendez Pelayo que «es digno del mayor encarecimiento por sus admirables dotes de versificador, en que pocos o ninguno de su tierra le ha igualado», nació en Cartagena de Indias en 1825 y murió en 1880.

Posada es el versificador de más espontánea facilidad de América y puede hombrearse con los más fáciles poetas del siglo de oro de la Península. Siendo apuesto caballero, de limpia prosapia, llevó una vida agitada de bohemio y por eso la mayor parte de sus poesías son en demanda de dinero. o, como las del «Alacran» y los «Camafeos», críticas acerbas e ingeniosas a sus enemigos políticos o personales. Muchos nombres perduran en la historia de Colombia clavados por la sátira de Posada, como insectos en un museo. Tal es el poder del genio, que inmortaliza hasta lo mismo que denigra.

Cuentan que, no sé si en la Habana o en Bogotá, una vez fué acusado Posada de vagancia y que él se defendió con la siguiente décima improvisada:

Hurtar, no se puede hurtar,
pedir prestado, tampoco;
destino, aunque sea de paco.
no me lo han querido dar.
Mis hijos sólo llorar
saben, mi pobre mujer
aún tras tanto padecer,
Señor, no quiere se mala,
con que, pregunto a la sala:
¿Qué otra cosa puedo hacer?

Esta décima no se halla en ninguna de las composiciones de Posada que han sido publicadas, pero la paternidad no es dudosa y el caso tampoco pues en 1874, bajo el gobierno de don

Santiago Perez, se lamentaba Posada de su situación en una carta en verso que dirigió a Martin Guerra, en la cual campea la siguiente décima, hermana legítima de la anterior:

Que el aguardiente y el vino
fueran motivo o pretexto
y esto en razón lo hallo puesto,
para no darme destino,
santo y bueno; más no atino
qué motivo, que razón
tenga la Administración
de nuestro amigo Santiago,
para obligarme a ser vago
por no poder ser ladrón.

Puede decirse que Joaquin Pablo Posada murió improvisando: Estaba en Barranquillas postrado en la cama, y cuatro horas antes de morir supo que su amigo el poeta Ismael Ocampo había llegado de Bogotá de paso para Nueva York, a donde se dirigía comisionado por el Gobierno para comprar unos rifles. Joaquin Pablo tomó el lapiz y le dirigió la siguiente misiva:

Acabo de recibir,
aviso de que has llegado,
y aunque en la cama postrado,
preparándome a morir,
quiero un punto sacudir
la flaca naturaleza;
de mis miembros la torpeza
al mismo tiempo sacudo,
y por darte este saludo,
saco fuerzas de flaqueza.

En ir yo mismo al hotel
muy grande placer tendría,
pero ¡ay! la homeopatía
es un régimen cruel.

En consecuencia, Ismael,
si es anhelo que arde en mí
de estrechar tu mano, en tí
acaso un eco levanta;
ven: la distancia no es tanta
de tu alojamiento aquí.

Contra la arena importuna
hay el recurso del coche;
y para venir de noche,
tendrás de antorcha la luna.
No te cause pena alguna
presentarte en casa tarde;
si me dices que te aguarde,
haré más: te esperaré,
y luego te irás a pié,
si no te has vuelto cobarde.

Te anticipo la promesa
de no hablarte de política,
ni de la situación crítica
que nuestra patria atraviesa;
pero si tu cuerda es esa
no restringiré en verdad
tu individual libertad:
echa escamas de tu lomo,
por que yo ignoro como
se dá la hospitalidad.

Te advierto, eso sí, y espero
que esto te baste y te sobre,
que, como nunca, estoy pobre,
casi, casi pordiesero.
Sé que vienes con dinero,
y sé en que lo invertirás,
pero dime: ¿no podrás,
pues tienes poderes plenos,
llevar un rémington menos,
dejando un esclavo más?

Yo no me lanzo a mayores
me limito a ínfima cuota;
a una yanqui *morrocota*
que implica veinte favores,
quiero decir, dos *condores*,
que son cien francos franceses,
cuatro libras entre ingleses,
en el Perú veinte soles,
veinte duros españoles,
veinte mil reis portugueses.

¿Lo creerás? Sólo al pensar
que me harás este favor,
me estoy sintiendo mejor,
me vas tal vez a curar...
¡Es tan dulce el esperar!
¡Es tan bella la esperanza!
Pero el tiempo no me alcanza;
son las cuatro. Hazme feliz
de una vez. La portatriz
es de toda mi confianza.

POST-SCRIPTUM

Como lo ves, ya ni un lampo,
ni un tenue y vago reflejo
le queda a este pobre viejo
de su inspiración, Ocampo.
Lo siento tal cual lo estampo
de improviso en el papel;
pero sabrás, Ismael,
como de veras lo digo,
que soy, a más de tu amigo,
servidor adicto y fiel.

Cuando Ocampo llegó a ver a su amigo, al desgraciado poeta, lo encontró muerto.

Cesar Conto, que fué uno de nuestros más brillantes repentistas, nació en Quibdó, Estado del Cáuca, en 1836. Doctor en

Jurisprudencia, Diputado liberal. Orador fácil, revolucionario convencido, Secretario del Tesoro, Magistrado de la Corte Federal y Presidente del Estado del Cauca y Cónsul General en Londres, murió en el ostracismo desterrado por la reacción conservadora de 1885, que todavía impera en el país.

Conto ha sido uno de los valores más auténticos de la literatura colombiana: Sus «Apuntaciones sobre la lengua inglesa» (libro que consultan los mismos ingleses), su «Curso completo de lengua italiana» y sus artículos sobre crítica castellana lo acreditan como filólogo concienzudo. De sus poesías se han hecho dos ediciones, ambas incompletas, una en Londres y otra en París.

Vais a ver con qué bella facilidad y donaire pinta Joaquín Pablo Posada en sus «Camafeos» la escena en que conoció a Conto y cómo apreciaba sus facultades de improvisador:

El año—no estoy seguro
de setenta y—dos—o tres,
para mi caso igual es,
por precisar no me apuro;
al fin de un zaguán oscuro
de un hotel de Bogotá,
(que ha desaparecido ya),
se encontraba una cantina,
cuya *cajera* divina,
por más señas, muerta está.

Eran fiestas nacionales
y hubiera sido desaire
no echar una cana al aire
sobre todo en los Portales;
los Portales en los cuales
se encontraba, por mi dicha,
la cantina supradicha
subyacente del hotel;
y entré en el local aquel
una noche a tomar... ¡chicha!

Rodeaban el mostrador
seis o siete *amigos* míos
que despachaban con bríos
sendas botas de licor,
se hallaban en lo mejor
al momento de mi entrar,
y sin darme tiempo a hablar
me gritaron: ¡llega pronto!
¡Aquí está el rival de Conto!
¡Que improvise!... ¡A improvisar!

No era ponerme en suplicio
eso que se me pedía,
porque entonces yo lo hacía
por costumbre y por oficio.
Sin hacer, pues, sacrificio,
de repente les espeto,
al acaso y sin objeto,
unas cuatro redondillas,
número igual de quintillas,
tres décimas y un soneto.

Se encontraba en la reunión
un joven de bella faz,
de ojo negro, vivo, audaz,
más de mirar socarrón.
Un sombrerito raspón
llevaba, de majo a guisa:
sobre la pura camisa
se había puesto la *ruana*,
como suele en la sabana
un *orejón* ir a misa.

Dejando a un lado la ropa:
a cada décima mía
el mozo se sonreia
y trasejaba una copa.

Yo que ardo como estopa
y que no era muy cobarde,
sin que esto se tome a alarde,
le dije: «Señor doctor:
¿Sabe usté hacerlo mejor?
Pues hágalo que ya es tarde».

—¡«Ah! ¡con que el turno me toca!»
dijo el mozo sin asombro,
echando la ruana al hombro,
y mojándose la boca.
Al momento se destoca
con aire de caballero;
tira lejos el sombrero,
y con aplomo admirable
y con gracia inimitable
prorrumpe... ¡Adiós mi dinero!

Habla como de memoria,
cual si estuviera leyendo,
A su gusto disponiendo
de la Fábula y la Historia,
las reglas de la Oratoria
no olvida en tales instantes,
y sin aires petulantes
brota, en forma de simplezas,
Tequendamas de bellezas,
Niágaras de consonantes.

Con cada palabra mía
hace una décima suya:
que no me la restituya
pues yo la profanaría.
Con singular maestría,
sin vacilar un segundo,
con giro siempre rotundo,
sin dejar de ser conciso,
puede, hablando de improviso,
darle dos vueltas al mundo.

Deben, a este trovador,
los repentistas de Italia
descalzarle la sandalia
de hinojos y con temor.
En mi caso, el estupor
tapó mis entendederas;
y acá *inter nos* y de veras,
pienso que escuchando a Conto
se calla, por que no es tonto,
hasta José Manuel Lleras.

De Cesar Conto se conservan algunas felices improvisaciones. Sobre el tema, el amor, hizo la siguiente:

El amor es tan tirano,
tanto en el mundo campea,
que él es la primera idea
del entendimiento humano.
Tengo la prueba a la mano:
versos piden con ardor
—¡Que improvise; sí, señor!
—¡Que le den un tema a Conto!
Y el que se ocurre mas pronto
es el tema del *amor*.

No hay caridad desde luego
en presentarme ese tema,
¿pues no saben que se quema
el que juega con el fuego?
Se expone a quedarse ciego
aquel que con mucho ardor
contempla el vivo fulgor
de ese astro resplandeciente,
y, talvez ya tarde, siente
cómo consume el *amor*.

Astro dije, y dije mal,
pues el amor es un bicho
que atormenta por capricho
a todo ser racional:
nos brinda copa letal
en que el placer y el dolor,
la esperanza y el temor
van mezclados de tal suerte,
que el mismo a quien dá la muerte
muere cantando al *amor*.

En otra ocasión le dieron el tema «mujer» y prorrumpió sin vacilar.

Después que Dios hizo el mundo
todo armónico y perfecto,
desde el hombre hasta el insecto,
desde el astro al mar profundo,
quiso dar de su fecundo
inagotable poder,
nueva muestra en otro ser
que probara su grandeza:
hizo un tipo de belleza
y dió aliento a la *mujer*.

El hombre a veces se afana
por la gloria, por la ciencia,
y consume su existencia
siguiendo una sombra vana;
más se olvida del mañana
y del hoy y del ayer,
y de cuanto puede haber
que despierte su ambición,
si turba su corazón
el amor de una *mujer*.

Sobre el tema «los mejores ojos son» de una canción popular, improvisó la siguiente décima:

Ojos azules hay bellos,
hay ojos pardos que hechizan
y ojos negros que electrizan
con sus vívidos destellos;
pero fijándose en ellos
se encuentra, que; en conclusión,
«los mejores ojos son,
por más que todos se alaben,
los que expresar mejor saben
lo que siente el corazón».

———

A Julio Arboleda el gran poeta y guerrero, autor del poema «Gonzalo de Oyon», encomiado por Menendez Pelayo, quisieron ponerlo una vez en aprieto dándole de pie forzado: aconsonantar la palabra «indio» que, como se sabe, no tiene consonante. Arboleda no se dió por vencido y exclamó: .

En la montaña del Quindio,
digo mál, fué del Quindío,
por no morirme de frío
me fuí a acostar con un indio».

En la revolución de 1876, después de la batalla de Garrapata una de las más sangrientas de entonces, pasa el coronel José Manuel Lleras con otros oficiales por el camino hacia Bogotá, a llevar al Presidente de la República el parte del triunfo, y se encuentra a la vera del camino, bajo un árbol, al doctor Aníbal Galindo, notable hombre público autor de «Las batallas decisivas de la Libertad», libro de fama.

—Dile al Presidente—exclama el doctor Galindo al ver al Coronel Lleras—Que he prestado mi contingente al triunfo liberal. No se te olvide.

Entonces el Coronel que era un chispeante improvisador le replica:

Voto a las musas del Pindo!
que yo diré al Presidente:

que he visto a Aníbal Galindo
debajo de un tamarindo
prestando su contingente.

La literatura colombiana en su faz espiritual, poética y repentista está caracterizada por dos épocas simbolizadas en dos asociaciones o cenáculos literarios. «El Mosaico» en cuya redacción campeaban los grandes escritores del ciclo de 1860 a 1885 y la Gruta Simbólica, cuya historia está por contar y en donde una bohemia literaria no inferior a la cantada por Murger, hacía obra de arte, de sprit y de originalidad sorprendentes, por los años de 1890 a 1915, en donde brilló y fué amado José Antonia Sofia.

Si *El Mosaico* se ufanaba con Vergara y Vergara, Miguel A. Caro, Adriano Paez, Rafael Pombo, José María Pinzón Rico, José Manuel Marroquin, Ricardo Carrasquilla y Jorge Isaacs, la *Gruta simbólica* contó entre sus iniciados a Rafael Espinosa Guzmán, Julio Flores, Enrique Alvarez Henao, Guillermo Valencia, Alejandro Vega, Julio Defrancisco, Julio Añez, Clímaco Soto Borda, Jorge Pombó, Carlos Tamayo, Federico Rivas Frade, Daniel Arias Argaez, Luis María Mora, Carlos Villafañe, Ignacio Posse y muchos otros ingenios que no han sido superados.

Sociedad sin reglas ni estatutos duró varios años. Sus reuniones, sus ágapes y sus veladas literarias han dejado imborrable recuerdo y las joyas literarias que allí se improvisaron, esperan la mano amiga y curiosa del investigador para que las ponga en el marco de oro de la remembranza para ser admiradas.

Yo apenas recuerdo algunos episodios por que mi paso por la Gruta Simbólica sufría las ausencias de mi carácter andariego.

Un día estabamos en el bar Germania lonchando, el mas espiritual y chispeante de los poetas bogotanos, el inolvidable Jorge Pombo y yo, cuando entró como una tromba Rafael Espinosa Guzman, presidente perpétuo de la Gruta Simbólica, doctorado en Ciencias Naturales y quien con el seudónino de *Reg* alcanzó muchos triunfos en el periodismo.

— Al fin los encuentro!—exclamó Reg.

—Siéntate y acompáñanos.

—Imposible, son las cuatro de la tarde y no hay tiempo que perder. Mozo, sirva dos bocs dobles para estos señores, que yo pago. Mientras sirven la cerveza ustedes hacen un soneto, que se necesita urgentemente.

—No sabes, arguyó Jorge, que un soneto tiene catorce bocs, según la Academia?

—Es en serio, argumentó Reg. Hoy se le ha antojado cumplir años a César Guzmán. *La Gruta Simbólica* le regala un servicio de mesa, de porcelana, los mandaderos que han de llevarlo están esperando, es decir, esperándome, porque eso no puede ir con un simple recado. Se necesitan unos versos y esos versos no pueden ser menos de catorce, o lo que es lo mismo un soneto, y ese soneto en estos momentos no puede hacerlo sino uno de ustedes o juntos, para que salga mas aprisa. Conque..... a la tarea, mientras voy a la papelería de la esquina por un esquela, ustedes hacen el soneto.

No hubo réplica. Reg salió, y el soneto también.

César Guzmán eminente filólogo e historiador, traductor oficial del Ministerio de Relaciones Exteriores, gran corazón y completo caballero era, mas que todo un *gourmand* admirable, sus almuerzos y comidas que hubiera gustado Brillat Savarin, tenían fama pantagruelica y César había logrado poetizar los guisos y estofados, de los cuales hablaba como de cosas sagradas y dignas de meditación.

Pombo, con su originalidad acostumbrada soltó el primer verso:

A tí César que en Roma fueras Helio.....

Gábalo, y en Atenas Anfiction, puse yo. Entónces nos fijamos en la dificultad de la rima en *elio*, pero ya no era tiempo de volver atrás. Un verso Jorge y yo otro resultó este soneto:

A tí ¡César! que en Roma fueras Helio
Gábalo y en Atenas Anfiction,
que comieras un buey, como Milón,
y un bistec de cristiano, cual Vilelio.

A tí, suave y discreto Marco Aurelio,
Epulario del Sacro partenón,
que a riesgo de morir de indigestión
sirviéras un banquete en tu sepelio,

A tí, César, que cumples hoy cien años
(Tanto has vivido para el bien propicio,
sin dietas padecer, ni desengaños).

Tus amigos, que salen hoy de quicio,
te remiten de loza ese cumpleaños
rogándote que aceptes el *servicio*.

De Jorge Pombo conservo una improvisación que es una verdadera joya de arte:

Me ausentaba de Bogotá y anuncié la venta de mis muebles. Jorge me pidió, regalada naturalmente, una pequeña estatua de Napoleón, de bronce sobre pedestal de granito, de la cual estaba enamorado.

—Te la cambio le dije, por una estrofa que le improvices al Emperador—le repliqué.

Dicho y hecho. El tiempo preciso de escribir la siguiente décima, que vale, indudablemente más que ese y otros bronces:

Refieren que Napoleón,
desde que estaba chiquito,
sufrió siempre de un *granito*
por debajo del talón.
Consultado el gran Cambón
dijo a su Alteza Imperial:
Lejos de ser esto un mal
síntoma de gloria es:
Sentir *granito* en los piés
es sentir ya el pedestal.

Hubo otro notable improvisador del mismo nombre y apellido del popular y mimado bogotano, que algunos confunden con el sobrino de Rafael, Pombo, a quien me he referido.

Jorge C. Pombo nació en Cartagena de Indias y cuentan los que lo conocieron que era un improvisador formidable. Pero como nunca fué a Bogotá, que el crisol donde se purifica y aquilata el prestigio intelectual, sólo reminiscencias se oyen de él.

De las muchas improvisaciones que hizo solamente conozco ésta: A Ana Elena:

Al ver tu rostro se llena
de envidia el hermoso lirio,
y es tu blancura un martirio
para la blanca azucena.
Con tus labios, Ana Elena,
causas al clavel congojas,
a la misma rosa enojas,
y a la violeta, al mirarte,
como no puedo igualarte
se esconde bajo sus hojas.

Julio Añez, gran periodista y poeta, mi compañero de dirección en el bidiario *Los Hechos*, que fundamos juntos, era un repentistas de una facilidad sorprendente.

Cierto día cumplía años José Joaquín Gooding, a quien en la *Gruta* llamábamos *Godinez*. Julio quizo hacerle un regalo, pero como estaba, en lenguaje bogotano, *en la lata*, es decir, sin blanca, sin una chaucha, que dicen los chilenos, se fué a la joyería *La Esmeralda*, convenció al gringo que debía publicar un aviso, que le improvisó allí mismo, y le sacó en pago un bonito alfiler de corbata. Y miéntras que me limpio un ojo, hizo la siguiente décima con un calambur a cada verso que envió con el alfiler:

Un prendedor de corbata
Caro, Godinez te envío,
vale mucho, por ser mío,
que estoy en la *estricta lata*.
No me costó mucha plata,
pues hay avisos por *prendas;*

esto quiero que comprendas
hoy que estás comprendedor,
y admirando el prendedor
lo cojas y te lo *prendas*.

Clímaco Soto Borda, el genial autor de *Salpique de Versos*, *Diana Cazadora*, bella novela, de *Siluetas parlamentarias* y otros libros, que llenó con el seudónimo de *Casimiro de La Barra*, durante largos años las columnas de los diarios bogotanos con esquisitas crónicas y versos ingeniosos fué un chispeante improvisador.

Nos educamos en el mismo colegio y fuimos, cosa rara entre escritores, siempre buenos compañeros y amigos francos.

A pesar de no gustarme repetir elogios que se me han hecho, si bien los recuerdo con gratitud, porque me consuelan de los ataques que me han irrogado, no olvido una improvisación que me dedicó y que copio para que veais en ella el cariño que nos ligó:

Cuando, después de haber sido Cónsul General de Colombia en Guayaquil regresé a Bogotá, a tiempo que el alevoso ataque del Perú en la Pedrera, hacía vibrar el patriotismo colombiano con gritos de indignación. Los periodistas y los compañeros de la Gruta Simbólica me dieron un ágape, vulgo banquete. Ofreció la manifestación el que hoy es Consejero de Estado y miembro de la Comisión Consultora del Ministerio de Relaciones Exteriores, gran escritor, y abogado, Dr. Arturo Quijano.

Se derrochó más que licor, ingenio, en esa fiesta. Como pidiéramos que hablara Soto Borda y él dijera que ya me había dicho todo en un artículo de su diario La Barra, le dije yo:

—Gracias, choca esa mano!

Esta frase fué el pié forzado, la chispa que hizo saltar la improvisación del siguiente soneto: *Bienvenida* a Juan Ignacio:

De la patria de Olmedo y de Montalvo
a tu patria, hoy herida, el paso mueves,
trayendo los fulgores de las nieves
que Bolívar holló del Titán calvo.

Salud a tí, cantor de númen albo,
pensador y filósofo que bebes
néctar de amor y honor, y te conmueves
cuando quiere Colombia verse en salvo.

Todo saluda al vate peregrino,
Recuerdos, luz, amor, brisas, cantares
y laureles tendrás en tu camino.

Y el viejo compañero, aquel hermano
con quien partiste risas y penares
te dice con calor: choca esa mano!

Es una feliz coincidencia que se halle aquí en estos momentos otro de los agraciados con una de las improvisaciones de Soto Borda, lo cual no quiere decir que Clímaco las prodigara, sino más bien que, como señor generoso y rico en inspiración, no esquivaba obsequiar a sus amigos predilectos con una preciada joya de su ingenio.

Wils, este folklorista que, junto con Escobar, Ortíz y Martínez, os ha dado a conocer, mejor que cualquier disertación, los cantos y aires regionales de nuestra tierra, llevaba en Bogotá un día una libreta que asomaba *su canto* superior por fuera del bolsillo. Wils iba a cantar en un concierto.

Se encontró con Soto Borda y este bromeando le dijo:

—Hombre, con libreta de cheques? Me alegro.

—No—respondió Wils enseñándosela—es la librera en que apunto las canciones nuevas de mi repertorio.

Clímaco y Wils entraron en seguida a un bar y mientras servían una copa, Soto Borda escribió en la libreta la siguiente décima:

Este libro es la chequera
sonorosa donde giras
cuanto cantas y suspiras
en tu guitarra hechicera:
arrullos de primavera,
rimas de amor y de ingenio.

Hoy, trovador que al procenio
del arte, Apolo te llama,
te gira cheques la fama
contra el banco de tu genio.

En otra ocasión cuando hacía furor el valse *Los lunares*, compuesto por Morales Pino, topó Soto Borda con una linda muchacha que tenía en la mejilla tres pequeños lunares que formaban triángulo.

Como ella le pidiera un pensamiento para su álbum, Soto Borda inmediatamente improvisó estas dos quintillas magistrales:

Esos tres lunares son
las tres piedras del fogón,
donde quiero, vida mía,
recalentar la olla fría
de mi helado corazón.

Morena de mis cantares,
luz de mis noches polares!
Quien fuera Morales Pino
para hallarte en mi camino
y *tocarte los lunares*.

Y ya que de lunares se habla va esta anécdota:

Había en cierta cantina vecina a la *Gruta Simbólica*, una cajera preciosa con un lunar en el labio superior que la hacía aún más graciosa.

Una noche que nos hallábamos reunidos allí algunos *simbólicos*, se propuso un concurso, con un beso por premio, para quien improvisara la mejor estrofa al lunar de la muchacha.

No recuerdo sino dos de las improvisaciones, el primer premio y el accecit, que obtuvo una sonrisa:

Julio Flores improvisó:

Ese lunar que tu semblante alegra
medio oculto en tu labio abrasador,
es una abeja negra
que en el pétalo liba de una flor.

Otro de los contertulios dijo:

De tu boquita a la puerta
se está asomando un lunar:
Déjalo, por Dios, entrar,
que es una lágrima muerta.

Sería estrecho el campo de una Conferencia para recitar todas las improvisaciones de nuestros poetas y aficionados y hacer detenida mención de los sobresalientes en este género de poesía que requiere una extraordinaria vena poética y dotes no comunes de oratoria pues, como dije una vez.

No sé si es suerte o desgracia
el saber improvisar,
pues sirve el versificar
para maldita la gracia:
pero, si hay quien muestre audacia
y en hacer versos porfíe,
nadie del caso se fíe,
pues es risa tan completa
que, o se burlan del poeta,
o éste, de todos se ríe.

Y para remachar con broche de oro, va esta improvisación del gran poeta y gran feo, como decía Vargas Vila, de Eduardo Ortega. Después de una comida, fumaba Ortega, cuando le ofrecieron otro cigarrillo y él rehusó con la siguiente décima:

Pienso, cuando estoy fumando,
que todos vamos al trote,
que esta vida es un chicote
que se nos está acabando.
Si en el instante nefando
Dios me llega a preguntar:
¿Quiere usted resucitar?
Le digo echándole el humo:
Mil gracias, señor, no fumo,
porque acabo de botar.

He dicho.

JUAN IGNACIO GALVEZ.

TERNURA

¿Quién te quiere, quién te adora
con esa ternura santa y maternal?;
¿quién te besa cuando lloras?
¿quién es la flor que te implora
que la lleves en tu pecho y en tu ideal?

Así pregunté una tarde
cuando ví al Amor pasar
y fuí a su encuentro temblando:
estaba sólo y llorando,
solo, con su ansia de amar.

¿Quién te acaricia el cabello que me encanta?
¿quién te ha dado de mi seno la blandura?
¡No sientes que al latir mi pecho canta
con entusiasmo loco su ventura!

Jardinero de mi alma adolorida,
que arrancastes el mal que marchitaba
mi ilusión y mi vida:
tú, como Dios, creaste de la nada mi belleza
y ya no tendrás tristeza.

Ha nacido el amor entre mil flores
y yo seré el amor de tus amores.

BIJOU.

NOTAS Y DOCUMENTOS

Centenario de la abolición de la esclavitud en Chile. —Conmemora hoy la República de Chile uno de los centenarios más gloriosos de su historia. Con la abolición de la esclavitud, promulgada solemnemente el 24 de Julio de 1823, se realizó, más que un acto material, la sepultación simbólica de todo un mundo de prejuicios heredados de la Colonia. Porque, en realidad, apenas si cinco mil esclavos negros, viejos y achacosos, salieron sin entusiasmo en aquel día a respirar en las calles el aire de la libertad. En cambio, la abolición misma, significaba una renovación total de los valores sociales imperantes hasta entonces y un aviso franco y categórico de cimentar sobre bases más justas y humanitarias todo el vetusto edificio del régimen económico de la época.

Fué don José Miguel Infante, el mismo a quien un insignificante busto recuerda en la Alameda, el implacable patrocinante de la libertad de los esclavos. Ya en 1811, cuando no había todavía un concepto preciso de lo que significaba la República, Infante, contrabandista de lecturas filosóficas, había condenado en su corazón de hombre y de patriota ese oprobioso *Partus seguitun ventrun*, en virtud del cual la esclava no engendraba hijos sino esclavos. E Infante logró obtener del Congreso la libertad de vientres.

La reacción española del 14, con todas sus intemperancias, dispersó al viento aquella nobilísima conquista, pero en 1823, al reunirse el Senado Conservador (llamado así no por clerical sino por otras circunstancias). Infante propuso en la sesión del 23 de Junio, la libertad absoluta, total y definitiva de todos los esclavos y al hacerlo, dijo que ello significaba *la reparación que la pequeña República de Chile daba al mundo entero en nombre de los sagrados e imprescriptibles derechos de los hombres.* Son libres, dijo el acuerdo aprobado, todos los esclavos existentes en Chile y todos los que pisen territorio nacional.

El Senado, compuesto apenas de diez miembros, que representaban las eminencias del país, dueñas muchas de ellas de esclavos numerosos, comunicó su acuerdo a Freire, recordándole que la libertad parcial concedida en 1811, había sido el

primer movimiento noble con que de su vitalidad daba muestras la República ¿Cómo pueden, le decía todavía, llamarse los esclavos propiedad de los amos, *cuando nada puede adquirirse con injusticia. en fuerza de una tolerancia inícua y cuando jamás pueden prescribir los derechos del hombre*?

Bien se comprenderá el movimiento de resistencia que se operó en la sociedad terrateniente en presencia de tamaña declaración. Ella destruía por su base el régimen económico sobre el cual se habían cimentado y acrecentado las fortunas, y sólo podía compararse al que produjera hoy una declaración a favor de los inquilinos para que disfrutaran también de parte de la ganancias del patrón, o la que declare progresivo y no proporcional el ajuste de los impuestos.

Freire era producto de ese régimen. Estaba ahí, de Director Supremo, por obra y gracia de aquellos que habían labrado su fortuna al amparo de ese regimen y no puede entonces extrañarnos su lealtad hacia los principios que lo llevaron al poder. *Los esclavos*, respondió el Senado, *pertenecen exclusivamente a los ciudadanos, de cuya propiedad particular no pueden ser despojados sin competente indemnización, por lo que el Director Supremo jamás sancionará la ley sin que antes se acuerde un fondo seguro para indemnizar a los particulares de la propiedad que se les ocupa.*

Extensa es, pero muy interesante, la nota con que el Senado significó a Freire su insistencia en el acuerdo.

«Cuando V. E., como todas las almas puras y generosas, y todos los poderes del mundo civilizado conocen y confiesan cuán bárbara, injusta y cruel es la esclavatura, no alcanza el Senado cómo los infelices esclavos pueden llamarse una propiedad de los injustos poseedores, ni cómo se diga que estos esclavos pertenezcan exclusivamente a los ciudadanos, de cuya propiedad no pueden ser despojados sin competente indemnización. El Senado pregunta si la propiedad pecuniaria, suponiendo que existiese, había de ser más sagrada que el derecho de la libertad inherente a todos los hombres, y si éste no es más antiguo que el que pudo dar una ley absurda y tiránica, y si no es cierto que qui prior est in tempore est potier in jure. El Erario no puede reconocer sobre sí una deuda en orden a la servidumbre que tiene desaprobada, cuando por otra parte no es él el que dió la ley de usurpación y tiranía, ni puede hacerse depender de las contingencias de suscriciones la restitución de una libertad que demanda la humanidad, la justicia y la naturaleza. El clamor de estos infelices se ha hecho oir en el Senado y él no puede desatenderlo, e insta V. E. por la sanción de la ley de 25 del pasado».

Sorprende ahora, en estos tiempos de claudicaciones cotidia-

nas, en que sólo se legisla mediante transacciones, que Lastarria alcanzó a denominar *indignas componendas*, la fiereza con que el Senado de 1823 defendió el principio fundamental de la libertad de los esclavos.

Ni la tenaz resistencia de Freire, ni las amenazas y clamores de los amos, silenciaron a Infante ni a ninguno de sus colegas en el Senado. Luego este cuerpo le *ordenó* sancionar la abolición como ley de la República y al comunicarle este nuevo acuerdo le advierte que «fuera perder el tiempo volver a elevar el clamor de la justicia y de la humanidad en favor de los infelices esclavos, cuya libertad ha sido usurpada contra todos los derechos». Y refiriéndose a la fórmula propuesta por el Director Supremo para la indemnización a los amos, fuera con fondos del Erario o por suscriciones populares, le advierte que «la minuta de decreto presentada por el Ministerio sólo pudiera servir para hacer ilusoria la ley, y halagar la avaricia de unos pocos», agregándole que «el Senado ha mirado con mucho disgusto la mencionada minuta que degrada los elevados sentimientos de la Patria y que no quiere analizar por conservar las debidas consideraciones. En la servidumbre hay tales desórdenes que no pueden exponerse a V. E. sin faltar al decoro, y no puede haber pureza de costumbres, educación moral, ni dignidad de sentimientos donde existen esclavos, por todo lo cual el Senado insiste en que se publique la ley que ha de ser tan gloriosa a la época del mando de V. E.».

Declaraciones semejantes se escuchaban por primera vez en el continente americano; corresponde a Chile el honor inmenso, de haberlas pronunciado. Para que América las oyera de nuevo, fué preciso que Lincoln, al cabo de 40 años, encendiera la guerra civil en los Estados Unidos, proclamando que para enseñar a los esclavos a ser libres, era preciso darles la libertad.

Ante la insistencia y tenacidad del Senado, Freire apeló a un recurso extremo: interesó en la cuestión a las damas principales de Santiago para las cuales la libertad de los esclavos significaba en desbande de las cocineras, lavanderas y demás domésticas del servicio. Hizo que éstas le presentaran una solicitud, que fué transcrita por el director a ese cuerpo, aduciendo razones de conveniencia nacional para mantener la esclavitud en vista de las tradiciones y hábitos sobre los cuales descansaba la República (1). Es imponderablemente hermosa la inflexi-

---

(1) El clero no fué ageno a estas actividades; desde el púlpito se estimuló el celo de las damas santiaguinas, según lo denunció el propio Infante en una de las sesiones del Senado y aún, reclamó de la cooperación que Freire había solicitado de la Iglesia para oponerse a lo resuelto por el Congreso de Plenipotenciarios que en esos instantes declaraba abolida la esclavitud.

bilidad del Senado en esta situación. Sordo a los clamores e inspirado sólo en la filosofía de la revolución, mandó devolver esa solicitud por venir en términos inaceptables (2).

Es ocioso repetir que Infante fué el alma de toda esta larga lucha. El sostenía a los senadores que flaqueaban; él redactaba en unión de Camilo Henríquez las comunicaciones al Gobierno y fué él, seguramente, el más feliz de los chilenos el día que la abolición se promulgó.

«Era Infante, dice don Domingo Santa María, una alta figura de esa época, para que reuniéndose un cuerpo deliberante, pudiera quedar sin colocación en él. El Senado (el Conservador de 1823), comenzó sus tareas de una manera provisoria, porque su existencia debía durar solamente hasta la reunión de la Convención Nacional, Sin embargo, durante el corto período de sus trabajos, inmortalizó con una ley cuya iniciación pertenece a Infante y forma el más glorioso título al reconocimiento y veneración de su memoria. Nos referimos a la ley de la abolición de la esclavatura, dictada el 24 de Julio de 1823, que puede mirarse como el completo de los esfuerzos de Infante hechos desde 1811. En el Congreso de esa época se expidió, a indicación suya, una ley que declaró los vientres libres, limitándose la solicitud a esta parte únicamente, porque no era posible vencer las resistencias que, apoyadas en el interés y la preocupación, se oponían a la promulgación de una ley más humana y liberal. Infante no creía justamente satisfechas sus exigencias con esta disposición; para él la libertad no podía admitir tan odiosas excepciones; creíala ultrajada y reputaba a la revolución defraudada de su más bella conquista con la existencia de la esclavatura en un país que trabajaba por ser libre y que no escaseaba sacrificios para conseguirlo. Tenaz en estas ideas, que demuestran cuál era la filosofía que dominaba su espíritu, presentó al Senado Conservador de 1823 una moción en que pedía la libertad absoluta de todos los esclavos que había en el país, y la libertad de todos aquellos que, con ese triste y vergonzoso carácter, pisasen el territorio de la República. Su moción encontró mezquinas resistencias: el interés y un supuesto miedo, disfrazados con el ropaje de un mal entendido derecho y respeto a la propiedad, se opusieron a grito herido a la sanción de un pensamiento grandioso que sostenía el respeto al hombre y aconsejaba la ciencia y los principios de la revolución. Infante no se arredró por ninguna consideración; y

(2) Ni las actas de las sesiones del Senado, ni sus anexos contienen las transcripción fiel de la solicitud de las damas, mandada devolver por acuerdo de ese cuerpo, vista la poca circunspección de sus términos. Ni la hemos encontrado tampoco en los diarios de la época.

después de serios debates en que su voz se hizo el órgano de una idea tan elevada, consiguió conquistar la libertad para el hombre y borrar para siempre de entre nosotros el afrentoso nombre de esclavos La moción de Infante se convirtió en ley de Estado. La revolución, la libertad, quedaron sólo entonces satisfechas. Infante comprendió cuánta gratitud se había granjeado con esta ley. Tenía orgullo en llamarse su protector; y en tanto estimaba su moción, que en una ocasión en que se hablaba de ella y se hacía reminiscencia de las dificultades que se habían opuesto a su sanción, no trepidó en decir:

«Después de muerto, no querría otra recomendación para la posteridad, ni otro epitafio sobre la lápida de mi sepulcro, que el que se me llamase autor de la moción sobre la libertad de los esclavos».

FANOR VELASCO V.

Dos cartas de don Carlos Newman.—Sr. Don Eduardo Lamas G.—Santiago.

Distinguido señor y amigo,

Hoy he recibido de un amigo la Sinópsis Estadística y Geográfica de la República de Chile en 1899, recientemente publicada por la Oficina Central de Estadística de Santiago, y no puedo menos de escribirle estas pocas líneas para pedirle que si le es posible dedique una noticia bibliográfica a este volúmen, en la correspondiente sección de la Revista de Chile de la cual es usted el mas firme sostén.

Testigo el año pasado durante la esposición, de los esfuerzos que los hombres mas distinguidos de todos los países, hacen para llegar a la adopción universal del sistema métrico; y terminada hace pocos días la lectura del interesante libro de Bigourdan, el conocido astrónomo titular del Observatorio de París, sobre la propagación del sistema métrico de pesas y medidas (1), no he podido menos de leer con asombro algunas de las páginas de la ya mencionada Sinópsis, cuyo autor ha guardado prudentemente el anónimo.

En un libro como éste, compuesto totalmente casi de datos numéricos, la común medida aplicable a todos ellos es de suma y capital importancia, no digo ya desde el punto de vista lógico o científico, pero sí desde el inmediato de hacerlos comprensibles a la mayoría de las gentes.

---

(1) G. Bigourdan.—Le Systéme métriques des poids et mesures. Son établissement et sa propagation graduelle.
1 vol. inc. 8.º Gauthier-Villars.—Paris, 1901 (10 fr.)

La Sinópsis Chilena es un galimatias estraordinario, tanto mas estraordinario cuanto que según entiendo es una publicación gubernamental.

Unos pocos ejemplos, de los miles que podrían citarse, le probarán que no exagero.

En la página 105 las longitudes de las líneas telegráficas están espresadas en *millas* y en la página 106 en *kilómetros*.

En la página 107 se lee la siguiente cabalística frase: Estención *kilométrica* de las líneas 5 584 *millas* 1 537 *yardas*.

En la página 127 las longitudes de los caminos estan espresadas unas veces en *leguas* y otras en *kilómetros*.

Igual cosa ocurre en la página 129.

En las páginas 134, 135, 136, 142 las longitudes de los caminos a Elqui estan espresadas en *kilómetros*, *leguas* y *cuadras*.

En la página 156 la medida usada es la *legua* y la *media legua*; y en la 163 desaparece la *media legua* y surgen las *cuadras* y los *kilómetros*.

En la pagina 170 los kilómetros se dividen en *cuartos* y *medios*.

En la 279 hay una confusión de *quintales españoles* y *kilógramos*; y en la 287 hay *fanegas* y *quintales*, de nacionalidad no indicada.

A continuar por este camino llenaría algunas carillas y agotaría su paciencia, cosa que temo haya sucedido ya.

Terminaré sí llamando su atención sobre la nota cómica de la Sinópsis, que con toda seriedad dice, en su pagina 233:

El sistema de pesos y medidas es el métrico decimal establecido por ley de 29 de enero 1848 y mandada observar definitivamente en el país—«el país» es Chile—desde el 1.º de junio de 1865 por decreto de 21 de octubre de 1864.

Estimo, distinguido señor y amigo, que usted haría un verdadero servicio llamando la atención, desde las columnas de la Revista hácia esos graves defectos que afean la, por tantos motivos importante Sinópsis.

Aprovecho esta ocasión para saludarle atentamente y ofrecerme como siempre su incondicional servidor y amigo.

C. NEWMAN.

París, 1.º de agosto 1901.

Sr. Don Eduardo Lamas G.—Santiago.

Distinguido señor:

Hoy, salidos ya dos números de Chile Moderno, me atrevo a contestar su interesante carta de fecha 2 de agosto de 1903.

En ella me manifiesta usted su estrañeza por el programa de Chile Moderno, mejor dicho por algunas frases allí estampadas.

Cuando J. E. O'Ryan me propuso a tiempo, la publicación de una revista, le manifesté mis opiniones sobre este punto y él las aceptó. Por eso redacté el Programa y el Proemio. Los escribí de acuerdo con mi criterio que es el que no ha parecido del todo cuerdo a usted. Pero en esta duda perpétua, o mas bien en esta suspensión de todo juicio afirmativo respecto a toda creencia y a toda teoría, en que libro desde hace tantos años no era posible que redactara otra cosa.

Tengo tan poca fé en este cerebro humano y en sus productos que la duda me parece el mejor camino que debe seguirse.

Las creencias para mí mas contrarias a toda razón las veo profesadas con tal fervor y convencimiento, que instintivamente comienzo a dudar de qué lado está la verdad, que al fin y al cabo es sólo una función de estigma mental, y nada mas, segun mi entender.

Nada hay para mí mas contrario a la libertad que el socialismo que se levanta y que ya se impone; sin embargo, los socialistas afirman que su dogma es el que mas en cuenta toma este principio de la libertad individual.

Yo spenceriano oigo hablar a un Janies, cuyo talento todo el mundo reconoce, y me parece un retórico ignorante.

Hablo con don Francisco Valdes Vergara y me ensalza las ventajas y encantos de la para mí mas repugnante y odiosa tiranía: la tiranía de los aduaneros.

Se trata dél matrimonio y todos me dicen que debo ir a rendir homenaje a un clérigo de una religión en que no creo o a pedir permiso a un empleado del estado, que es mi enemigo y que para nada me sirve en este caso.

Se toca el punto de la de que la mas ajustada a la razon es la mía. Algunos de los colaboradores de «Chile Moderno» son fieles de la Academia Española y me piden que no le cambie su ortografía y yo no me creo con derecho a, en nombre de mis ideas, no acceder a lo pedido.

Así si los lectores de «Chile Moderno» encuentran algun artículo contrario a sus sentimientos e ideas espero que tomarán en cuenta que la infalibilidad puede residir en ellos, pero tambien en el autor del artículo; pero que lo probable es que no resida ni en unos ni en otros.

Quería escribirle más largo, pero hace días me instilo atropina en los ojos y me cuesta trazar letras que sean llamada moral sexsual y mis opiniones estan en abierta contradicción que las de la inmensa mayoría de las gentes.

Y así podría seguir citando ejemplo, que fatigarían aún mas a usted de lo que lo habrán fatigado estas líneas.

En medio de este conflicto de dogmas, de este choque de opiniones, de esta batalla de afirmaciones contrarias y opuestas

¿qué camino seguir? ¿qué línea de conducta adoptar? La única posible parecióme la de la mas ámplia libertad. De este modo A puede sostener el dogma B y C el dogma D, contrario al B.

Me pareció que podía procederse como con la ortografía: cada uno sigue la que le agrada, no obstante mi opinión personal medianamente inteligibles.

Termino, pues, pidiéndole que no olvide su promesa de emviarme un artículo para la revista, ántes que ella muera de inopia.

Muy atentamente le saluda su affmo. amigo y obsecuente servidor.

C. Newman.

Valparaíso, 10 de octubre de 1903.

P. D.—Le envío por correo uno impresos que contra mis deseos mehan dedicado. El autor ha creido que mi publicidad es tan grande que puedo sentirme satisfecho con eso.—*C. N.*

Pasteur y los problemas de la generación espontánea.—Pocas cuestiones han conmovido tanto, la mentalidad de sabios y filósofos, como la generación espontánea.

Sin remitirnos a los Griegos, la Historia de la Biología, durante los siglos XVII, XVIII y XIX está hechida de polémicas, discusiones, memorias y comunicaciones, de enemigos y partidarios de la generación espontánea.

Demás está decir, que la lucha no quedó reducida a las Academias o a los círculos de la ciencia oficial, puesto que los filósofos materialistas, los hombres amigos de la Enciclopedia—literatos y polemistas—aprovecharon en uno o en otro sentido, de sus conclusiones en la cruzada anti dogmática y revolucionaria de la época contemporánea.

Si concebimos el problema con sus múltiples inter-relaciones biológicas, morales y sociales, podemos decir que la concepción del origen espontáneo de la vida, significa uno de los principios más fecundos de cuantas teorías se han supuesto.

Así se ocuparon de el, entre otros, Lucrecio, Aristóteles, Redi, Spallanzani Leonardo, Needhan, Tyndall. Swamerdan, Schwan, Schultze, Goethe, Hehnholtz, Liebig, Bufón, Lavaissier, Lamarck, Darwin, Pasteur, Pouchet, Bastian; Leduc, S. Arhenius, todos hombres de profundos conocimientos y de significativos alcances.

En los últimos tiempos, la imposibilidad de la generación espontánea fué elevada a la categoría de dogma por la ciencia oficial. En todas partes, solamente se enseñaba y decía:

«Pasteur demostró la imposibilidad de la generación espontánea».

Sin revisar los valores y menos sin remitirse, tan siquiera, a las experiencias famosas, los sabios, de Universidad, daban por definitivamente probado el origen divino de la vida, por contraposición al espontáneo para lo cual mentaban como «última razón» la autoridad del experimentador francés.

Hacíase una mezcla tendenciosa de problemas distintos. Recuerdo que un profesor de Bacteriología nos planteó la cuestión de la siguiente manera: «¿Puede nacer por generación espontánea una vaca o un caballo?» Tras largas risas y breves explicaciones todo quedó terminado.

En ciencia, lo primero es plantear un problema, lo segundo buscar una solución.

Después del microscopio y de una serie interminable de trabajos, hase descartado la posibilidad de la generación espontánea, en los animales y vegetales superiores.

¿Es posible en algunos Protozoos o en los algas inferiores? ¿Es posible en las formas elementales de la vida? ¿En las condiciones en que se encuentra la tierra, en la actualidad, es posible la generación espontánea? En un comienzo, en la era mal llamada Azoica, ¿pudo realizarse la vida espontáneamente en sus manifestaciones más rudimentarias?

Es necesario estudiar cada uno de estos puntos separadamente, pues es evidente que la vida debió aparecer una o más veces, o sigue apareciendo en la costra terrestre.

La suposición pampernista, de que la vida vino de otro planeta, no nos da más que una solución transitoria, esquivando el problema, pues éste queda planteado para el astro de donde vino El debate histórico de la Academia de Ciencias no fué decisivo, por múltiples razones: 1.° porque en Biología no hay ninguna experiencia decisiva; 2.° porque se les dió a las claras y terminantes experiencias de Pasteur, mayor alcance del que tenían.

Pasteur con sus múltiples y variadas pruebas de los balones, demuestra que en tales condiciones limitadas, es decir en un balón con líquido esterilizado y fuera del alcance del aire, no hay generación espontánea. Pero la naturaleza no es un balón, con un caldo esterilizado. El substractum orgánico de un pantano, de un bosque, o de la orilla del mar nos ofrece condiciones absolutamente distintas de las que tuvo la experiencia.

No fué pues el afan de Pasteur demostrar la imposibilidad del origen espontáneo de la vida, sino demostrar la posibilidad

de poder escapar a la contaminación de los gérmenes, lo cual le orienta permanentemente en sus grandes descubrimientos, de donde sale fundada la Bacteriología y encontrados los métodos de asepsia y antisepsia, que tantas maravillas trajeron a la cirugía y que le colocan como el primer benefactor de la Humanidad.

A través de una ligera lectura de los «Comptes Rendu» de la A. de Sciences, puede notarse (a pesar de estar formado el jurado por hombres como Cl. Bernard Milne Edwards y Flourens) una manifiesta parcialinad en contra de Pouchet y sus amigos, lo cual les obligó a retirar sus comunicaciones presentadas para optar al premio.

Seguramente que Pouchet se equivocaba al hablar del origen espontáneo del huevo de los mamíferos, en su teoría de la evulación y mucho perdieron los espontaneistas por ciertas posiciones ridículas que tomaron, en una polémica iniciada hacía más de un siglo.

Hoy, después de mucho tiempo, de pasada la famosa discusión, en que para ciertos espíritus pareció agotarse el problema (porque los adversarios nunca se convencieron) vuelve de nuevo a entusiasmar a sabios, filósofos y astrónomos.

Los tiempos han cambiado. La perfección del microscopio; el avance maravilloso de la físico-química; las luces que han traído el estudio minucioso de los coloides; la analogía de la formación de cristales con la célula viviente, experiencias iniciadas por Schroen; los trabajos de Stephane, Leduc, Herrera y la escuela fisicista; las últimas experiencias de los hermanos Marie de Beanvais, han rejuvenecido el problema, demostrando que entre el mundo orgánico y el animal no hay una franca separación y que la vida es sobre todo un proceso físico-químico.

Nos parece cada día, más posible la generación espontánea: 1.° en épocas remotas de la Historia de la tierra; 2.° en ciertas condiciones que el laboratorio trata de reproducir. Por lo pronto se han conseguido cuerpos que crecen, se reproducen, alimentan y mueren y sus tejidos se tiñen por los mismos colorantes que toma la materia orgánica (bacterias).

El inmortal Pasteur no demostró pues la imposibilidad absoluta de la generación espontánea. Esto así, cerrado, fué agregado por sus contemporáneos, representantes oficiales de una

ciencia de Academia, la misma que impide la publicación en sus memorias y rechaza los inmortales trabajos de Leduc.

Pasteur tiene sobrados esfuerzos, para ser considerado como la primera figura del siglo XIX, sin que se le pueda a guisa de mérito, hacerle antiespontaneista. ¿Quién sabe si en su fuero íntimo no fué como Boffón o Lamarck un heterogenista creyente y luminoso?

JUAN LAZARTE.

Proclama del Presidente de los Estados Unidos de América.—La simiente de los ideales del gobierno democrático y de la educación democrática fueron plantadas simultáneamente en nuestro país. Nuestros padres creyeron con mucha razón que sólo un pueblo educado para contemplar las necesidades y deberes públicos podría desarrollar y mantener las instituciones de un gobierno popular. El sistema universal de educación, establecido en un principio, se ha desarrollado con el país y ha llegado a ser uno de los aspectos característicos de nuestra vida. Sobre él hemos echado las bases del sistema educacional americano que nos ha capacitado para asimilar los millones que han llegado a nuestras playas desde otros países, aportando las tradiciones de variadas instituciones.

Para que tengamos siempre presente la necesidad constante de mejorar nuestro sistema educacional, se ha resuelto que una semana de diciembre (del 3 al 9) se dedique exclusivamente a tratar de la educación americana. Se les ha recomendado a los gobernadores de los diferentes estados que cooperen con las autoridades civiles y el personal docente para que esta semana se dedique a revivir los intereses de la educación nacional.

Es grato saber que en épocas en que el pueblo ha llevado sobre los hombros un peso enorme, se ha mantenido firme en todas partes el propósito de colocar a la educación por sobre todos los otros intereses, para que las generaciones venideras puedan estar preparadas, a despecho de los sacrificios del presente, para asumir las responsabilidades que les correspondan.

«Sin el poder de la visión los pueblos perecen.» «Sin educación los pueblos son miopes.» De la educación puede decirse «que bendice dos veces; bendice al que la imparte y bendice al que la recibe.» Valdrá la pena hacer el esfuerzo si, incidentalmente, en el cumplimiento de la semana educacional, logramos imprimir esta idea en la mente de los hombres y de las mujeres jóvenes de toda la nación y renovar en ellos el interés y el celo patriótico con la idea de contribuir directamente al trabajo de la educación. Es lamentable que tan pocos hombres capacitados para prestar tal servicio, estén dispuestos a dedicar su tiempo y talento a la enseñanza. La educación necesita de

avideces juveniles, de celo y de entusiasmo. No hay una escuela de la disciplina mas eficaz que aquella en que está empeñado el maestro. No podríamos prestar servicio mas grande que aquel de convencer a los hombres y a las mujeres jóvenes que han tenido la oportunidad de educarse, de que ellos deben dedicar una parte de sus energías a la enseñanza.

La fuerza y autonomía de la Nación descansará siempre sobre la mayor cultura general. La educación debería implantar conceptos de deber público y de la obligación privada suficientemente amplios para contemplar los problemas de este turbulento y complejo mundo. Mas que cualquiera otra cosa, los hombres y las mujeres necesitan capacidad para ver con claridad y contemplar sin prejuicio los movimientos actuales. Esto sólo puede alcanzarse por medio de un proceso propiamente motivado y generosamente inspirado.

En vista de estas y otras consideraciones, por este medio declaro la semana de diciembre, del 3 al 9, como la Semana de la Educación Americana, recomendando a las autoridades nacionales y locales que presten su cordial contingente para que el dar cumplimiento a esta disposición sea inspirado y beneficioso. Las organizaciones civiles y las sociedades religiosas pueden cooperar de una manera especial, y se les recomienda a los padres de familia que se adhieran para promover un entendimiento mas estrecho entre la escuela y el hogar para la ayuda mutua.

En fe de lo cual firmo y pongo el Sello Nacional.

Dado en la ciudad de Washington el día 20 de noviembre del año de Gracia de 1922 y 147 de la independencia de los Estados Unidos.

WARREN G. HARDING.

Una conferencia de Américo Castro.—«LA TÉCNICA DRAMÁTICA DE LOPE DE VEGA».—El profesor Américo Castro, ante muy numeroso auditorio, dió en el anfiteatro de la Facultad de Filosofía y Letras, su anunciada conferencia sobre «La técnica dramatica de Lope de Vega».

Con esta disertación el eminente profesor continuaba el estudio iniciado sobre la vida y la obra del extraordinario comediógrafo, estudio en el cual desarrolla ideas y puntos de vista muy interesantes. El doctor Castro, en efecto, ha alternado sus investigaciones filológicas con hondos estudios acerca del teatro lopezco, rectificando errores y reaccionando contra tendencias que han mantenido en cierto modo oculta una gran parte de la obra de Lope de Vega, vedando, con prejuicios de diverso orden, el verdadero análisis de su teatro, de sus escritos

en prosa, de sus producciones sensuales y místicas de su tormentosa vida privada.

En su disertación de se ocupó especialmente de la técnica de su teatro, analizando sus raíces en la sociedad española de su tiempo, por una parte, y por la otra en su genialidad artística y precisando el verdadero valor que asume a la luz de un estudio realizado con espíritu científico.

Empezó por referirse a la posición que ocupa Lope de Vega como la figura mas compleja de la literatura española, con su tipo de arte turbulento, múltiple, de fronteras casi inabordables, influído por toda la literatura anterior y punto de arran que de numerosas creaciones nuevas. En este último sentido señaló rápidamente algunas obras de Calderón, de Guillén de Castro y otros comediógrafos españoles y extranjeros que han tomado asuntos de Lope.

Consideró las dos maneras opuestas en que su arte ha sido juzgado: o se le ha apreciado como un genio incomparable, como un prodigio, o se le ha desdeñado como autor vulgar, lleno de defectos y cuyas obras no resisten en la actualidad la crítica ni alcanzan a producir una impresión de orden elevado. Era hora de ver claro en el vasto mundo de sus comedias, de las cuales la mitad han desaparecido, y a esto aspiraba él con otros investigadores, dejando para mas tarde el tomar actitudes y emitir juicios que pudieran tener aire definitivo.

El conferencista ha tratado de este tema en diversos tabajos suyos, últimamente en un amplio estudio que figura al frente de un volumen consagrado a Tirso de Molina, en la colección de «Clásicos Castellanos» (Madrid 1922), animado siempre del propósito de substituir las actitudes polémicas en torno al teatro español, por análisis meditados, que nos permitan adquirir puntos de vista mas adecuados a la índole de la materia.

Luego consideró la acusación común formulada contra Lope de Vega, en el sentido de que su teatro, el teatro del siglo XVII que él fundara, es superficial y anacrónico y que no responde a los gustos ni a las ideas modernas.

Demostró la superficialidad, precisamente, de este criterio. Quienes así piensan pierden de vista algo fundamental, que es la época en que Lope de Vega creó su teatro. No lo sienten, como no lo siente el público que asiste a la representación de sus comedias, pero no por deficiencia artística de Lope, sino por falta de educación histórica. Lo consideran como si se tratase de comedias escritas en la actualidad, y juzgan las ideas, los episodios, los argumentos, la vida enorme que hay en ellas ignorando el sentido que asumían cuando fueron imaginadas.

Confesó que, cuando empezó a estudiar el teatro de Lope de Vega, también él estaba imbuído de prejuicios en contra de

su teatro. Cuando conjuntamente profundizó la sociedad española del siglo XVII y su teatro, lam aravillosa obra de Lope de Vega lo avasalló como algo inmenso, y comprendió que era obra de cultura, obra indispensable, levantar los velos que la cubren. Era necesario penetrar en aquella época, adaptar a ella nuestra retina espiritual, por decirlo así, desprendernos de las sugestiones presentes, ponernos en la situación del expectador del siglo XVII, y entonces la riqueza de fantasía, el ingenio, el poder creador, la genialidad de Lope de Vega aparecen, surgen, explican el prestigio sin igual que alcanzó. Aparece, por otra parte, claramente deslindado lo que en sus comedias ha puesto su genio y las trabas que a la fantasía de este genio pusieron la moral de la época, las exigencias del público, el muro infranqueable del dogma.

El profesor Castro, con una visión histórica sutil y con análisis literario desapasionado, precisó este deslinde, refiriéndose a diversas obras de Lope. Su genio literario, libre, desenfrenado como su vida misma, inventaba, creaba, arrojaba ideas, personajes nuevos, concebía situaciones originales. La riqueza de su fantasía era inagotable para el drama, para la comedia, para la tragedia. Pero el vuelo amplio de su concepción chocaba contra la cubierta de su época: sus ideas se reducían, sus personajes extraordinarios mostraban un momento su verdadero carácter para inclinarse luego al concepto vulgar, a la imposición de las ideas teológicas, al gusto popular. Se desmentían a sí mismos y desmentían la realidad vital. En este sentido estableció una modalidad profunda que hay en sus obras cada una de éstas asume, por lo general, tres aspectos sucesivos: en el primero aparecen los elementos de la realidad contemporánea de Lope, la realidad viva, ardiente, que se palpa en los diálogos frescos, en el lenguaje lozano, en episodios que son reflejo de cosas vistas y sentidas por el autor. En el segundo aspecto vemos la fantasía, la creación de Lope elevarse, tomar dichos elementos y construír con ellos la obra original, la obra libre, nueva, que será imitada, aprovechada por otros ingenios en España y fuera de España. Y por fin, en el tercer aspecto, se contempla esta fantasía recaer, plegarse, nivelarse a las normas del público y de la época.

Antes de entrar a demostrar estos aspectos en algunas obras de Lope de Vega, explicó cómo éste empezó a escribir comedias y la razón del éxito indecible que inmediatamente le acompañó. A fines del siglo XVI, pasada la moda de los libros de caballería, atenuado el gusto por el Romancero, el pueblo español realmente no tenía con qué divertirse de un modo pleno. Ese es el momento elegido por el destino para que un

muchachuelo audaz, versado en erudición y en amoríos, se lanzara a la empresa de organizar una manera de diversión mil veces mas eficaz que cuando hasta entonces se había ideado. Como toda alta aventura, la de Lope surgió sin que su autor se percatara de lo que estaba haciendo. Escribió centenares de comedias sencillamente para no carecer de dinero en su bolsa, bastante agujereada: El éxito fué enorme. Gentes de toda condición se apretujaban en los corrales para contemplar los maravillosos espectáculos. Quienes no podían asistir, como por ejemplo, las monjas, se hacían llevar el espectáculo a su encierro. Los frailes saltaban por el decoro debido a la cogulla, y se colocaban junto a los mosqueteros. Y no era para menos. Toda la historia de España, el presente en sus mil complejidades, la pasión humana en las formas mas peregrinas servían de fondo a la comedia nacional. Un autor del tiempo, Jerónimo de Alcalá, se expresa así en el «Donado Hablador»: Por nuestra desdicha en no siendo la representación de comedias fabulosas, mentirosas, enredos, invenciones y casos que admiren los ingenios y entendimientos de los oyentes, no dan gusto ni hay quien las vea». No podemos pues juzgar este teatro como el de otros países, ni como el moderno. Es otra cosa. Lope intentó reducirlo a fórmula. explicarlo al menos, y no lo consiguió. En su «Arte Nuevo de Hacer Comedias» se expresa con escasa sinceridad, quiere disculparse del hecho de escribir para halagar al vulgo, y sólo logra redactar un informe alegato que a nadie puede convencer, porque apenas encontramos en él ningún rasgo fundamental de su teatro, si se prescinde de la afirmación de haber escrito para agradar al vulgo, cosa que en verdad no necesitaba ser dicha.

El doctor Castro señaló mas adelante cómo vino el teatro a constituir el centro de la actividad artística de Lope de Vega. Hasta entonces se había jactado sobre todo de haber escrito poemas doctos, a la manera de los vates italianos («La Hermosura de Angélica», «Jerusalen Conquistada», etc.), y no se había preocupado siquiera de imprimir, o al menos de velar por la buena impresión de sus comedias, destinadas a divertir un momento al público y a producir unos cuantos reales. Pero junto con el éxito público vino la gloria de tener imitadores y discípulos. Guillén de Castro, Tirso de Molina, Alarcón y tantos otros son, ante todo, hechura de Lope. Sus comedias obtienen la aprobación del extranjero, así en Italia.

Luego, dejando por demasiada conocida la estructura externa del teatro de Lope de Vega, se detuvo en el análisis de su ténica artística. Consideró que la diferencia esencial con respecto al teatro de Francia es que en éste se aspiraba dar a un público de sensibilidad aristocrática algo así como un modelo

o paradigma en los caracteres y en los sentimientos. Recuérdense las más típicas tragedias de Racine o Corneille. En España el caso era muy otro. Se trataba de presentar un cuadro familiar al público por algún concepto, de índole novelesca a menudo, para lanzarse desde él a los más variados campos de la fantasía. En esa fórmula cabía todo. Lo sacro, lo profano, el pasado y el presente. El pueblo español asistía al despliegue de mil posibilidades, frecuentemente, a casos de profundo sentido humano, y se sentía arrebatado por una poesía de estilo fuertemente barroco, que no siempre está al alcance de quien, carece de la adecuada preparación, del mismo modo que es incomprensible Racine (al menos en su mas hondo sentido), para quien no ha sido educado en contacto con la cultura clásica de Francia, independiente del sentido actual de la vida francesa. Nada tiene, pues, de extraño que el mero hecho de conocer la lengua española no capacite para gozar de las más bellas producciones de Lope de Vega.

Se refirió a su absoluta disparidad de criterio, en este punto, con su maestro Morel Fatio, quien sostenía el ridículo y la superficialidad del teatro español del siglo XVII. Cualquier espectador substraído a los elementos de juicio que tiene el que gusta del teatro de Racine, encontraría igualmente ridículas las grandes tragedias de éste, con sus alejandrinos pareados y el esquema invariable de su construcción rectilínea. La tragedia raciniana es insoportable si se la mira sin entrar en los puntos de vista, en el especial refinamiento de la sensibilidad, en el modo de ver artístico que supone en el espectador. La comedia española del siglo XVII sólo puede sentirse y valorarse, tambien, bajo la luz que le era propia.

La comedia de Lope venía siempre, en última instancia, a coincidir con los gustos y la ideología del pueblo, en virtud del carácter del espectáculo y de la manera de pensar de los españoles del siglo XVII: La concepción de Lope con frecuencia se plantea en sentido diverso, a veces coincide con conceptos modernos.

El profesor Castro estudia, para probarlo, la obra «Castigo sin venganza». Lee algunas escenas capitales en que los derechos del amor surgen contra injusticias sociales evidentes. Lope deja hablar al amor, deja en descubierto la injusticia del duque disipado y viejo que abandona a su joven esposa, deja que ésta defienda su causa con palabras en que palpita la verdad humana ardiente. Pero el drama no llega a sus consecuencias lógicas. Surge para impedirlo, la idea del honor, que da razón al marido, y un castigo brutal recae sobre la joven esposa y sobre su amante. Si el desenlace tomara el camino humano, los espec-

tadores del siglo XVII hubiesen silbado y suprimido la nueva representación de la comedia.

El conferencista estudió luego el valor del arte popular en el teatro de Lope de Vega, apoyándose en aspectos interesantes de algunas de sus obras. Analizó la gracia con que había caracterizado la dignidad española en «El Caballero de Olmedo» y en otras obras, en las cuales calcaron personajes y episodios famosos otros autores, así Calderón su alcalde de Zalamea.

En la última parte de su conferencia el profesor Castro precisó admirablemente el sentido del arte popular que caracterizó el teatro de Lope de Vega.

Al terminar fué ruidosamente aplaudido.

BIBLIOGRAFÍA

Aurelio M. Espinosa.—*Cuentos populares españoles, recogidos de la tradición oral en España y publicados con una introducción y notas comparativas.*— Tomo I. Stanford University, California. Published by the University. 1923.—4.º de 190×115.—167 págs.

El sabio escritor norteamericano don Aurelio M. Espinosa, Profesor de Lenguas Romances de la Stanford University, California, que tantos y tan interesantes trabajos ha dado a la publicidad sobre filología y sobre el folklore español de Nuevo México, ha enriquecido la ya numerosa serie de sus estudios con un volumen de cuentos populares recogidos por él mismo en diversas poblaciones de España, a donde se trasladó especialmente con este objeto, comisionado por la American Folk-Lore Society.

En los cinco meses que duró la excursión del señor Espinosa por la Península, recorrió diez y siete provincias españolas, y en las ciudades y pueblos que de ella visitó, y de personas de cinco más en que no estuvo, recogió 302 cuentos y leyendas que transcribió de su puño y letra, al dictado, tal como le fueron referidos, conservando el lenguaje dialectal en que se los contaron.

El volumen en que me ocupo es el primero de la obra, que, según anuncia el autor, constará de cuatro, y forma parte de las *Stanford University Publieations, University Series, Language and Literature*, de las cuales es el Núm. 1 del Vol. III; y contiene 98 narraciones divididas en tres secciones: I, Cuentos de adivinanzas, 30; II, Cuentos humanos varios, 32; y III, Cuentos morales; 36.

Al recorrer las nutridas páginas de este hermoso libro con el agrado que me causa la lectura de toda publicación folklórica, sentía tanto más placer cuanto a cada paso me encontraba con viejos conocidos, porque una gran parte de esas narraciones son más o menos iguales a las que oía contar en mi niñez y que aún se cuentan en todo Chile; lo cual no es de extrañar, pues los cuentos que en la América española se refieren tienen que ser, en su mayoría, casi todos, de procedencia peninsular. Tal es la opinión del señor Espinosa, que coincide con la que dejé estampada en las páginas 14-15 del vol. II de mi *Folklore de Carahue* (Santiago, 1920).

De los cuentos de adivinanza que publica Espinosa, particularmente de *La Mata de Albahaca*, *La Adivinanza del Pastor* y *Piel de Piojo*, pueden consultarse varias versiones chilenas en las páginas 341-353 y 357-362 del tomo II de la *Revista de Folklore Chileno; Las doce palabras retorneadas* (N.º 14) son *Las doce palabras redobladas*, de que se encontrarán numerosas versiones en mis *Oraciones, Ensalmos y Conjuros*, en el tomo I de mi *Folklore de Carahue* y en los *Mitos y Supersticiones* de Julio Vicuña Cifuentes. Del N.º 15, *El Obispo y el Tonto*, tengo una versión española, inédita, de Zamora, más completa. Del N.º 17 hablaré más adelante. Los Núms. 18, 28 y 29 también se hallan en los *Cuentos Chilenos de Adivinanzas*. El N.º 21 es muy popular en Chile, y se atribuye a Quevedo, quien dirigiéndose a la Reina, que

era coja, con un ramo de rosas, le dice:

Entre todas estas rosas,
su Majestad *escoja*.

La N.º 22 es exactamente igual entre nosotros.

Las dos versiones suministradas por mí de la N.º 17, (páginas 362 y 364 del vol. II de la *Revista de Folklore Chileno)*, dicen.

4 A. De Andana, fuí hija,
de Andana soy madre;
he criado hijo ajeno,
marido de mi madre;
adivínamela, buen Rey,
y si no, dame a mi padre.

4 D. Antaño fuí hija,
antaño fuí madre,
crié hijo ajeno
marido de mi madre.

Aunque incompleta, esta segunda versión, debe aproximarse más que la primera y las otras versiones, a la forma primiliva de la adivinanza, ahora perdida, y que posiblemente ha sido

Antaño fuí hija,
ogaño soy madre...,

que concuerda con la española recogida por Espinosa y con la que figura en el cuento siciliano *Lu 'nniminu*, de Pitré (tomo III, página 388 de sus *Fiabe, Novelle e Racconti*, que es como sigue:

Oggi è l'annu mi fu patri,
Ed aguannu mi fu figghiu.
E lu figghiu qui nutricu
E maritu di mè matri.

De un trabajillo que conservo inédito: *Nuevas notas a los Cuentos de Adivinanzas*, que leí hace años en la SOCIEDAD DE FOLKLORE DE CHILE, respecto de este mismo cuento, transcribo lo que sigue:

«III.—4 A.—LA HIJA DE ALDANA

«Con excepción de dos versiones españolas de Demófilo, todas las demás que Lenz presenta en sus *Notas comparativas*, referentes a este cuento de adivinanzas, son argentinas, tomadas de la excelente colección publicada en Buenos Aires, en 1911, por el insigne folklorista Dr. Roberto Lehmann-Nitsche, con el título de *Adivinanzas Rioplatenses*.

«La versión que doy en seguida, tomada de *Le Folk-lore de Lesbos*, par G. Georgeakis et Léon Pineau, Paris, 1894 (páginas 108-109), coincide, además, en parte con algunas otras versiones chilenas, con varias argentinas y con la segunda de las españolas que incluye Demófilo en su colección.

«Dice así:

«LA HIJA QUE AMAMANTA A SU PADRE.—Un Rey había condenado a morir de hambre a su Ministro, que había cometido un crimen.

La hija del Ministro fué a ver al Rey, y, hecha un mar de lágrimas, le rogó que le permitiese entrar una vez cada día a la prisión para consolar a su padre, prometiéndole no llevar víveres.

La buena hija, madre de una criaturita que acababa de destetar, conservó la leche para alimentar a su padre; y de esta manera el condenado a morir de hambre continuaba vivo, con gran asombro del Rey y de los carceleros.

Un día la joven se presentó al Rey, que en ese momento estaba a caballo y se preparaba a salir. El caballo que montaba era nonato, pues había sido extraído del vientre de su madre, muerta dos días antes de parir. La silla había sido fabricada con el cuero de la madre del caballo.

La joven dijo al Rey:

—El Rey está sobre un animal que no ha nacido y encima de la madre de éste. Resolvedme este enigma o devolvedme a mi hijo.

Ella llamaba hijo a su padre, porque lo amamantaba.

El cuento termina aquí; pero trae la siguiente nota:

«Cf. EM. LEGRAND, *Recueil de Contes pop. grecs:* La fille qui allaite son père. *Exempla of Jacques de*

Vitry, p. 99: «De quadan autem bona muliere audivi quod, cum maritus ejus esset in carcere et praecepisset et dominus quod nullus ad manducandum vel bibendum daret illi, sed compelleretur fame mori, uxur ejus omni die ingrediens ad eum de mamilla sua latenter lactabat ipsum».

Con pequeñas variantes, todo esto no es sino la conocida leyenda de Cimón y Pera, que refiere Valerio Máximo y que transcribimos de sus *Nueve Libros de los Exenplos y Virtvdes morales: traduzidos y comentados en lengua Castellana. Por Diego López.* Madrid, 1647. Fol. 92 vuelto:

«Estrangeros. — Ivzguemos que Pera hizo lo mismo quanto toca a la piedad, la qual sustentó a su padre Cimón afligido con la misma fortuna, y estando preso, siendo ya muy viejo, dándole su pecho como si fuera algún niño».

Esta escena ha sido reproducida por notabilísimos pintores, y los cuadros que la representan se conocen con el nombre de *La caridad romana.* — (Véase LAROUSSE, *Grand Dictionnaire Encyclopédique du XIX*e *siècle*, tomo III, página 995, *Charité romaine*). Lo cual soluciona de la manera más cumplida la adivinanza tomada de Fernán Caballero, que incluye Demófilo en su Colección bajo el N.º 238 y que él sospecha se refiera a un cuento. (Véase nota 7, de la página 307 de esa Colección).

Los personajes de aptitudes extraordinarias del cuento N.º 9, *Piel de piojo y aro de hinojo*, son los mismos de muchos cuentos chilenos, por ejemplo de *El Soldadillo*, de *El Castillo de los tres azuelazos*, etc.; y en este mismo cuento, y en otros, se encuentra el episodio de los conejos, que se lee en el N.º 12, Juan Soldado y la Princesa. Los N.os 27, 28 y 29 son, más o menos, los N.os 19 B, 16 A y 16 E de los Cuentos chilenos de adivinanzas.

Los episodios que se refieren en los N.os 31 y 32, se atribuyen, en nuestro país, a Pedro Urdemalas. El N.º 52, *Los tres gallegos*, se llama en Chile *Los tres hermanos que salieron a aprender a hablar;* el N.º 55, *El tonto adivino*, es, entre nosotros, *el mocho* (lego) *adivino*; de lo N.os 58 a 60 corren aquí muchísimas versiones, y yo di una en mi estudio sobre *El Latín en el folklore chileno.* Los N.os 63 a 69 son variantes del cuento chileno del mismo nombre: *Los tres Consejos.*

Seguramente que muchos otros de los que contiene este importante volúmen deben ser conocidos en Chile, pero yo no los he oído.

Dijimos que Espinosa había escrito los cuentos que publica conservando el lenguaje dialectal con que se los referían; y esto es de una ventaja inapreciable para los hispanoamericanos, pues con ello se nos proporciona un documento precioso para comparar el lenguaje vulgar de estos países con el de diversas provincias españolas. No entraré en detalles respecto de las semejanzas que a primera vista se notan entre el modo de hablar de nuestro pueblo y el de dichas provincias, por ser materia para tratarla extensamente y con profusión de datos; pero desde luego llamarán la atención del chileno menos versado en estas cuestiones, los defectos comunes de pronunciación, especialmente el horror que españoles y chilenos sienten por la *d*, que suprimen a principio y fin de dicción y en las terminaciones, *ado, edo*, etc; ejemplos: *onde, verdá, too, na, arrimao* (donde, verdad, todo, nada, arrimado). Son igualmente comunes a ambos pueblos la terminación *istes*, en vez de *iste*, de la segunda persona del singular del pretérito perfecto de las segunda y tercera conjugaciones: *comistes, bebistes;* la supresión de la *r* final de los infinitivos de los verbos, sobre todo si están construídos con enclíticos: *matalos* (matarlos); algunos arcaísmos: *agora, ansina, mesmo, mesmamente;* el cambio de *ct* en *ent: feutivo* (en Chile, efeutivo; la pérdida de la sílaba *es* en algunos tiempos del verbo estar: *taba* (estaba); varias irregularidades en la conjuga-

ción de ciertos verbos, como *quedrá* (querrá), *haiga* (haya) *vaiga* (poco usado en Chile, vaya); las voces *nadien, nadie chiflar* (que en Chile significa silbar), etc., etc.

Por lo expuesto en las líneas anteriores podrá calcularse el interés que para el estudio comparativo de los cuentos y del lenguaje popular, particularmente de España y de la América Española, encierra el volúmen cuya reseña acabo de hacer, no con la extensión que habría deseado para dar una idea cabal de su valor folklórico; y cuanto mayor será su importancia una vez publicados los cuatro volúmenes de que constará la obra.

El señor Espinosa merece los más calurosos aplausos de todos los folkloristas por ésta y sus anteriores publicaciones, que tan amplias informaciones suministran a los amantes de estos estudios. Reciba por ello mis más entusiastas parabienes.—RAMÓN A. LAVAL.

Gabriela Mistral—*Desolación.* —Cuando se termina la lectura de este libro, siéntese un verdadero desconcierto. ¿Cómo—se pregunta el lector—quien imaginó tan humanos y dolorosos poemas, no logra transmitirnos sus estados de ánimo, su sincera melancolía, su intensa desolación? ¿Qué velo invisible y sólido, como un cristal, nos separa de tantas palabras quejumbrosas y de tantos ruegos desesperanzados?

Sabemos, sólo en los primeros momentos, que un obstáculo interrumpe la comunicación entre el alma de la autora y la nuestra: y deseamos pensar que este obstáculo está en nosotros y que, acaso, no es más que deficiencia propia. Pues ¿qué otra cosa que simpatía puede inspirar este espíritu noble que canta una voz tan apasionada?

Ocurre que, cuando ya vamos por el camino que el poeta nos trazara y le seguimos dócilmente, de improviso nos quedamos desorientados y al borde de una cuesta resbaladiza.

Y entonces nos detenemos a observar.

«Desolación» es el libro de una escritora que goza de renombre en toda América. Críticos de Europa, de reconocida autoridad, han elogiado muchas veces, la obra poetica de la ilustre chilena. Merece, pues, un estudio especial, un respetuoso detenimiento. Sería bueno, también, si es posible, decir de todo ello, algunas útiles consecuencias.

Y analizamos:

La primera de las poesías del tomo se titula «El Pensamiento de Rodin».

«Con el mentón caído sobre la mano ruda, el Pensador se acuerda que es carne de la huesa, carne fatal, delante del destino desnuda, carne que odia la muerte y tembló de belleza».

«Y tembló de amor toda su primavera ardiente,
y ahora, al otoño, anégase de verdad y tristeza.
El «de morir tenemos» pasa sobre su frente
en todo agudo bronce, cuando la noche empieza
Y en la angustia, sus músculos se hienden sufridores.
Cada surco en la carne se llena de terrores
Se hiende, como la hoja de otoño al Señor fuerte
que le llama en los bronces.. Y no hay árbol torcido,
de sol en la llanura, su león de franco herido,
crispados como este hombre que medita en la muerte».

El final: «Y no hay árbol torcido», etc., no puede ser más hermoso. Las imágenes son nuevas y felices. Pero, anteriormente, el lector ha sentido las vacilaciones de una expresión descuidada y fugaz. Hay allí, asonancias desagradables como «acuerda» y «huesa» en el segundo verso, el cual no consuena como debía con «belleza» del último verso de la primera estrofa. Además, la segunda estrofa es vaga y sin objeto, como se notará. Lo mismo

podríamos decir del «Señor fuerte que le llama en los bronces», de sentido difícil de penetrar y semejante a ripio.

Estas observaciones serían puramente retóricas y vanas, si se hicieran al solo efecto de señalar errores. Bien sabemos que hasta los más grandes poetas los cometieron. No; lo que sí queremos señalar, es la causa por la cual se malogra la realización artística y no llega a impresionarnos como debía.

En la composición «Ruth», dedicada al poeta González Martínez, se nota igual descuido. En su comienzo, dice:

«Ruth moabita a espigar va a las [eras,
aunque no tiene ni un campo mez- [quino.
Piensa que es Dios dueño de las [praderas
y que ella espiga en los predios di- [vinos».

Aquí y en lo que sigue de la poesía, hay bellas ideas; pero con frecuencia, por desgracia, destruye el encanto, la inoportunidad de un acento, lo innecesario de un adjetivo o la caprichosa combinación de consonantes y asonantes. Por otra parte, el recuerdo de la bellísima poesía de Víctor Hugo «Booz endormi», sobre el mismo asunto, perjudica indudablemente.

En las demás composiciones de la primera parte del libro intitulada «Vida», se perciben defectos semejantes. Así, por ejemplo, en «La Mujer fuerte», hallamos una estrofa como ésta:

«Alzaba en la taberna, ebrio, la [copa impura
el que te apegó un hijo al pecho de [azucena,
y bajo ese recuerdo que tu era que- [madura,
caía la simiente de tu mano sere- [na».

Y en «La mujer estéril», un terceto que sobresale por su obscuridad:

«Y al contemplar sus ojos se acuer- [da de la azada
piensa que en los de un hijo, no [mirará extasiada
cuando los suyos vacien, los folla- [jes de Octubre».

Este último verso no completa la idea y deja al lector sin entender bien cabalmente lo que el poeta ha querido decir.

Citamos estos versos tan sólo, a título de ejemplo, y no por hacer crítica de detalles. De igual manera hubiéramos podido elegir otras estrofas análogas.

La autora de «Desolación» no ama, sin duda, la precisión expresiva; no busca ni selecciona, los vocablos, y se entrega al impulso de su vehemencia lírica.

Pero desgraciadamente, al perder el dominio de su arte, da la impresión de que cantase con entusiasmo y bella voz, y que de cuando en cuando desafinara.

En la segunda y tercera parte del libro, brilla, más puro el talento de Gabriela Mistral, y hay allí, emoción más intensa y realizaciones más acertadas. Recordamos «Caperucita Roja», «Intima», Tribulación» y «Los sonetos de la muerte», llenos de hondo sentimiento y fina sensibilidad. Consideramos, en este sentido, que la «Balada» es de las más bellas del libro:

«El pasó con otra;
yo le ví pasar.
Siempre dulce el viento
y el camino en paz.
¡Y estos ojos míseros
le vieron pasar!

El va amando a otra
por la tierra en flor.
Ha abierto el espino;
pasa una canción.
¡Y él va amando a otra
por la tierra en flor!

El besó a la otra
a orillas del mar;
resbaló en las olas,
la luna de azahar.
¡Y no notó mi sangre
la extensión del mar!

El irá con otra
por la eternidad.
Habrá cielos dulces
(Dios quiere callar)
¡Y él irá con otra
por la eternidad»!

La cuarta parte del libro, «Naturaleza», contiene también, inspiradas composiciones donde se revela una profunda simpatía hacia las cosas, árboles y montañas de la Patagonia. Finalmente, la última parte del volúmen, «Prosa», es de una suave ternura y de una verdadera originalidad. Sin embargo, «El poema de las madres», a pesar de la nobleza de la intención, hubiera sido mejor no incluírlo en el texto por su prosaísmo invencible y su dudoso buen gusto.

Y volvemos a repetir lo que decíamos al comienzo de esta nota: Gabriela Mistral posee un indiscutible talento y una intensa capacidad emotiva; pero, por desventura, una débil realización artística, malogra el efecto deseado. Ya un adjetivo casual, o ya una rima despótica, destruye el encanto de unos versos hermosos. Y quédase el lector desconcertado, ante un espíritu selectísimo, que, acaso, desdeñó expresarse con la justeza que podía.

Pero el poeta es, ante todo, un artista y tiene que variar el vino de su alma en moldes armónicos y dignos. Porque, en verdad, apena que esencias tan puras como las de estas estrofas, se exhalen de flores tan opacas y efímeras.

Y si alguna deducción útil podría sacarse del análisis de «Desolación», sería la de que una forma deficiente echa a perder un contenido admirable.

Pues si algunas veces, un alma ardiente i luminosa como la de Gabriela Mistral logra que no veamos las obscuridades entre las cuales se levanta; otras veces notamos que ni aún los poetas de verdadero talento consiguen vencer la impresión que nos causa su desacierto, hijo de su precipitación o de su descuido.

De todas maneras, «Desolación» es un libro lleno de interés y que justifica en parte, la fama adquirida por el bello espíritu de su autora.

Francesco Biondolillo.—*Il teatro di Roberto Bracco.*

No nos molestan los recién llegados, que alguna vez, uno ha de ser recién llegado, a pacto de que su irrupción en las letras quede justificada por un contingente afortunado. Pero nos apenan los recién llegados de mala fé, que se prenden de una fama hecha y para abrirse brecha y hacer converger sobre sí la atención, adoptan dos encontrados procedimientos. O bien se arrastran en el ensalzamiento despampanante, o bien disparan saetas emponzoñadas, empeñados en demoler personalidades macizamente asentadas, como aquella «torre que no se desmorona al soplo de los vientos», de que nos habla el florentino eterno. ¿Quién no recuerda a Eckermann en sus «Coloquios con Goetge?» ¡Secreta esperanza de pasar a las edades envuelto en una misma esplendorosa aureola de gloria! Indiscutiblemente.

Este libro,—más bien opúsculo de 80 páginas, editado en Palermo por el editor Priulla—pretende ser «una rápida e implacable demolición de todo el teatro de Roberto Bracco». Es trabajo hecho — se agrega—«un año antes que estallara en los diarios de Roma la conocida polémica alrededor de «I Pazzi», del mismo Bracco, y es el primero de una serie de ensayos críticos que tienden a abatir vivientes formas usurpadas».

¿Todo el teatro de Bracco echado por tierra con ochenta carillas de un escritor desconocido?

¡Es decir, el Benavente italiano, un don Jacinto menos poético y subjetivo, y quizás menos fino y espiritual, pero más pasional y hondo, más «humano»,—he aquí la gran palabra—sabio constructor y conductor de hombres vivos, nunca un tanto muñecos verbalistas, derribado como por encantamiento o arte de birlibirloque. No podía

ser. Pero leímos serenamente y tratando de alejar toda prevención contraria al atrevido escritor, cuya bizarría no dejaba de seducirnos un tanto.

Ahora bien; la obra de Bracco, que ya no espera el juicio de nadie y que cuenta con dramas tan intensos y bellos, de plena belleza teatral como «Il picolo santo» «I fantasmi», «La piedra fonte», «Il trionfo» y «Don Pietro Caruso», a pesar de sus inherentes defectos, propios de cualquier creación, sólo podría, si se quisiera someter a una nueva revisión de valores, ser juzgada partiendo de otras premisas.

No es honrado establecer «a priori» que toda la producción del grande comediógrafo napolitano entraña «espíritu superficial», que lo «cómico es exterior» y hay «carencia de una alta concepción moral».

El autor muy monótonamente arrastra al lector a través de un análisis «sui generis», tomando en consideración lo que conviene a su tesis. Ello no es sério, ni lícito y en tal forma no se llega a ninguna demostración.

Por ejemplo, al estudiar esa ori ginalísima comedia que es «Il perfetto amore»,—verdadera joya donde deben haberse abrevado los hermanos Quintero para la propia «Flor de la vida» y Nicodemi para «El alba, el día y la noche», en lo que concierne a procedimiento,—sólo discute la conclusión y excluye la gracia, la finura, la donosidad, la lozanía que campean en ese largo diálogo en tres actos, verdadero dechado de habilidad artística.

Hay algo peor. La trama de «I Pazzi» está expuesta de un modo arbitrario y falso, tanto que el lector, ignaro de la verdad, cree hallarse... en un manicomio.

¡Cuán distinta es la realidad! Conocemos muy analíticamente la obra; se trata de una de las más altas y representativas de los tiempos actuales, profunda obra de pensamiento enraigada en la vida cotidiana, de la que refleja los más hondos problemos del espíritu.

No sabemos cuáles otras «fama usurpadas» tratará de abatir el señor Biondolillo; siguiendo los procedimientos empleados en este ensayo, no llegará a nada, porque es de una oquedad y pedestrismo verdaderamente desoladores.

Grazia Deledda. — *Il flauto nel bosco*. (Cuentos).

Grazia Deledda es, fuera de toda duda, la mejor escritora de novelas y cuentos, que tienen las letras italianas. Su renombre es universal y si bien puede él derivar un tanto del género cultivado, que es el que se adapta e identifica mejor con las masas, no hay para qué insistir en lo que atañe a la justicia de esta distinción de todos los públicos.

Sus novelas llenas de vida y color, sus cuentos interesantes y originalísimos, sus narraciones vigorosas y características, se admiran y son buscadas doquier se manifieste clara inteligencia dicernidora.

Su obra es ya monumental: son veinticinco libros de narraciones de todas clases y un drama. Si se piensa que la escritora ha nacido en 1875, se verá que el tiempo ha sido materialmente bien empleado.

Siendo su obra bien conocida no divaguemos con frases superfluas; ya se sabe que ella suele dar—da casi constantemente—la sensación que suscitan los grandes novelistas rusos, de quienes pareciera derivar, no siendo así en realidad, pues desde «ab initio», brillaron en ella esas cualidades que la asemejan a aquéllos y la enseñorean en la narración universal moderna, es decir, desde antes de que hubiera podido ser por ellos influída.

Lo sorprendente es lo constante e invariable del tono en que se mantiene; ningún desfallecimienlo aún, ninguna señal de decadencia. Las veintisiete novelas breves de que consta «La flauta en el bosque», título de la tercera narración colocado como epígrafe del volúmen,

son todas a cual más bella, más interesante, más delicada o intensa. El estilo, la prosa, no se ha amanerado; en todas partes inesperados y buenos modos de expresión, figuras novedosas, alegorías pintorescas y en el conjunto esa sutil y vagorosa trama algo fantástica y de ensoñación que tanto encanta y maravilla a toda clase de gentes. Creemos que este es el verdadero secreto de la prosa de esta fuerte y segura escritora sarda, pujante, tenaz y resistente como los hombres y las cosas de su isla natal.

Entre los cuentos de los que acabamos de dar razón, se halla uno, el quinto del libro, que nuestros lectores conocen, aparecido tiempo ha en nuestras columnas, con el título, que conserva actualmente: «Los bienes de la tierra».

Es un buen ejemplar representativo, pero el libro comentado los encierra de mejor calidad aún.

G. Lacour-Gayet.—*Bonaparte Membre de L'Institut.* Paris.—Editorial Gauthier-Villars et. Cía.—1 vol. in 4.º 94 páginas.

El notable historiador Lacour-Gayet, el mismo que publicó en 1921 una completa vida de Napoleon para conmemorar el centenario del emperador frances, estudió tambien una carta de la carrera del grande hombre y la ha dado en este interesante volúmen. Le presenta aquí a Bonaparte como académico. El señor Lacour-Gayet encontró en los papeles inéditos del archivo de la Academia de Ciencias noticias bastantes para escribir acerca de la elección del guerrero y de sus trabajos en el Instituto desde 1797 a 1802. Contiene la obra cinco apéndices y diez y seis ilustraciones, entre las cuales se hallan un retrato de Napoleon de 1798, sesiones y actas memorables del Instituto y reproducciones de distintos documentos.

El señor Lacour-Gayet es miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas.

C. de Gangotena y Jijon.—*Documentos referentes a la batalla de Ibarra.*—1 vol. 87 pags.—Quito Ecuador.

Entre los muchos que en nuestra América cultivan la historia, se levanta, lleno de merecimientos, el erudito director de la Biblioteca Nacional de Quito, don Cristóbal de Gangotena y Jijon. Nacido en la tierra de González Suárez y Jijon Caamaño, ha heredado del uno el culto por el pasado y sus enseñanzas y coopera con el otro al estudio y divulgación de las ciencias históricas.

En lujosa edición salida de talleres fiscales y ordenada por el ejecutivo con ocasión del centenario de la batalla de Ibarra acaecida el 17 de Julio de 1823, Gangotena, con pluma fácil, nos relata los asares de la campaña de Pasto, en la que uno de los tenientes de Bolívar, el coronel y más tarde general don Juan José Flores, se viera batido por las fuerzas irregulares que formaban los naturales de Pasto, derrota que el genio del Libertador transformara en victoria para la causa de la independencia de América. La dicha campaña, segun espresión de Bolivar, fué la «defensa del territorio, hasta con las uñas».

Acompaña a la mencionada narración una interesante documentación y dos artículos, el uno titulado «Bolívar Profesor de Enerjía», obra de José Veríssimo y el otro que es una Biografía del General Salom hecha por Ramón Azpurúa.

E. M. F.

Andre Beaunier. — *L'assassinée.*—1 vol. in. 18. Novela. Editorial Flammarion.—Paris.

En esta nueva obra Beaunier continúa el estudio de la renovación que en la sociedad post-guerra se ha operado, y nos hace acordarnos de «La folle jeune fille», obra de la índole de la que nos ocupa y que un gran éxito alcanzara.

Si tratándose de una novela es dado hablar de trama, no podemos dejar de admirar el talento, ingenio e interés que en ella se ponen en juego y más que todo, el intenso estudio que hace la mujer que aparece heroina.

Binet-Valmer.—*Le désir et Le péché.*—1 vol. in. 18. Novela.—Editorial Flammarion.—Paris.

Leandre Vaillant.—*La femmé inconne.*—1 vol. in. 18. Novela.—Editorial Flammarion. Paris

En esta obra, el autor que nos ocupa se revela como un interesante innovador desde el momento en que trae a la escena a una joven tan comun en nuestros días, en la cual la libertad de pensamiento y de costumbres casi no tienen límites, una joven imbuida en las ideas contemporáneas, en una palabra, una de esas tantas o «intelectuales» en las que un curioso concepto de la moral justifica todas las inconsecuencias y hace olvidar toda las tradiciones.

Pierre Soulaine.—*Les Héritiers.* — 1 vol. in. 18. — Editorial Flammarion.—París.

Esta obra de Soulaine tiene el interés que a las novelas les da la falta de superficialidad. Es de interés, en ella se retrata a uno de esos grupos oscuros e ignorados de todas las sociedades.

A pesar de que el estudio que realiza, aparentemente puede mover a algunos a conciderar la novela falta de interés, se puede decir de ella que reune lo serio, lo profundo, el estudio sicológico, con toda la comicidad que de él se emana, comicidad que le da tambien vida i movimiento.

Carlos Velazco.—El conocido fundador de la interesante revista *Cuba Contemporánea* con cuyo nombre encabezamos estas líneas ha muerto recientemente en París.

De personalidad vigorosa y de basta cultura, supo dar vida e interés siempre creciente a la publicación que dirigía, llegando, con los ímprobos sacrificios que experimenta quien se dedica a esos afanes, a hacer de ella uno de los mejores y más prestigiosos exponentes de la cultura ibero-americana.

Su labor fué fecunda cual pocas, deja varios volúmenes de estudios históricos, los que, unidos al esfuerzo e importancia que significa *Cuba Contemporánea,* son su ofrenda a la tierra y motivo eterno de recordación.

Llegue hasta sus compañeros y continuadores de su obra nuestra cordial adhesión y condolencia.

Enrique Gay Calbó.—*La intromisión norteamericana en Centro América.*—Habana.—1922.

El trabajo que nos ocupa fué leído en la «Sociedad Cubana de Derecho Internacional» y en él se analiza la actuación de los Estados Unidos en las repúblicas de América Central, es decir, la conocida política que primero se inicia bajo el aspecto económico, que pasa enseguida a la intervención diplomática para llegar por fin a la invasión militar.

Su autor cree que «el remedio está en la unión», utopía, si consideramos la fuerza de la nación cuya política se puede contrarrestar con esa unión, con la alianza de los países centro-americanos.

El remedio a nuestro entender cae dentro de esa palabra, pero se debe ir más lejos, a la unión ibero americana que se siente hoy en día extrangulada por el control financiero norte-americano y a poner los ojos en los países de otros continentes que como los Sud y Centro América sufren la pesada carga del empréstito y de su interés.

Merceran Eugene.— *Pensées Choissies d'Alexandre.*— Merceran Eugène Figuren 17, Rue Campagne—Premier.—París.

El autor de L'Evangile de la honna vie y de Paroles divant la Vie, publica esta nueva obra que la crítica francesa ha elogiado tanto. Merceran es un filósofo y un

poeta de la belleza del alma. Con razón ha dicho de él J. de Gourmont: «Si no conociera al autor de estos preceptos, dignos de un Marco Aurelio o de un Epicuro, atribuiría este libro a algún sabio de barba blanca, a un filósofo budista embriagado en sus meditaciones. Esos pensamientos revelan; en efecto, una meditacion interior profunda, se respira una atmósfera de serenidad, de sana alegría intelectual, uno se conmueve con su elocuencia».

En todos sus pensamientos hay nobleza de sentimiento, optimismo y distinción intelectual, piensa que la suprema misión del artista es sembrar el amor, que jamás debe sembrarse el odio bajo ningún pretexto, ya sea político, religioso o patriótico.

Indise Generales 1922-1923.—*Annaire Generales des Universités.*—Gauthier-Villars y Co.—París.

El Indic General, publicado bajo la dirección de R. de Montessus de Ballore indica la organización de las Universidades y Escuelas Superiores del mundo entero con los nombres de los Profesores.

Las informaciones concernientes a las Universidades y a las grandes escuelas, como también otros datos, están redactadas en el respectivo idioma. Los términos técnicos de cada idioma son aquellos que se entienden sin dificultad.

Este volúmen comprende 1007 datos concernientes a las Universidades y Grandes Escuelas, se describen 3 253 Bibliotecas y Archivos con los datos de la fundación, número de volúmenes, manuscritos incunables, tesis, revistas y periódicos.

En la descripción de las Sociedades científicas se indica el fin de la Sociedad, el nombre de sus miembros etc.

Termina el Index Generalis con una lista de intercambios para que los sabios y profesores puedan inscribir su nombre y cambiar con sus colegas las Memorias originales que han publicado.

Un índice alfabético con mas de 40 000 nombres permite encontrar en el acto a las Universidades o a los sabios de los cuales buscamos datos.

Este libro es un instrumento utilísimo e indispensable para los sabios, los profesores y para todos los que se dedican a trabajos intelectuales.

Jean Richepin.—*Interludes.*—1 vol. in. 18.—Editorial Flammarion.—París 1923.

En odas y baladas de ritmos brillantes y livianos, canta en esta obra el gran poeta Richepin, la belleza siempre nueva del mundo.

Alberto Inzua.—*Le goût du danger.*—Novela.—1 vol in. 18.—Editorial Flammarion.—París 1923.

La conocida casa Editorial Flammarion sigue en su obra de dar a conocer en Francia la pluma de los escritores de habla española. Ayer fué *La cité des futailles* de Vicente Blasco Ibañez, hoy es una de las conocidas obras de Inzua.

La traducción es obra de Mme. Renée Lafont y en ella, por la manera cómo ha sido hecha, no se pierde ni el colorido ni el movimiento que se observa en las propagadas novelas del autor que nos ocupa.

Ortega y Gasset.—«*La Revista de Occidente*».

No han sido brillantes, hasta ahora, los ensayos hechos en España para crear una gran revista literaria al estilo francés. Y no se concibe que en un país de veinte millones de habitantes que sostiene una prensa abundante y relativamente próspera, falten lectores para asegurar la existencia de una revista de literatura, ciencia y filosofía. Pues en el presente estado cultural del pueblo español, caben con amplitud, no una sino varias publicaciones de ese carácter. Por eso viene a llenar una necesidad real

la que acaba de aparecer en Madrid con el título de «Revista de Occidente» y bajo la dirección de don José Ortega Gasset. He aquí cómo define nuestro prestigioso colaborador los propósitos de su bella revista:

«Los propósitos de la «Revista de Occidente» son bastante sencillos. Existe en España e Hispano-América un número crecido de personas que se complacen en una gozosa y serena contemplación de las ideas y del arte. Asimismo les interesa recibir de cuando en cuando, noticias claras y meditadas de lo que se siente, se hace y se padece en el mundo; ni el relato inerte de los hechos, ni la interpretación superficial y apasionada que el periódico les ofrece, concuerdan con su deseo. Esta curiosidad, que va lo mismo al pensamiento o la poesia que al acontecimiento público y al secreto rumbo de las naciones, es, bajo su aspecto de dispersión e indisciplina, la más natural, la más orgánica. Es la cusiosidad ni exclusivamente estética ni especialmente científica o política. Es la vital curiosidad que o Individuo de nervios alerta siente por el vasto germinar de la vida en torno y es el deseo de vivir cara a cara con la honda realidad contemporánea.

«En la sazón presente, adquiere mayor urgencia este afán de conocer «por donde va el mundo», pues surgen dondequiera los síntomas de una profunda transformación en las ideas, en los sentimientos, en las maneras, en las instituciones. Muchas gentes comienzan e sentir la penosa impresión de ver su existencia invadida por el caos. Y, sin embargo, un poco de claridad, otro poco de orden y suficiente jerarquía en la información les revelaría pronto el plano de la nueva arquitectura en que la vida occidental se está reconstruyendo.

«La Revista de Occidente» quisiera ponerse al servicio de ese estado de espíritu característico de nuestra época. Por esta razón, ni es un repertorio meramente literario, ni ceñudamente científico. De espaldas a toda política, ya que la política no aspira nunca a entender las cosas, procurará esta revista ir presentando a sus lectores el panorama esencial de la vida europea y americana. Nuestra información tendrá, pues, un carácter intensivo y jerarquizado. No basta que un hecho acontezca o un libro se publique para que deba hablarse de ellos. La información extensiva sólo sirve para confundir más al espíritu, favoreciendo lo insignificante en detrimento de lo selecto y eficaz. Nuestra revista reservará su atención para los temas que verdaderamente importan y procurará tratarlos con la amplitud y rigor necesarios para su fecunda asimilación.

«La occidentalidad del título alude a uno de los rasgos más genuinos del momento actual. La postguerra, bajo adversas apariencias, ha aproximado a los pueblos. Los vocablos de hostilidad no impiden que hoy cuenten más los unos con los otros y, aunque de mal humor, se penetre y convivan. Antes de la guerra existía, en cambio, un internacionalismo verbal y de gesto, un cosmopolitismo abstracto, engañoso, que nacía previa anulación de las peculiaridades nacionales. Era el cosmopolitismo obrerista, bancario, de Hotel Ritz y sleepingcar. Tras él pervivían los pueblos en rigurosa incomunicación. El cosmopolitismo de hoy es mejor, y en vez de suponer un abandono de los genios y destinos étnicos, significa su reconocimiento y confrontación.

«Ello es que, sin deliberado acuerdo, casi todas las revistas de Europa y América se van llenando de firmas extranjeras. Así, nosotros atenderemos a las cosas de España, pero, a la vez, traeremos a estas páginas la colaboración de todos los hombres de Occidente cuya palabra ejemplar signifique una pulsación interesante del alma contemporánea.

«Esperamos poco a poco, corrigiendo en cada número los defectos del anterior, conseguir que algún día sea esta revista el recinto

tranquilo y correcto donde vengan a asomarse todos los espíritus resueltos a ver claro.

«¡Claridad, claridad, demandan ante todo los tiempos que vienen! El viejo cariz de la existencia va siendo muy arrumbado vertiginosamente, y adopta el presente nueva faz y entrañas nuevas. Hay en el aire occidental disueltas emociones de viaje: la alegría de partir, el temblor de la peripecia, la ilusión de llegar y el miedo a perderse».

Pierre Loti.—*La India*.—Editorial Cervantes.—Barcelona 1923.—1 vol.—456 págs. in 18.

Un nuevo libro de Pierre Loti es siempre un regalo, una delicia para los aficionados a los relatos de viajes por países exóticos.

Entre los libros de viajes de Pierre Loti, figura el titulado *La India*, narración maravillosa de un país maravilloso que tanta sugestión ejerce sobre las personas cultas aguijoneadas por la curiosidad y el noble afán de saber.

En *La India* se describen las ciudades de aquel país, sus magníficos paisajes, sus edificios incomparables, los misterios de los cultos religiosos allí imperantes, sus fiestas únicas, sus costumbres tan raras y pintorescas; sus templos colosales, ya en ruínas; el blanco esplendor de los grandes mogoles; el lujo asiático de sus maharajahs, la esplendidez artística de las bayaderas; la ciencia esotérica de los brahmas; los increíbles tesoros de los dioses muertos; los bosques encantados; se convive con los teósofos de Madras y los sabios de Benarés; y transportado por el arte mago de Pierre Loti, el lector visita Ceilán, Travancore, Pondichery y otras ciudades de prestigio remoto, el templo de oro de los brahmanes; los lugares, en fin, donde vivió Buhdha y donde le adoran las multitudes hindues desde siglos.

La India es un libro magnífico que, además de sus encantos, tiene la virtud de embelesarnos con la prosa preciosista, fluida y galana de Vicente Diez de Tejada, que ha vertido la obra al español en la forma a que nos tiene acostumbrados su bello estilo.

Adolfo Bonilla y San Martín—*Los mitos de la América precolombina*.—Barcelona, Editorial Cervantes, 1923.

En este libro, el eminente catedrático de la Universidad Central y académico de la Lengua D. Adolfo Bonilla y San Martín, estudia problemas de extraordinario interés, que por igual afectan a España y a la América española. Presenta un proyecto de clasificación y explicación de los mitos americanos, que tanta complicación ofrecen en los pueblos anteriores al descubrimiento; examina, con minucioso análisis, la debatida cuestión relativa a la patria del descubridor; aclara términos obscuros; expone ideas y teorías sobre el carácter y la evolución de los pueblos hispano americanos; trata de algunos de sus más importantes pensadores y literatos (por ejemplo, del gran pedagogo cubano don Félix Varela); da cuenta de una *Tercera parte*, inédita y anónima, de la *Vida del Buscón*, etc., etc. La amenidad de la forma y la transcendencia de los temas, hacen de esta obra un libro que seguramente interesará al curioso y al investigador.

ÍNDICE

	Pág.
Emilio Vaïsse.—El genio creador de Balzac	5
Hans Seckt.—Ernesto Haeckel	22
L. A. Podestá Costa.—El derecho de insurrección	59
Daniel Riquelme.—Recuerdos del General Lynch	58
Cecilio Baez.—La guerra y la tiranía de López	86
Elvira Santa Cruz.—Hacia el optimismo	105
Armando Donoso.—Renan	117
C. Préndez Saldías.—Mía	133
Monteiro Lobato.—La colcha de retazos	134
Marcial Martínez.—Inglaterra y la organización de los servicios de Registro Civil	143
NOTAS Y DOCUMENTOS.—Las leyes tributarias en la Argentina.—La Biblia de Borso de Este.—G. F. C., La sífilis.—José Ortega y Gasset, Pedagogía y anacronismo.—Hugo D. Barbagelata, Bilbao y Lamennais.—Narciso Binayan, Henry Harrise: El príncipe de los americanistas.—René Viviani, Millerand, orador.—Bernardo Shaw, ¿Hay alguna esperanza en educación?	155
BIBLIOGRAFIA.—Horatio H. Newman, La biología de los gemelos (Mamíferos).—Williams B. Scott, La teoría de la evolución y las pruebas en que se funda.—Louis de Robert, Les mauvais amant.—Charles Geniaux, Le choc des races.—Albert Carré, Les engagés volontaires Alsacienes-Lorroines pendant la guerre.—Gédeon Huet, Les contes populaires.—Angélica Palma, Coloniaje Romántico.—Isaac Goldberg, La literatura hispanoamericana. — Alejandro Andrade Coello, Héroe Epónimo y otros Poemas.—Rufino Blanco Fombona, La Máscara Heroica	187
C. Silva Vildósola.—Paulino Alfonso	193
Paulino Alfonso.—Mitre y Vicuña Mackenna	203
Paulino Alfonso.—¡Oh, Capitán, ¡Mi Capitán!	208
Armando Donoso.—Renan	210
Juana Ibarbourou.—Como la Primavera	232
Fanor Velasco.—La revolución de 1891	233
Paulina Luisi.—Problemas de la educación sexual	239
Miguel Luis Amunátegui Reyes.—Paulino Alfonso	270

Pág.

W. Jaime Molins.—La langosta..... 273
Luis Barros Borgoño.—Don José Toribio Medina..... 281
J. T. Medina.—Algo sobre los orígenes de la imprenta en Buenos Aires..... 304
Henri Lavedan.—Pierre Loti..... 308
Juan Ignacio Gálvez.—Orígenes de la Poesía en Colombia.—Poesía Popular e Improvisadores.—(Conferencia)..... 312
Bijou.—Ternura..... 355
NOTAS Y DOCUMENTOS..... 356
BIBLIOGRAFIA..... 373
J. Guillermo Guerra.—El Doctor Zeballos y el imperialismo argentino..... 385
Eduardo Barrios.—Baldomero Lillo..... 416
Fernando García Oldini.—Vidas Mínimas..... 425
Sady Zañartu.—La heroína de la patria vieja doña Xaviera Carrera..... 435
Carlos Harms Espejo.—El ferrocarril Oruro-Iquique..... 456
Carlos Morla Vicuña.—Carta de don Carlos Morla Vicuña a don Aníbal Pinto..... 459
Rafael Alberto Arrieta (Traducción).—El último soneto de John Keats..... 467
NOTAS Y DOCUMENTOS.—A. Rodríguez del Busto, Nuevo Canal Interoceánico.—E. Gómez de Baquero, Guerra Junqueiro como poeta nacional.—Al margen de un nuevo libro.—Isidoro Vásquez V., El desconocimiento de la literatura hispano-americana en Francia.—Gregorio Bermann, Programa de educación sexual..... 468
BIBLIOGRAFIA.—Fernando Santivan, Robles, Blume y Cía.—Jorge Gustavo Silva, Folleto.—Paul Bourget, Gérard D'Houville, Henri Duvernois y Pierre Benoit, La Novela de los Cuatro.—Salvatore di Giacomo, Tres Dramas. Assunta Spina, Las flores de Mayo y La Carcel de Nápoles.—Emilio Gaspar Rodríguez, Puntos sútiles del «Quijote»..... 488